

Abril 2020 4

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIASTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

- Alguien que nos hace dar la vida 471
- Una noticia que cambia todo 474
- La solidaridad de la Resurrección 477
- La fuerza de las bienaventuranzas 480
- Un camino de sentido 483

HOMILÍAS

- Domingo de Ramos 486
- Misa Crismal 491
- Misa de la Cena del Señor del Jueves Santo 498
- Celebración de la Pasión y Muerte del Señor el Viernes Santo 505
- Vigilia Pascual 511
- Domingo de Resurrección 518
- Lunes octava de Pascua 524
- Domingo de la Divina Misericordia 527

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Decreto repique de campanas en la cincuentena pascual 533
- Defunciones 535
- Actividades Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid. Abril 2020 538

Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Actividades Sr. Obispo. Abril 2020 543
- Defunciones 550
- Decretos 551

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Carta en la Semana Santa de 2020. "Semana Santa, Misterio de una presencia" 555
- Homilía Domingo de Ramos 557
- Homilía Misa Crismal 561
- Homilía Jueves Santo de la Cena del Señor 566
- Homilía Viernes Santo de la Pasión del Señor 571
- Vigilia Pascual en la noche Santa 575

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Defunciones 580

Conferencia Episcopal Española

- Nota de la Comisión Ejecutiva ante la pandemia, en el Domingo de Ramos 583
- La Iglesia española llama a la solidaridad con motivo del día del Amor Fraternal 589

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@archimadrid.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXVIII - Núm. 2933 - D. Legal: M-5697-1958

- Condolencia por el fallecimiento de D. Riay Tatary 594
- La Comisión Ejecutiva invita a la corresponsabilidad y generosidad económica
ante la pandemia 596
- Iglesiasolidaria.es nuevo portal para hacer visible la acción de la Iglesia 599
- Nota de la Comisión Ejecutiva ante el inicio de la salida del confinamiento 601

Iglesia Universal

- Celebración del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor 609
- Jueves Santo. Santa Misa de la Cena del Señor 613
- Vía Crucis. Viernes Santo 616
- Domingo de Pascua. Mensaje Urbi et Orbi 638
- Santa Misa de la Divina Misericordia 643
- Carta del Santo Padre Francisco a todos los fieles para el mes de mayo 647



Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

ALGUIEN QUE NOS HACE DAR VIDA

1 de abril de 2020

El Domingo de Ramos, con el que iniciamos la Semana Santa, es un día singular y especial para todos nosotros. Y digo especial porque, incluso aunque este año no podamos hacer el recorrido llevando los ramos ni compartir la Eucaristía presencialmente, expresa el deseo más grande del ser humano: encontrar a Alguien que nos haga vivir y dar vida.

El salmo 21 nos dice que "contaremos la fama del Señor a nuestros hermanos". Esta es la gran invitación que Él nos hace en el Domingo de Ramos. Y el profeta Isaías nos recuerda que el Señor nos abre el oído, nos hace estar atentos; atentos a las necesidades de los hombres como vemos en el Evangelio: aquellas gentes de Jerusalén sencillas vieron cómo Jesús era distinto, cómo entraba en un borrico que representa la pequeñez, la cercanía a los hombres, la capacidad de entrega. No entraba como lo hacían los reyes de Jerusalén en caballos, que son signos de poder y de fuerza. Él entraba con otra fuerza distinta. Y es la que quiere que tengamos también nosotros, miembros vivos de la Iglesia, cuerpo de Cristo que

tiene la misión de entrar en este mundo con muchas heridas, rupturas, enfrentamientos, pobreza muy diversas, y que ahora afronta una pandemia sin precedentes... Dios es necesario. Dios no es una anécdota. El Dios cristiano que nosotros predicamos y en el que creemos no es un Dios de muerte, es un Dios de vida, es un Dios de reconciliación, es un Dios que no utiliza la fuerza para hacerse presente entre los hombres. Lleva el amor hasta dar la vida. Él hace la entrega de sí mismo, y es la que nos pide a nosotros, sus discípulos.

La Iglesia, de la que nosotros somos parte, tiene que entrar en el mundo. Y tiene que entrar como nos dice el Señor: "Vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo; no se enciende una lámpara para meterla debajo del celmín, sino para ponerla en el candelero y que alumbrar a todos los de la casa". Sí, tiene que alumbrar vida, alumbrar reconciliación y alumbrar paz.

En la página del Evangelio que proclamamos normalmente antes de la procesión de ramos, vemos cómo las gentes salían al encuentro de Jesús. Todo ser humano necesita a alguien que no le dé muerte, que le dé vida, que le impulse a vivir, que le impulse a entregar lo mejor de sí mismo. Hoy el Señor nos vuelve a llamar para que vivamos como discípulos de Cristo, que tenemos la vida del Señor por el Bautismo. Tenemos esta vida que nos lanza a hacer su camino. ¡Qué bien describe el Señor este camino en la Pasión! Es fácil entrar en la dinámica de este mundo, la dinámica de la fuerza, de la guerra, del enfrentamiento; la dinámica de ver siempre en el otro al enemigo y no ver al hermano. Jesús entra en Jerusalén y quiere entrar en todas las ciudades de este mundo. También quiere entrar en nuestro propio corazón, porque es Aquel que nos puede hacer salir de la esclavitud y hacernos partícipes de su vida, que es la más humana y es la más solidaria. En el inicio de esta Semana Santa, nos preguntamos: ¿por qué caminos nos quiere conducir el Señor?, ¿qué espera de nosotros el Señor en este siglo XXI? ¿Qué espera? Espera que esta nueva Jerusalén, la Iglesia de la que nosotros somos parte, entregue y manifieste lo que necesita este mundo...

¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito al que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! ¿Quién es este? ¡Qué grito daban aquellas gentes de Jerusalén! Es el grito que da esta humanidad: quieren a Jesús, desean tener a Jesús, aunque a veces ni lo conozcan; tienen ganas de tener ese Mesías. Que podamos abrir las puertas de nuestro corazón a nuestro Señor. El Jesús que entró en Jerusalén viene a nosotros. El Jesús que entró en Jerusalén hizo un pueblo, la nueva Jerusalén.

Nosotros somos de ese pueblo y tenemos la misión de hacer en este mundo lo mismo que Él: llevar su vida a todos los hombres. Acojamos al Señor y acerquémoslo a los hombres hoy, cuando tanta falta hace.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro
Arzobispo de Madrid

UNA NOTICIA QUE CAMBIA TODO

15 de abril de 2020

Por la pandemia del coronavirus, todos vivimos de alguna manera situaciones de dolor. Pero este Domingo de Resurrección celebramos el día en el que se han roto todas las cadenas de la muerte, porque Cristo ha ascendido victorioso del abismo. Aun en medio de las dificultades y el sufrimiento de estos momentos, vivamos en la alegría de la Resurrección, del triunfo sobre todo mal, también del triunfo sobre la muerte. Vivamos en la alegría que nace de sabernos queridos y amados por Dios. Celebremos todos los que hemos sido injertados en el misterio pascual de Cristo que hemos muerto con Él y hemos resucitado con Él, para reinar siempre con Él.

Apaciguad todo lo que pueda acontecer o suceder en vuestra vida. Escuchad, haced silencio, contemplad lo sucedido: ¡Jesucristo ha resucitado! Es una noticia que cambia todo. La vida y la historia tienen nueva dirección. Leed vuestra vida, la de los demás y todo lo que existe de una manera diferente. Hacedlo con el aliento del Amor que nos entrega Jesucristo Resucitado. Colmad la vida de

esperanza. De esa esperanza que viene de Él. Probad la dulzura de su benevolencia. Tomad posesión de la fuerza que el Señor nos ha entregado con su Vida. Aclarad la mirada sobre todas las cosas y sobre los hombres con la luz que viene de Jesucristo. ¡Qué claridad!

En este sentido, os hago una propuesta como la hicieron los apóstoles desde el principio: haced a todos los hombres el anuncio de la Resurrección. Hacedlo así: «¡Ha resucitado, está vivo!». No compliquéis el anuncio. Cuanto más sencillamente lo hagáis y más os acerquéis a hacerlo de aquella manea sencilla y originaria, tanto más eficaz y convincente será.

La Resurrección de Cristo es, para el universo del espíritu, lo que fue, según una teoría reciente, para el universo físico la gran explosión inicial, cuando un átomo de materia empezó a transformarse en energía, poniendo en marcha el universo. Sin la Resurrección de Cristo, el ser humano y esta historia permanecen a oscuras, como permaneció a oscuras lo que en el principio existía, hasta que Dios dijo: «Hágase la luz». Así ha permanecido en la oscuridad todo hasta la Resurrección de Cristo. Sabed que cuanto existe y se mueve dentro de la Iglesia, sacramentos, palabras e instituciones, saca su fuerza de la Resurrección de Cristo.

¿Qué compromiso os pediría a todos en esta Pascua del año 2020? El mismo que tuvieron los discípulos primeros del Señor: comenzar de nuevo el camino, pero ahora con la novedad absoluta que trae la Resurrección de Cristo, sabiendo que hemos renacido, que todo ha sido regenerado. Y esto trae tal capacidad de esperanza. Dejadme decir que la Iglesia nace de un movimiento de esperanza y, cuando este movimiento falta, es señal de que no se cree del todo en la Resurrección de Cristo. Hoy hay que despertar en la Iglesia este movimiento de esperanza si queremos dar un nuevo impulso a la fe y transformar mundo necesitado de esperanza.

Os voy a contar algo que lo describió mejor un poeta creyente: las tres virtudes teologales (fe, esperanza y caridad) son como tres hermanas. La fe y la caridad son las hermanas mayores. La esperanza es la hermana menor y va en medio de las otras dos, dándoles la mano. Pareciera que las dos mayores llevan a la menor. Sin embargo, es todo lo contrario: es la esperanza quien tira de la mano de la fe y la caridad. No hay ninguna propaganda que pueda hacer tanto como la

esperanza. Cuando se ataca la esperanza de los cristianos, se ataca algo esencial. La esperanza mueve a los jóvenes, a los mayores, a las familias. Regalar la esperanza es lo más hermoso que podemos hacer. Por eso el grito «¡Ha resucitado!» quiere decir que todo es diferente.

Con gran afecto, os bendice,
† Carlos, Cardenal Osoro

LA SOLIDARIDAD DE LA RESURRECCIÓN

15 de abril de 2020

He dado muchas vueltas a la invitación que el Papa Francisco nos hace en la Pascua: hemos de posibilitar la solidaridad de la Resurrección. Ahora que vemos tantos rostros marcados por el dolor de la enfermedad, ante la muerte de seres queridos a los que no podemos despedir como nos gustaría, en estos momentos en los que quizá sentimos impotencia, seguimos viendo gestos de entrega, solidaridad y cercanía, donde el olvido de uno mismo es manifiesto. Y son muy necesarios.

Al igual que Jesucristo, que dio la vida por todos sin excepción, así la solidaridad que deriva de la Resurrección busca hacer llegar a todos los hombres la misma vida de Jesucristo, que solo sabe de vida y no de muerte. Implica, nada más y nada menos, que tengamos la valentía de acoger al Amor, que a su vez impulsa de verdad a la inteligencia humana a abrir nuevos horizontes. Es un amor que no deja a nadie fuera, es un amor que atrae el corazón de todo ser humano, que lo dilata y lo colma de alegría porque sabe de dar y no de retener.

Hay que tener el atrevimiento de inclinarse ante la Verdad que tan bellamente se nos muestra en la Resurrección. Es la osadía que tantas personas cercanas tienen estos días. Me viene a la mente aquella hija que perdió a su madre y a la que, hasta días después, no avisaron de que tenían las cenizas por si quería ir a recogerlas. Se puso rápidamente en camino y me llamó para decirme: "Ya la tengo entre mis brazos. Cuando he cogido las cenizas de mi madre, he sentido en lo más profundo de mi ser una gran serenidad y algo me decía: "Estate tranquila, todo está bien"". Me vienen a la mente también los médicos, enfermeros, religiosos y sacerdotes que dan la vida, arriesgando todo, para que tengamos la salud. Me vienen a la mente aquellos que están disponibles para atender a los enfermos en los hospitales, aquellos que siguen pendientes de los fieles, aquellos que acompañan a las familias en situaciones muy diversas. Me viene a la mente nuestra red de Cáritas, presente en todas las situaciones humanas... Gracias de corazón a todos los que estáis trabajando sin cesar para que los demás perciban la solidaridad de la Resurrección.

Dejadme deciros sin ambigüedades que, cuando uno sitúa su vida ante Jesucristo, cae en la cuenta de cómo nos regala la plena familiaridad con la verdad y la vida -que tienen su máxima expresión y manifestación en la Resurrección- y nos invita constantemente a vivir en ellas. Cuando los seres humanos hemos sabido hacer esto, cuando hemos salido de nosotros mismos, cuando hemos fortalecido la solidaridad y hemos entregado esperanza en medio del sufrimiento, es cuando hemos sido más grandes. Necesitamos dejar de lado el egoísmo y responder a las necesidades de los hombres, como ya hicimos antes. ¿Serán Europa y España capaces de hacer esto mirando a todos?

La Verdad nos busca siempre; dejemos en estos momentos de perseguir intereses personales o de grupo. Ante la realidad de la vida humana que tenemos delante de nosotros, con sus problemas, tristezas y fracasos, tengamos presente que la Verdad es más fuerte que cualquier obstáculo. Pero hemos de ser valientes para vivir desde la Verdad: es Jesucristo, que quiere saber de todos los hombres sin excepción y muy especialmente de aquellos que más necesitan. La verdad de la revelación, la solidaridad de la Resurrección, no se sobrepone a la alcanzada por la razón, pero puedo aseguraros que la purifica y la exalta. Sé que buscáis la felicidad, la alegría y el sentido. Por ello, os invito a todos a que os dejéis tocar la vida por Jesucristo. La Verdad que es una Persona nos busca y nos guía siempre a la caridad, al amor a los demás.

La pandemia nos está llamando a vivir siendo siempre fieles a la verdad del hombre, pues es condición esencial para la libertad y mucho más en estos momentos. ¿No habéis notado que muy a menudo se reivindica la libertad sin hacer referencia a la verdad? ¿Qué objeto tiene la libertad cuando ignora la verdad? La verdad no es una imposición, ni un conjunto de reglas, es el descubrimiento de quien jamás nos traicionará, de quien me puedo fiar plenamente. La solidaridad de la Resurrección tiene un nombre y tiene una propuesta: somos hermanos, salgamos de nosotros mismos y vivamos siempre para los otros, que no son ideas, sino vivas imágenes de Dios. Que la sed de verdad, bondad y belleza impresa en todos los hombres nos impulse a buscar juntos la justicia, la libertad y la paz. Digamos un no rotundo al cinismo y al relativismo. Abracemos a la Verdad, la Bondad y la Belleza que para los cristianos tiene nombre y rostro: Jesucristo.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro,
Arzobispo de Madrid

LA FUERZA DE LAS BIENAVENTURANZAS

22 de abril de 2020

En este tiempo de pandemia pienso mucho en los principios y los valores que la Iglesia debe promover en nombre de Jesucristo. Y en cómo en sus intervenciones en el ámbito público pretende la defensa y promoción de la dignidad de la persona. Me he detenido en la fuerza revolucionaria que tienen las bienaventuranzas y, muy en concreto, en la fuerza que tienen para el escenario que va a dejar la pandemia. La imagen del sermón de la montaña es impresionante: ante un gentío inmenso, entre ellos todos los discípulos, Jesús se presenta como maestro divino, es un nuevo Moisés. Pero ¿qué novedad trae? ¿Qué enseña? Él mismo es la gran Bienaventuranza y propone el camino necesario para la verdadera felicidad. En el fondo en las bienaventuranzas nos está describiendo el camino que Él hizo desde su nacimiento en Belén hasta la muerte en la cruz y la Resurrección.

Cuando Jesús proclama las bienaventuranzas en el monte lo que nos está invitando es a seguirlo a Él. Es un camino nuevo, es el camino del amor, es el camino que nos hace vivir desde la solidaridad de la Resurrección. Muchas palabras definen este camino, como señalaba el Papa en su mensaje para JMJ 2014, aunque quizá nos da miedo pronunciarlas: "pobreza, aflicciones, humillaciones, lucha por la justicia,

cansancios en la conversión cotidiana, dificultades para vivir en la santidad, persecuciones y otros muchos desafíos". ¿Estás disponible para recorrerlo?, ¿te atreves? Te aseguro que tendrás paz, te llenarás de alegría y de un amor que solamente Dios puede dar. ¿Estás dispuesto a abrir la puerta de tu vida a Jesús para hacer este mismo camino? Para nuestra mentalidad, acostumbrada a buscar el éxito, parece que es escandaloso: a los que Jesús llama bienaventurados, nosotros los llamamos perdedores y débiles.

Seamos felices haciendo felices a los demás en las dimensiones reales que esta felicidad tiene según Jesús. Seamos pobres de espíritu como el Señor nos dice en la primera bienaventuranza y como Él hizo cuando se despojó de su gloria: desde su nacimiento en Belén elige un camino, desde su encarnación se presenta como un necesitado en búsqueda de amor y nos habla del hombre como un mendigo de amor. ¿Cómo podemos hacer que se transforme nuestro estilo de vida en relación con las cosas, las personas, los más pobres? ¿Cómo podemos hacer que la lógica de nuestra vida se transforme y prevalezca el deseo de *ser más* sobre el deseo de *tener más*?

En el anuncio de Jesucristo y de su Evangelio, la Iglesia no hace política, respeta la laicidad, pero ofrece condiciones a través de las cuales se puede madurar una sana política. En estos momentos prestemos una atención particular a los principios innegociables que la Iglesia defiende por amor al ser humano, a ese ser humano que está necesitado de amor. Destaco estos: protejamos la vida en todas sus etapas, desde el inicio de la misma hasta la muerte natural; reconozcamos y promovamos la estructura natural de la familia, sosteniendo el carácter particular y su irremplazable papel social, como comprobamos en este tiempo de la pandemia, y protejamos el derecho de los padres a educar a sus hijos.

Es verdad que estos principios no son verdades de fe, pero ciertamente reciben de la fe una luz absolutamente nueva y una confirmación de que están inscritos en la misma naturaleza humana y son comunes a toda la humanidad. Hemos de caer en la cuenta de que la acción de la Iglesia, cuando promueve los mismos, no realiza una acción de carácter confesional, sino que se dirige a toda persona con independencia de su afiliación religiosa. Hemos de comprender que la Iglesia no es ni quiere ser nunca un agente político, pero tiene un interés grande por el bien de todos los hombres, de los pueblos y de la comunidad política, cuyo objeto y medida intrínseca debería ser la justicia.

Conviene recordar lo que el Papa Benedicto XVI exponía en la encíclica *Deus caritas est*: que "la política es más que una simple técnica para determinar los ordenamientos públicos" y que "su origen y su meta están precisamente en la justicia, y esta es de naturaleza ética". Y cuando hay "ceguera ética" y predomina la cuestión "del interés y del poder" no se sirve a los demás, sino que nos servimos de los demás. Y en ese caso, ¿qué es lo que hace la Iglesia? Entre otras cosas, aporta lo que la fe cristiana da y con su doctrina social muestra. Ayuda a purificar la razón, a ver lo que debe ser y a realizar lo que es justo. Como nos decía Benedicto XVI, la Iglesia no hace política, respeta la laicidad, ofreciendo unas condiciones en las que puede madurar una sana política que dé solución a los problemas sociales.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro,
Arzobispo de Madrid

UN CAMINO DE SENTIDO

29 de abril de 2020

El domingo pasado proclamábamos el texto de los discípulos de Emaús. En él se nos plantean dos caminos: uno que da pleno sentido a la vida, el de Jerusalén, que nos invita a ir siempre hacia adelante, y otro, el de Emaús, que nos hace caminar hacia atrás, que no da sentido, sino que nos lo hace perder. Viendo lo que había pasado en Jerusalén, los discípulos deciden volver para atrás. Les entra el desánimo y, abandonando la ciudad del sentido, marchan a la aldea sin sentido, a Emaús. Ante la decepción, el sufrimiento o la dificultad, todos tenemos la tentación de tomar caminos sin sentido que no devuelven la esperanza. Precisamente por esto, os propongo que dejemos que el Señor se acerque a nuestra vida. Dejémonos acompañar por Jesús en todos los momentos de nuestra vida, también ahora que se empieza a hablar de la desescalada del confinamiento. Dejemos que Él nos pregunte: "¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?".

Ante esta pregunta, podemos dar muchas respuestas; quizá muchas de desesperanza, de desilusiones, de sufrimientos, de sinsentidos... Pero, cuando se tiene al Señor al lado, las respuestas son diferentes, son las que daría Jesús: "¿Qué quieres que haga por ti?". Son las que escuchaba el lunes por la mañana, en una

reunión virtual con los responsables de Cáritas Diocesana de Madrid: ha aumentado el número de personas que se ofrece para colaborar con Cáritas, muchos jóvenes se han prestado a trabajar en este tiempo y también muchos mayores, que han querido acompañar y prestar su saber. Menos mal que en estos momentos, cuando lamentamos un altísimo número de fallecidos por coronavirus y vislumbramos las graves consecuencias sociales de la pandemia, podemos contar con las obras sociales de Cáritas, que atienden a las personas en exclusión, a los más olvidados. Niños, jóvenes, ancianos, mujeres, familias... Todos tienen un lugar en la ciudad del sentido, que es la que el Señor nos pide que hagamos entre todos en esta salida de la pandemia. La crisis sanitaria trae una crisis económica y, como consecuencia, una crisis social: muchos se están quedando sin trabajo, otros sin casa donde vivir. Entre las obras y servicios residenciales de Cáritas hay casi 1.500 personas albergadas. Entre todos, administraciones, empresas, sociedad civil, hemos de hacer un esfuerzo y ser creativos y generosos con quienes se quedan sin casa, sin nido. Hemos de permanecer atentos a quienes se quedan sin trabajo. Debemos ser generosos con quienes no tienen qué comer y mantener nuestros comedores abiertos. Tenemos que ser misericordiosos y acogedores con quienes están en la calle, con nombre e historia. Seamos siempre creadores y valientes para hacer posible que todos mantengan su dignidad de hijos de Dios.

Desde aquí quiero dar las gracias a quienes, de modos muy diferentes, colaboráis con Cáritas Diocesana de Madrid, en cuyo territorio se ha ensañado la pandemia. Ayudad a Cáritas. Os pido ayuda a los empresarios, a las familias, a los más mayores y a los jóvenes: todos podemos hacer una desescalada con sentido.

Volvamos a Jerusalén. Volved la mirada a Jesucristo, miradlo de frente. Es el mismo que partió el pan. Os lo aseguro, Cristo no quita nada al hombre. Quiero recordar aquel 22 de octubre de 1978, cuando el Papa san Juan Pablo II inició su ministerio en la plaza de San Pedro y dijo: "¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!". Decía estas palabras a todos los hombres, fuertes y débiles, poderosos y sin nada. Y es necesario que en esta desescalada acogamos a Cristo, que nos recuerda la dignidad suprema del hombre, a imagen y semejanza de Dios, y la necesidad de edificar una sociedad justa.

No tengamos miedo a devolver a Madrid y a España la belleza; devolvamos a la vida humana la belleza que tiene. Os lo aseguro a todos: quien deja entrar a Jesucristo en su vida, no pierde nada y, con esa amistad, abre las puertas a todos los hombres. A los discípulos de Cristo os pido que devolvamos la belleza de la

libertad. Como exclamaba el poeta, ¡qué belleza da la libertad! Dejadme deciros que, cuando se vive con el amor mismo de Dios, que es para todos los hombres, se es libre de verdad. La libertad de un ser humano es la libertad de un ser humano limitado y, por ello, es limitada. La libertad solo la podemos poseer como libertad compartida en la comunión de libertades: solo puede desarrollarse si vivimos unos con otros y unos para otros.

¿Por qué os digo todo lo anterior? Vamos a comenzar la desescalada. Aunque se suspendió el culto, respetando absolutamente la normativa que dio el Gobierno de España, las puertas de nuestras Iglesias han estado abiertas. Cumpliendo estrictamente y escrupulosamente las normas, las Cáritas parroquiales han estado abiertas, gracias a lo cual muchos pueden comer y ser acompañados en este tiempo duro de la pandemia. Los sacerdotes han entregado su vida tal y como suena. Todos los días han celebrado la Misa y os han tenido a todos junto al Señor en el altar. Han estado presentes en los hospitales y sanatorios, en los cementerios y en los lugares donde eran necesarios. Un innumerable número de cristianos se ha puesto al servicio de los demás. Con sus gestos, han sido capaces de hacer ver que es inmoral atentar contra la vida de los otros y por ello han tenido, con dolor, que estar alimentando a la comunidad cristiana de otros modos, han sido creativos. Es cierto que la Eucaristía es el alimento de la verdad y de la libertad, pero, como dijo san Agustín cuando le preguntaron sobre lo que puede mover al hombre por encima de todos y en lo más íntimo, exclamó: "¿Ama algo el alma con más ardor que la verdad?". Todos llevamos en lo profundo de nuestra existencia el deseo de la verdad. Y en esta pandemia Jesús se ha dirigido a nosotros para decirnos una vez más: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida".

Con el deseo de que nos acerquemos a Cristo, los obispos de España estamos viendo cómo emprender la desescalada en conversaciones con el Gobierno de la nación y, en mi caso, con el Gobierno autonómico. Después, en nuestra archidiócesis de Madrid daremos la normativa necesaria para que a nadie le falte la atención a la que, como cristiano, tiene derecho, sabiendo que su derecho, en este tiempo de pandemia, no puede atentar contra la vida de nadie. Pronto os dirigiré algunas disposiciones.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro
Arzobispo de Madrid

HOMILÍAS

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA DEL DOMINGO DE RAMOS

(5-04-2020)

Queridos hermanos obispos auxiliares: don Jesús, don Santos y don José. Queridos hermanos sacerdotes. Querido diácono. Queridos hermanos todos los que estáis siguiendo esta Eucaristía a través de Telemadrid, a quien doy sinceramente las gracias por el esfuerzo que están haciendo para acercar esta palabra del Señor y esta vida de Nuestro Señor Jesucristo a todos. Gracias de corazón. Hermanos todos que hoy desde vuestras casa estáis siguiendo la celebración que estamos realizando desde la catedral, en la que estáis todos. Queridos hermanos: aquí, esto está abarrotado. Está todo Madrid: los que creéis explícitamente en Nuestro Señor y os sentís miembros vivos de la Iglesia, y todos los que, quizá con dudas, pero sois también miembros de la Iglesia.

Queridos hermanos todos: el Señor nos ha abierto el oído, nos decía el profeta Isaías hace un instante. El Señor nos ayuda. Dios me ayuda. No es un Dios extraño, no es un Dios que se ha quedado lejos de los hombres, de la vida de los

hombres. Ha participado en toda la existencia que tiene el ser humano. También en los padecimientos, y también en la muerte. Pero también, queridos hermanos, en la Resurrección. Como nos decía hace un instante el apóstol Pablo: tomó la condición de esclavo pasando por uno de tantos, pero Dios lo exaltó y le ha concedido el nombre sobre todo nombre. Por eso nosotros hoy estamos reunidos aquí, en este Domingo de Ramos en el que, fijaos queridos hermanos, hoy estamos sin ramo. Esa alegría que otros años teníamos aquí en la plaza e íbamos en procesión con los ramos y con los niños, hoy no la tenemos. Pero son ramos más auténticos, porque mirad, los ramos sois cada uno de vosotros: el abuelo, la abuela, con toda su existencia cargada de trabajo, cargada de transmitir la fe a todos los que os acogemos y os honramos. El padre, con su trabajo, con sus necesidades, en el momento en el que estamos viviendo donde quizá está sospechando que pueda haber alguna situación que traiga tristeza, pero sin embargo padre cristiano. Madre cristiana. Que estáis hoy junto a vuestros hijos. Sois ramos. Sois un ramo singular y especial. Y esto es hoy lo que ofrecemos nosotros al Señor. Todo Madrid, cada uno de los que somos parte de esta archidiócesis nuestra de Madrid, vamos llevando nuestro ramo, nuestra existencia, en su pobreza, en su pequeñez, pero en la grandeza que tiene el sabernos necesitados del Señor. Como las gentes de Jerusalén, que viendo al Señor que entraba salieron corriendo a acercarse a Él porque necesitaban de su amor, de su presencia, de su cariño, de su aliento. Era Dios con nosotros, queridos todos. Bendito el que viene en nombre del Señor.

Si yo quisiera hacer una síntesis de la palabra de Dios que acabamos de proclamar, y hacer una síntesis también del momento que estamos viviendo, os diría tres palabras: estamos necesitados, estamos acompañados y estamos abrazados.

Sí, hermanos: estamos necesitados. Este es el grito que resuena en el Evangelio de este Domingo de Ramos. El grito de los discípulos en la entrada de Jesús en Jerusalén es también nuestro grito hoy: "Bendito el que viene en nombre del Señor". Mirad, a pesar de lo que estamos viviendo, duro para muchos de nosotros, muy duro, necesitamos aclamar al Señor que viene a nosotros en esta situación dolorosa que atravesamos. Nos pasa como a las gentes de Jerusalén: estamos necesitados de alguien que nos acompañe; de alguien, queridos hermanos, que esté junto a nosotros, que se solidarice con nosotros, que nos aliente, que nos haga ver entre la niebla o las cortinas que en estos momentos impiden pasar la luz; que nos haga ver que Él es la luz, que Él es la fuerza, que Él tiene capacidad para liberarnos en esta necesidad que tenemos.

Estamos invitados, hermanos, a participar en esta manifestación y a aclamar a Jesús por el camino de esperanza que ha abierto para nosotros. Sí, con nuestro ramo, el que somos; nuestra vida, la que tenemos. Nos sentimos parte de esa muchedumbre que ha experimentado que Jesús es el gran liberador. Queremos decirle a Jesús también nosotros, esta mañana, cada uno de vosotros desde vuestras casas, pero conmigo aquí, unidos a vuestro pastor, que os tiene aquí, en torno al altar: "bendito el que viene en el nombre del Señor". Así queremos decirle. Es la expresión del deseo de liberación del pueblo, de liberación de cada uno de nosotros. Es, queridos hermanos, como si le dijésemos al Señor hoy desde aquí: "sácanos, Señor, sácanos de este círculo asfixiante en que vivimos. Déjanos aclamarte en este día con un cántico nuevo". Sí, Señor, en estos momentos tenemos la seguridad de que vienes a nosotros: vienes a los enfermos, vienes a los que padecen el coronavirus, a los que se encuentran en las UCI, a los que han perdido un familiar querido sin poder despedirse, a los que ya han pasado al otro lado de tu amor. Sí, hermanos: ¡bendito el que viene en nombre del Señor! Necesitados.

Pero, en segundo lugar, estamos acompañados. Cuando se acercaron a Jerusalén y llegaron a Betfagé, la última etapa antes de llegar a Jerusalén, en el Monte de los Olivos, Jesús se detiene y envía por delante a los discípulos para que le consigan una cabalgadura. "Id a la aldea de enfrente, encontraréis una borrica, atada con su pollino. Desatadlo y traédmelo". ¿Por qué elige el Señor un borrico para entrar en Jerusalén? Representa, queridos hermanos, la mansedumbre, la paz, frente al caballo que simbolizaba la violencia y la guerra. Jesús es un Mesías que nos llena de paz, de amor, de entrega. Jesús es quien hace que en toda la tierra se alce hoy el grito: "paz. Te necesitamos, Señor". La multitud, todo el pueblo, como pasa hoy, extiende los mantos por el camino. El cortejo se ha organizado enseguida, queridos hermanos, como está organizado en nuestro corazón y en nuestra vida. Está organizado el cortejo: te necesitamos, Señor. Ven, entra en nuestra vida. Viva el hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor. Tú traes la salvación, tú traes esa capacidad nueva que nos das a cada uno de nosotros para estar interesados siempre por el otro, sea quien sea, especialmente por el que más lo necesita. La multitud, como nosotros hoy en Madrid, extendemos los mantos por el camino. Jesús entra. Entra en nuestra ciudad. Entra hoy. Quiere entrar también en nuestro propio corazón. Dejémosle entrar, queridos hermanos.

Es verdad: estamos necesitados. Pero, como os decía en segundo lugar, estamos acompañados: el Señor, su rostro, no es el de un poderoso fuerte, es el de

alguien manso, humilde, pacífico y sin armas. Y ante Él podemos preguntarnos nosotros: "¿Señor, por qué caminos nos quieres conducir? ¿Qué esperas tú de cada uno de nosotros?". Jesús no llegó en un caballo, como los grandes del mundo, sino en un borrico prestado. Jesús es un Mesías pobre, rey de los pobres. Y la pobreza de Jesús nos invita a vivir libres de toda ambición de poder, de ser importantes, de toda ambición de tener, que es la que arruina este mundo y genera tanta injusticia. Jesús nos está invitando a darnos un mensaje importante. Sí, queridos hermanos: Jesús se manifiesta y rompe nuestros esquemas. No es Dios más que de los abatidos, de los pobres, de los enfermos, de los marginales, es el Dios que viene a nosotros lleno de paz y de mansedumbre y que nos ofrece el camino de una vida nueva, distinta, en paz, no ensangrentada por la violencia. Este Jesús es el que clama el pueblo, este Jesús es el que quiere entrar en nuestro corazón, queridos hermanos. Estamos necesitados, pero estamos acompañados. El Señor viene. Está con nosotros. Está a nuestro lado. Entra en nuestra ciudad de Madrid. Dejémosle entrar en nuestro corazón.

Y, en tercer lugar, estamos abrazados. No solamente necesitados, que lo estamos. No solamente acompañados. El Señor está a nuestro lado. Ha entrado en Madrid y nos abraza. Queridos hermanos: la ciudad de Jerusalén, nos decía el Evangelio, que preguntaba alborotada: "¿Quién es este?". Los que venían con él contestaban: "Es Jesús, el profeta de Nazaret, el profeta de Judea". Quizá la gente que lo seguía aclamándole aquel día de primavera se planteó la pregunta fundamental: ¿quién es de verdad Jesús? Nosotros, hermanos, también hoy nos lo preguntamos: ¿quién es para mí personalmente Jesús? ¿Cómo respondería yo a esta pregunta: quién es para mí Jesús? Para ti, padre, madre, abuelos, hermanos, niños. Gracias porque habéis acogido la propuesta que os hacía de llenar hpy las ventanas de vuestros dibujos, de ramos, para manifestar que Jesús entra también en esa casa. Queridos hermanos, no tendríamos que dejar de hacernos esta pregunta: "Jesús, ¿tú quién eres para mí?". "Yo sé que tú eres Dios. Quizá tengo oscuridades, quizá me falta abrirte el corazón, pero sé que tú me acompañas y no me pones absolutamente ninguna condición. Hoy entras en todos los que en Madrid viven. Hoy, desde esta catedral, tú te haces presente".

Señor, que tengamos siempre sed. Esa sed que no apague nuestro corazón. Sed de amor, sed de entrega, sed de fidelidad, sed de servicio, sed de dar lo mejor de nosotros mismos. Desde el fondo de nuestro corazón, queridos hermanos, hoy quisiera que dijésemos todos al Señor: "Vienes a nosotros en un borrico, lleno de

humildad, todo lo contrario de lo que nos suele gustar a nosotros, que queremos aparentar más de lo que somos, que deseamos ser reconocidos importantes. Bendito tú, Señor, que siempre traes la paz, que siempre nos regalas el amor. Hosanna, Señor. Sálvanos. Lo necesitamos hoy más que nunca. Sálvanos. Elimina de nuestra vida esta pandemia que asola a tanta gente, que nos tiene a todos ocupados y preocupados. Hoy abrimos las puertas de nuestro corazón. Nos ofreces tu paz y tu esperanza. Gracias, Señor. Estamos necesitados, es verdad, pero nos sentimos acompañados por ti y hoy nos sentimos abrazados. Tú te haces presente en este altar de la catedral hoy, una vez más, y nos abrazas, y nos dices a todo Madrid: "No estáis solos, os acompaño, os quiero, os amo, vivid en mi amor"". Que así sea.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA CRISMAL

(08-04-2020)

Queridos hermanos obispos auxiliares de Madrid, don José, don Jesús y don Santos. Queridos hermanos sacerdotes. Querido diácono. Hermanos todos. Queridos sacerdotes que estáis siguiendo esta celebración, esta Misa Crismal donde vamos a bendecir y a consagrar el santo crisma y bendecir los óleos, y que vais a llevar vosotros después a vuestras comunidades para guardarlos como un tesoro y poder después realizar las Confirmaciones, dar el óleo a los enfermos para que se recuperen y se pongan en la dirección siempre de Nuestro Señor.

Queridos hermanos sacerdotes. Os lo he dicho antes: en estos momentos estáis todos, todos, aquí. Estamos solos prácticamente en la catedral, pero no estamos solos. Estáis todos vosotros. Vuestra presencia es real. No es una presencia teórica.

Mirad, hay dos sacerdotes excepcionales que pasaron por aquí, por Madrid, que estuvieron con nosotros. Me refiero fundamentalmente a uno que llegó a ser obispo, san Antonio María Claret, y a otro que fue mártir, aquí, san Pedro Poveda.

Dos sacerdotes que, después de meditar las lecturas que acabamos de proclamar, me parecía a mí que era importante tenerlos en cuenta. Porque es cierto que, fundamentalmente, la Palabra que acabamos de proclamar nos habla de tres tareas esenciales en nuestra vida: nos habla de nuestra profesión, nos habla de las herramientas que tenemos para hacerla, para vivirla, y nos habla de la misión entrañable que Jesús nos ha regalado a todos nosotros.

Sí. El Señor, a través del profeta Isaías, nos habla de nuestra profesión. Lo habéis escuchado: "Sacerdotes del Señor, sois ministros de nuestro Dios". Sois hombres enviados para dar esa buena noticia. Para curar, para proclamar, para consolar. Cuántos momentos en estos días, habéis vivido de esta manera. Qué momentos extraordinarios. Anoche mismo me contaba un sacerdote, despidiendo a su padre y rezando en el momento que casi va a expirar, poniéndole en manos del Señor. Entrañable, queridos hermanos. Gracias.

Estos dos sacerdotes: san Antonio María Claret, que pasó por aquí, por Madrid, y con el testimonio de su vida y con sus palabras pronunciadas en el ejercicio del ministerio, tienen que dejar impronta en nosotros. Sí. Él las dejó. El padre Claret veía la urgencia de la misión como la estáis viendo vosotros en estos momentos, y lo mostraba en aquellas palabras con las que él se dirige al padre Xifré en el año 1861, cuando le dice: "Yo, al ver la disposición de la gente al hambre de la divina palabra, no me puedo contener". Queridos hermanos: eso os ha pasado a vosotros. Lo habéis visto, lo habéis percibido y lo habéis experimentado en vuestra vida. Hay hambre de Dios. Hay deseos de Dios. Hay deseos de que haya una palabra que venga más allá de nosotros mismos. Hay deseos hondos y profundos en nuestro mundo y en nuestra sociedad de Dios. Pues queridos hermanos, qué profesión más bella la que nos ha regalado Nuestro Señor Jesucristo.

Pero exactamente igual el padre san Pedro Poveda nos decía. Un hombre que vivió con nosotros y entregó la vida aquí, y decía así: "Los hombres y las mujeres de Dios son inconfundibles. No se distinguen porque sean brillantes, ni por lo que deslumbran, ni por su fortaleza humana, sino por los frutos santos. Por aquello que sentían los apóstoles en el camino de Emaús cuando iban en compañía de Cristo resucitado, a quien no conocían, pero sentían los efectos de su presencia". Queridos hermanos, vosotros hacéis sentir los efectos de la presencia de Nuestro Señor en medio de los hombres. Cuando perdonáis, cuando bendecís, cuando acompañáis, cuando celebráis la Eucaristía, aunque sea en estos días como lo estamos haciendo

en la soledad, pero una soledad que para nosotros es ficticia porque están todos con nosotros, tenemos a todos los hombres con nosotros, a todas nuestras gentes, a toda nuestra comunidad.

No nos distinguimos por deslumbrar. Ojalá siempre nos distingamos por los frutos santos. Por esta profesión que el Señor nos ha regalado, y en la que nos ha dicho: "sois enviados". Sí. Para dar la buena noticia. Para curar. Para proclamar. Para consolar. Para estar al lado de las gentes. Estamos, queridos hermanos, descubriendo el rostro de ese buen pastor. El rostro de ese pastor que siempre vive en la búsqueda del hombre, ocupado y preocupado por la misión. El rostro de un hombre que es testigo y maestro, con un amor incondicional a la Iglesia y un amor incondicional a todos los hombres. Prestando todo lo que es y lo que tiene para acercarse a cada uno de los hombres con que se encuentre en la vida.

Pero, en segundo lugar, no solamente el Señor nos ha dado esta profesión, sino que nos ha dado unas herramientas. Qué bien nos las proponía el apóstol Pablo cuando nos dice que estamos invadidos por la gracia y por la paz de Nuestro Señor Jesucristo.

Sí, queridos hermanos: estamos celebrando la Misa Crismal. El obispo celebra con los presbíteros, como hacemos todos los años, y de alguna manera lo estamos haciendo en estos momentos de otra forma distinta, en esta Misa en que consagramos el santo crisma y se bendicen los restantes óleos. Esta Misa es una de las principales manifestaciones de la plenitud sacerdotal del obispo como un signo de la unión estrecha de los presbíteros con él. En la oración colecta habéis visto lo que hemos dicho: "Oh, Dios, que por la unción del Espíritu Santo constituiste a tu Hijo Mesías y Señor, y a nosotros miembros de su cuerpo, nos haces partícipes de su misma unción, ayúdanos a ser en el mundo -le decíamos al Señor- testigos fieles de la redención que ofreces a todos los hombres". Queridos hermanos: qué maravilla. Testigos, fieles, de la redención que el Señor regala a todos los hombres.

Otros años renovábamos aquí juntos las promesas sacerdotales. Como os decía al inicio, lo haremos de una forma especial y celebrando nuestro ministerio, el regalo que el Señor nos ha hecho. Lo celebraremos aquí en algún momento. Ojalá, queridos hermanos, siempre seamos protagonistas testigos valientes, para anunciar el año de gracia del Señor, para hacer creíble a los hombres que "hoy se cumple la escritura que acabamos de escuchar", como nos decía el Evangelio. Asumimos en

nuestra vida el vivirla como el buen pastor. Qué hermoso, queridos hermanos, las herramientas que el Señor nos da: su gracia, su paz, su comunión, su misterio, su ministerio, su cercanía a los hombres, su dar la mano a todos, sin hacer excepciones. Todos los hombres, lo estamos viendo quizá en estos momentos más que nunca, necesitan de la cercanía de Dios. Acercad al Señor. Como nos decía el Señor, les dijo a los apóstoles, y a nosotros también en ellos: "Lo que he hecho con vosotros, hacedlo". Hacedlo. Dadlo. Regaladlo. Lo que el Señor no ha dado, démoslo, no lo guardemos para nosotros mismos. Profesión. Unas herramientas excepcionales que no las hemos conquistado nosotros, nos lo ha regalado Nuestro Señor. Su misterio y su ministerio es un regalo del Señor.

Y, en tercer lugar, nos lanza a la misión. Enviados en medios del mundo. Enviados para proclamar la libertad a los cautivos- Para evangelizar a los pobres. Para dar y poner libertad en un mundo que a veces está lleno de esclavitudes. Para hacer posible que toda opresión se quite del corazón y de la vida de los hombres. Para proclamar este año de gracia del Señor.

Queridos hermanos: qué fuerza tiene el discurso del buen pastor escuchado en estos momentos de nuestra vida y de esta historia. Fijaos en algo que es importante. A partir del siglo III, la figura del pastor se convirtió en figura característica del cristianismo. El discurso del buen pastor, si os habéis dado cuenta, no comienza con una afirmación solemne, "yo soy el buen pastor". No. Comienza con otra imagen más sencilla y más profunda: "Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas". Anteriormente había dicho cosas como estas: "Os aseguro que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ese es ladrón y bandido. El que entra por la puerta es pastor de las ovejas". ¡Qué importante es este paso! A través de Él, el Señor nos da todas las pautas necesarias para ser pastor. Para ser pastor bueno. Solo el que entra a través de Jesús, entendido como la puerta, es buen pastor. Y es que el rebaño le pertenece solamente a Jesús, y quienes elige Él para que cuiden del rebaño y le hagan presente en medio de las ovejas no tienen que entrar por otro sitio. Han de entrar por la puerta, que es Él.

¿Cómo entrar, queridos hermanos sacerdotes, por esta puerta que es Jesús? Os invito esta mañana a que miremos la llamada que sobre Pedro hace Jesús después de la Resurrección. Le dice por tres veces: "Apacienta a mis corderos, apacienta a mis ovejas, Pedro". A Pedro, el Señor le designa pastor de las ovejas de Jesús.

Pero, ¿cómo desempeñar este oficio? Nada más y nada menos que entrando por la puerta, que es el mismo Cristo. ¿Y cómo se entra por esta puerta? Dejándonos hacer la misma pregunta que a Pedro le hizo el Señor: "Simón, ¿me amas?". Carlos, ¿me amas? Jesús, ¿me amas? Santos, ¿me amas? José, ¿me amas? Poned los nombres en vuestra vida.

¿Cómo entrar? "Apacienta a mis corderos", le dice por tres veces. "Apacienta mis ovejas". A Pedro, el Señor le designa pastor de las ovejas de Jesús. Pero, ¿cómo desempeñar este oficio? Nada más que entrando por la puerta, que es Cristo. ¿Y cómo se entra? Dejándonos hacer esta pregunta: "¿Me amas?". Una pregunta personal, que requiere una respuesta personal. Se le pregunta solo y exclusivamente por el amor, que le hace ser una sola cosa con Jesús. Este ser una sola cosa con el Señor es lo que hace que a Jesús le escuchen. Escuchen su voz. Es la voz de Jesús. De tal manera que no siguen a Simón, sino a Jesús, por el cual y a través del cual llegan las ovejas.

Queridos hermanos sacerdotes, os invito a que nos hagamos esta pregunta: ¿cómo llegamos a los hombres y mujeres de nuestro tiempo? ¿Cómo habéis llegado estos días? ¿Por nuestra sabiduría?, ¿por nuestro modo de entender lo que tiene que hacer la Iglesia?, ¿por nuestras opiniones personales?, ¿por nuestros planteamientos?, ¿por nuestros programas?, ¿por nuestros fallos?, ¿por las rupturas que podamos tener en diversas opiniones? Hay algo que es extraordinario. Mirad cómo acaba la escena de la llamada que le hace el Señor a Pedro para cuidar las ovejas. La escena acaba así: "¡Sígueme!". ¡Sígueme!

Queridos hermanos: habéis experimentado esto estos días. El ladrón viene para robar, matar y hacer estragos. Qué tremenda fragilidad. Sin embargo, el pastor no quita nada. Da la vida. Es transparencia de Dios. "He venido para que tengan vida en abundancia". Llevar siempre a las ovejas a buenos pastos. ¿Qué significa esto en estos momentos para nosotros? ¿Qué significa? Nos tenemos que preguntar con toda profundidad: ¿de qué vive el hombre? Y desde esa profundidad responder con los criterios del Evangelio. El hombre, queridos hermanos. Vive de la verdad. Vive de ser amado. Vive de ser amado por la verdad. No tengamos miedo de entregar esta verdad, que es Jesucristo. En nuestra cultura secularizada, laica, que a veces arrincona a Dios. Saquémosle fuera, a la vida. Dejemos de hacer tramoyas y presentemos a un Dios vivo, que habla al corazón del hombre y le interpela. Lo que estáis haciendo, amando a la gente, queriendo a

la gente, estando con la gente, sirviendo a la gente, sabiendo que estáis en casa, sabiendo que salís a los lugares que ellos deseen y que necesitan. Un Dios que se acerca. El hombre, como siempre, pero quizás más en estos momentos, lo estamos viendo que necesita amor. Necesita a Dios mismo. No relatos, sino a Dios mismo. Necesita a Jesucristo.

Queridos hermanos. La cruz es el punto central del relato del buen pastor. En tiempo de pandemia, la cruz adquiere un significado muy hondo. Cuando estamos celebrando la Misa Crismal, pongamos la cruz en el centro de nuestra vida de sacerdotes. La cruz no le coge desprevenido a Cristo. Él hace entrega libre y decidida de sí mismo. "Yo entrego mi vida para recuperarla, nadie me la quita sino que yo la entrego. Y la entrego libremente". Así se explica lo que ocurre en la Eucaristía. La crucifixión es un acto de entrega voluntaria de sí mismo por los demás. El Señor no entrega algo: se entrega a sí mismo. Es más, no tuvo a menos hacerse hombre siendo Dios como era. ¿Qué hago yo? ¿Qué entrego? ¿Dejé por Cristo mi pensar por el suyo, mi ser por el suyo, mi actuar por el suyo? Solo en Dios, y a través de Dios, se conoce verdaderamente al hombre. Cuanto más nos acercamos al Señor, más conocemos a los hombres.

¿Cómo anunciar hoy, y cómo no dejar de anunciar a Jesucristo? ¿Cómo no ponernos siempre en estado de misión, pero más en estos momentos? Para un sacerdote, es importante llegar a esta conclusión: no obedezco a un Jesús que yo u otros imaginamos a partir de las Escrituras. Entonces solo obedecería a mis propias ideas preferidas y me adoraría a mí mismo, a la imagen de Jesús creada por mí. Obedecer a Cristo significa obedecer a su cuerpo. A Él en su cuerpo. Y Él en su cuerpo es representado por el obispo. Y este representa a la Iglesia en un lugar y remite a la totalidad de la historia de la fe.

Queridos hermanos. En este día de la Misa Crismal renovemos en lo más profundo de nuestro corazón el misterio que es nuestra vida por la ordenación sacerdotal. Para que sean realidad las palabras que en el prefacio vamos a decir: "Tus sacerdotes, Señor, al entregar su vida por ti, por la salvación de los hermanos, van configurándose a Cristo, y han de darte testimonio constante de fidelidad y amor".

Queridos hermanos. Ponemos nuestras vidas en manos de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora la Real de la Almudena. Ella, la buena madre, nos da la

mano para seguir los pasos de Jesús. Gracias de corazón por vuestro ministerio y por vuestro misterio. Gracias a todos los cristianos que estáis siguiendo esta celebración. Quiero tener un recuerdo singular y especial por los seminaristas que se preparan para el ministerio sacerdotal, y que están viviendo este momento de una forma excepcional de entrega y de fidelidad en la preparación para el servicio de todos los hombres. Que a ellos alcance también esta oración. El Señor os bendiga a todos. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO
EN LA MISA DE LA CENA DEL SEÑOR
DEL JUEVES SANTO

(09-04-2020)

Queridos hermanos obispos auxiliares de Madrid: don Jesús, don Juan Antonio, don José y don Santos. Queridos hermanos sacerdotes. Querido diácono. Queridos hermanos y hermanas que estáis asistiendo a esta celebración desde vuestras casas, pero que estáis aquí. Os siento cerca y percibo que se hace verdad lo que el Señor nos ha dicho en la Palabra de Dios que acabamos de proclamar.

El contenido fundamental del Evangelio y de este Jueves Santo, quizá tan especial para nosotros, sigue siendo este que nos dice Jesús: "Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo". Y hoy Jesús entra en vuestras casas. Hoy vuestras casas se han convertido en ese cenáculo en el que la maravilla del amor del Señor se ha de manifestar entre vosotros los esposos, que os queréis, que os perdonáis; entre vosotros, los hijos con los padres, y los hijos entre vosotros mismos también; en las familias, que quizá ha habido momentos en que habéis estado un

poquito lejanos o fríos, pero que sin embargo el Señor quiere entrar a vuestra vida. "Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo".

Si os habéis dado cuenta, en la Palabra de Dios que hemos proclamado aparecen tres realidades que a mi modo de ver son esenciales para nosotros. Aparece que también vosotros sois una señal en medio del mundo. Habéis escuchado la primera lectura del libro del Éxodo, donde el pueblo de Israel era una señal de la presencia de Dios en medio de ese mundo. Una señal fuerte. Una señal evidente. Dios ayudaba a ese pueblo. Dios permanecía con él. Dios lo alentaba. Dios lo protegía. Como hace, queridos hermanos, con todos nosotros. Somos también una señal en medio de este mundo. Pero recordad que la señal más grande que tiene que darse por nuestra parte en medio de este mundo es precisamente la misma que Jesús dio a los discípulos, y les señaló: "Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo".

En segundo lugar, el Señor nos dice también que vivamos lo que Él nos ha dado. Qué maravilla. El evangelista quiere que se nos grabe bien esta escena del lavatorio de los pies que amontona verbos. Daos cuenta que amontona ocho verbos: se levantaba de la cena, se quita el manto, toma una toalla, se la ciñe, echa agua en la jofaina y se pone a lavar los pies a los discípulos. Describe una escena preciosa. Plano a plano, como si fuera una película para suscitar en la comunidad cristiana una actitud que tiene que ser la que invada y la que organice toda nuestra existencia. "Vivid lo que os he dado", nos diría el Señor.

Mirad, como vosotros sabéis y me lo habéis oído en muchas ocasiones, lavar los pies en aquella cultura era un trabajo de esclavos. Jesús lavaba los pies, y estaba realizando un gesto escandaloso. El que dais vosotros cuando tomáis la decisión de que lo más importante en vuestra vida, en nuestra vida, es permanecer en el amor. Amarnos. Querernos. Dar la vida los unos por los otros. Y que esto se manifieste precisamente en el núcleo más esencial y más bello que puede existir en este mundo, que es la familia. Por necesidades hoy estáis en la familia. Pero daos cuenta que quizá el Señor nos quiere dar a nosotros también algo especial. Quiere suscitar una actitud de lo que ha de ser nuestra vida. Lo que hace Jesús, lavar los pies, solo lo hacían los esclavos, y alguna vez las mujeres. Por eso, con este gesto, Jesús provoca desconcierto en los discípulos. Él preside la mesa. Es el Señor. Es el maestro. Es el Mesías. Y, queridos hermanos, se pone a lavar los pies. Es incompresible para los discípulos.

Os invito: quedémonos por un instante contemplando esta escena. Imaginemos que estamos también nosotros en ese círculo. Y es Dios mismo el que viene a lavarnos los pies. Sí. Nos encontramos frente a frente con Jesús. Lavándonos los pies. Lavando nuestras miserias. Lavando nuestros pecados. Haciendo posible que tengamos otra actitud en la vida. Jesús hoy se arrodilla frente a frente ante nosotros. Sí. Jesús está hoy arrodillado ante tantos enfermos de coronavirus. Ante tantos que lloran por no haberse podido despedir de los familiares que ya han fallecido. Se arrodilla ante los sanitarios que se han entregado heroicamente a tantos enfermos, y que han llorado incluso por ellos muchas veces su impotencia. Jesús se arrodilla también ante cada uno de nosotros. Toca lo sucio de nosotros, queridos hermanos. Toca lo sucio que hay en el ser humano y en nosotros. Toca nuestra fragilidad. Toca nuestro pecado. Pero, ¿sabéis lo que sucede? Que cuando lo toca Jesús, nos devuelve la dignidad.

Queridos hermanos: cuando a veces no vivís precisamente el amor entre nosotros, Jesús toca nuestro corazón, nos devuelve la dignidad. Porque la dignidad nuestra está en valorar, en dar la dignidad al otro. Y la dignidad básica se la devolvemos cuando amamos como Jesús. Jesús toca nuestras fragilidades. Nos devuelve la dignidad. Nos devuelve la libertad. Qué maravilla. Es Jesús el que nos hace libres. Es Jesús el que nos quita toca esclavitud y toda alienación. Es Jesús que os dice y nos dice a todos, queridos hermanos: "tu vida es valiosa, tu vida vale mucho, eres imagen mía, tienes mi vida. Yo la amo".

Queridos hermanos, es verdad que en esta época no están los amos y esclavos de la época de Jesús. Este gesto en tiempos de Jesús es revolucionario. En el contexto de hace más de dos mil años. ¡Revolucionario! Jesús propone una revolución del amor y de la ternura. Y esto es lo que celebramos esta tarde. Y esta revolución es la que yo os propongo, queridos hermanos, en este momento y en esta situación en la que estamos viviendo. Demos valor a lo que tiene valor. Dejemos entrar en nuestra vida aquello que merece la pena. Abrir nuestras puertas y nuestro corazón para que entre.

Tengamos la osadía de cambiar esta tierra y este mundo. Pero no con cualquier arma; con la que nos entrega Jesús: "habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo". Tengamos esta osadía, queridos hermanos. Jesús, con este gesto, rompe todos los esquemas: los religiosos, los sociales, los culturales, invierte valores, derrumba estructuras de un mundo injusto. Jesús no actúa como soberano: actúa

como servidor. Como lo hace contigo esta tarde. Se acerca a ti, te lava los pies, te lava lo sucio, te recupera, quiere que vivas no de cualquier cosa. Vive de su amor. Entrega su amor. Haz la revolución en esta tierra y en este mundo.

¿Veis? Hay una actitud en el Evangelio que hemos escuchado. Pero para Pedro, esto es inaceptable. Por eso se comprende que Pedro dijese al Señor: "Pero Señor, ¿tú lavarme a mí los pies? ¡Imposible, ni hablar, no me lavas los pies, tú no me lavarás los pies jamás!". Es, como veis queridos hermanos, una negativa rotunda. Pedro no admite la igualdad. Tiene un modo de pensar de la cultura dominante. Cree que es legítima la desigualdad. Por eso no acepta en absoluto que Jesús se abaje hasta el extremo, que su maestro sea amigo suyo, que lo limpie. Pero habéis visto la reacción de Jesús, que es la reacción que tiene con nosotros. Mirad, "si no te lavo los pies no tienes parte conmigo". Si no te lavo los pies no vas a cambiar nada. Vas a estar triste. No solamente no vas a cambiar nada, vas a introducir en este mundo algo que no merece la pena, que nos divide, que nos rompe, que nos aliena. Sin embargo, si me dejas lavarte los pies, sí que tendrás parte conmigo

¿Os dais cuenta? ¿Os dais cuenta cómo estaría la cara de Pedro? Imagínate a Jesús de rodillas ante él pidiendo que le deje lavarle los pies. Imagínate tú hoy, queridos amigos, vosotros, los niños, los papás, los abuelos, yo mismo ahora..., que Jesús viene y me dice que me quiere lavar los pies. ¡Qué maravilla!. ¿Qué siento? ¿Me resisto, o seré capaz de acoger el amor? Queridos hermanos, daos cuenta de una cosa: cuántas cosas hemos acogido en nuestra vida, en nuestro mundo, cuántas cosas estamos acogiendo que nos destruyen. Queridos hermanos: sí, nos destruyen. Solo el amor del Señor nos construye, nos alienta, nos saca de nosotros mismos, nos hace dar la mano al otro siempre. Dejémonos alcanzar por este amor del Señor en lo profundo de nosotros mismos.

Os hago esta pregunta, queridos hermanos; me la hacía yo preparando esta homilía esta mañana, en mi capilla, rezando: "Señor, ¿seré yo capaz de dejarme tocar los pies hoy? ¿De dejarme lavar lo sucio de mi vida? ¿Seré capaz de incorporar a mi vida lo que tú me regalas, el amor?".

Qué bonita es la terminación del diálogo y del lavatorio de los pies: "Si yo, el Señor y el maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavar los pies unos a otros". Esta es la gran tarea. Esto es precisamente amar hasta el extremo, queridos hermanos. El lavatorio de los pies, queridos hermanos, es en definitiva hoy

el que nos hace apreciar lo que es la Eucaristía. Es el pan partido y repartido entre todos como expresión del amor hasta el extremo. De alguna forma, la Eucaristía es una protesta tremenda contra la injusticia de nuestro mundo. Es la celebración del amor y de la vida para todos, sin exclusión de nadie.

Esta Eucaristía nos está preparando, queridos hermanos, para lo que puede venir. Y lo que viene, queridos hermanos, es que tenemos que abrirnos a las necesidades de los demás. Va a quedar mucha gente a veces al margen. Y tenemos que ayudarnos. Tú y yo podemos cambiar este mundo. Y lo podemos hacer con esta propuesta que os hago: acogiendo el amor del Señor, dejándonos lavar los pies y quitando los egoísmos. Y pensando más en el otro. Por eso, la Eucaristía.

Hoy también es el día del amor fraterno. Un amor que no es inclusivo, que se extiende a todos los seres humanos comenzando por los que están más cerca. Es el día del ministerio sacerdotal. Cristo a vuestro lado. Como lo habéis experimentado estos días a través de tantas visitas, tantas llamadas, tantas cercanías..., en vuestro barrio, en los hospitales, de los sacerdotes, queridos hermanos. Sí. La cercanía de Cristo, que os regalaba su bendición, os regalaba su perdón, en definitiva os regalaba esa cercanía. Día de la institución del ministerio sacerdotal. Día del amor fraterno, queridos hermanos. Día en que el Señor nos enseña algo especial: que amar, morir y resucitar son las tres realidades más importantes en la vida de cada ser humano.

Quizá el verbo amar es el que ha sido más conjugado en la historia de la humanidad. Pero el ser humano sigue sediento de amor. Y cuando lo encuentra, y cuando lo da, es feliz. Pero hay que amar como Jesús. Sí. Amar como Jesús no es fácil. Es un amor sin medida. Amar como Él amó supone negarse, olvidarse, vencerse. No. No es fácil amar así. No lo hacemos en general los hombres. Por eso, a veces el Jueves Santo no lo entendemos, queridos hermanos. Cuando Jesús, antes de la fiesta de Pascua y en los preparativos, habla de la llegada de su hora, se trata de algo decisivo y esperado, queridos hermanos.

La señal de los cristianos, el distintivo de los discípulos de Cristo, es el amor. "En esto conocerán que sois mis discípulos". Sí. No en ritos. No, no. El amor hasta el extremo, hasta dar la vida por los enemigos. Por eso, el sentido de la Eucaristía es el amor; de la misma manera que el sentido de la cena de Jesús en la noche del Jueves Santo es la muerte en la cruz al día siguiente. Queridos hermanos,

¿a quién vamos a acudir? Solo el Señor tiene palabras de vida eterna. Solo Jesús alcanza nuestro corazón. Qué belleza tiene, por tanto, contemplar el lavatorio de los pies tal como habéis escuchado en el Evangelio que hemos proclamado.

Nadie se puede sentar a la mesa del Señor y hacerse de su familia sin haberse dejado lavar los pies y quitado la suciedad. También vosotros, hoy, desde vuestras casas, sentados como estáis, quizá los más mayores lo entendéis más, pero ayudad a vuestros hijos a decid que le digan a Jesús: "Señor, lávame los pies a mí también. Lávame. Lávame". Y desde esta comunicación, abríos enteramente a la comunión con los demás y con Dios mismo. Todos los gestos de Jesús en el lavatorio de los pies nos llevan a vivir desde una profundidad del misterio de su vida que en nada se puede comparar.

Celebrar la institución de la Eucaristía, celebrar la institución del sacramento del Orden, celebrar el mandato del amor, es celebrar en definitiva todo aquello que constituye el sentido de la vida entera de Jesús que desea regalarnos a los hombres. Él se levanta de la mesa para llevarnos a su mesa. Sí. Deja su mesa para ir a la búsqueda de los hombres. Y en la mesa de ellos, curarlos; quitarles la suciedad, para que puedan sentarse a la mesa de la familia de Dios. Y se despoja de sus vestiduras, de su gloria. No tiene a menos hacerse hombre. No tiene a menos pasar por uno de tantos.

Por eso, quiero que os quedéis con estas últimas palabras: "Si yo, el maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros". Qué belleza tiene contemplar y acoger el amor infinito de Jesús. Ese amor que da la verdadera sustancia de la vida. Asumid estos compromisos, queridos hermanos. Sí. En este momento, cuando vivimos turbados, cuando vivimos desconcertados, es importante tener luces. Y la luz que nos da Jesús es evidente. Tengamos la valentía de decir sí al amor de Dios que hemos conocido en Jesucristo. Tengamos la valentía de asumir la necesidad de que necesitamos del perdón, de la bondad de Dios, de la cercanía de Dios, de que toque nuestra suciedad. Creamos firmemente que la Eucaristía, que el ministerio sacerdotal y el amor fraterno abren caminos de libertad; que estos llegan cuando accedemos a la mesa de la vida, de la que todos nosotros estamos participando ahora. Es verdad que lo hacéis desde vuestras casas, pero cuando yo comulgue, haced esa comunión espiritual que los cristianos tanto han valorado a través de todos los tiempos. Sí, queridos hermanos. Desde esta perspectiva, asumid las necesidad que tenemos de dejarnos lavar los

pies. Creed firmemente que la Eucaristía, el Orden y el amor fraterno abren caminos de libertad a este mundo. ¡Abrid esos caminos! ¡No tengáis miedo!

Jesús nos lava como estamos. No se requiere ninguna cosa especial. Simplemente, dejar que nos lave. Al encontrarnos hoy en el cenáculo, sintamos el gozo de la presencia real del Señor en el misterio de la Eucaristía. El gozo de ver cómo yo, un miserable y pecador, se hace presente ante mí Cristo mismo. Sí, a través mío, queridos hermanos. A través de quien celebra, porque lo hace in persona Christi, y nos da la alegría de poder descubrir con la celebración de la cena del Señor eso que se engendra en nosotros, que es el amor fraterno.

A nuestra Madre, Nuestra Señora de la Almudena, encomiendo a todas las personas, hombres y mujeres, jóvenes, niños y niñas, que están en Madrid. Ella es nuestra Madre. Dejaos convencer por Ella. Dejémonos lavar los pies. Ella nos los dice: "haced lo que Él os diga". Entremos con todas las consecuencias, sin avergonzarnos, en esta gran familia que es la Iglesia de Cristo, que tiene la misión de cambiar este mundo. Sois señal. Vivid de lo que nos dio el Señor, de su amor. Mostradlo con obras en medio de los hombres. Que el Señor nos bendiga a todos. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO
EN LA CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN Y MUERTE
DEL SEÑOR EL VIERNES SANTO

(10-04-2020)

Queridos hermanos obispos auxiliares de Madrid: don Juan Antonio, don Jesús, don Santos y don José. Queridos hermanos sacerdotes. Querido diácono. Todos los que estáis en vuestras casas. Quiero entrar en vuestras casas, en ese lugar que hoy se convierte para vosotros en lugar también de celebración de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Quisiera deciros que si tenéis a mano un crucifijo, lo pongáis en la mesa que tengáis al lado de donde estéis viendo y celebrando este día de la Pasión del Señor. La cruz en vuestra casa. La que tengáis, o quizá una de las que han hecho vuestros hijos estos días.

En este Viernes Santo, cuántas personas y realidades se nos hacen presentes en nuestro corazón. Dirigiendo la mirada al rostro ensangrentado de Jesús, la pandemia que estamos viviendo pone rostro al crucificado en los que vivís el dolor de la enfermedad; en los que habéis vivido el dolor de la pérdida de un familiar o de

un amigo; el dolor, también, de no poder trabajar, y a veces no poder sustentar a la familia; el dolor de quedaros a la intemperie; el dolor de haber llegado de otros lugares aquí, a Madrid, para encontrar salida, y encontraros en esta situación, y algunos de vosotros afectados también por esta enfermedad. Pero me vais a dejar deciros que lo que acabamos de escuchar, el grito de Jesús, "tengo sed", sigue recuperándonos. Jesús tiene sed de vida para todos los hombres. Y viene a darnos esa vida. Nos da su vida, por amor. En Cristo crucificado descubrimos el gran amor de Dios al mundo. Este amor de Dios que se hace solidario del sufrimiento de todos los seres humanos.

Jesús muere hoy en la cruz. Dirijamos nuestra mirada a este rostro ensangrentado de Jesús crucificado. Esta tarde, ese gran amor de Dios al mundo lo celebramos en el hecho histórico, sangriento y trascendente de la Pasión y la Muerte de Jesús. Fue un viernes, antes de la jornada solemnísimas de la Pascua de los judíos. Y fijaos en algo importante. Escuchamos que Jesús dice: "Tengo sed". La sed de Jesús es uno de los mayores tormentos de la cruz. Es una sed asfixiante, a causa entre otras cosas de la sangre perdida. La sed de Jesús es física. Es la sed del moribundo que quizá ya ni puede tragar.

Pero la sed de Jesús no es solo es la sed de agua: es la sed de justicia, de paz, de libertad, de amor. Sí. Jesús tiene sed de vida para este mundo. Tiene sed de vida para esta Europa en crisis que olvidó sus propias raíces cristianas y quizá va muy a la deriva. "Tengo sed". "Tengo sed". Y el evangelista, si os habéis dado cuenta, añade algo importante, y es que cuando probó el vinagre, dijo: "todo está cumplido". El vinagre es la bebida de los condenados. Jesús tiene sed, y recibe vinagre. Pero, ¿qué significa el vinagre? El vinagre es símbolo del odio y de la agresividad. Jesús, al tomar el vinagre, acepta la muerte causada por el odio, y expresa su amor hasta el extremo. Hasta el final. Si os habéis dado cuenta, el relato que hemos escuchado de la Pasión del Señor nos dice que cuando probó el vinagre, dijo: "Todo está cumplido". Sí. "Todo está cumplido". En el Señor solo hay amor. Amor. "E inclinando la cabeza, entregó el espíritu".

Jesús duerme. Es una muerte que no interrumpe la vida. Jesús no muere por morir, sino para mostrar su amor hasta el final. Si os habéis dado cuenta, hermanos, nadie, nadie, nadie nos ha amado así. Nadie. Porque nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Jesús ha entregado la vida por nosotros. Para que nosotros vivamos. Para que el mundo viva. Por eso, hoy recordamos que la

Pasión de Jesús se prolonga en todos los crucificados de la historia. Jesús está hoy siendo crucificado en los millones de hombres que sufren, que mueren. Está crucificado en los que padecen hambre, desigualdad, injusticia. Está crucificado en las víctimas de los sangrientos conflictos armados que siguen existiendo en el mundo, en los refugiados que se ven obligados a huir de sus países, en todo tipo de violencia. En los profundos sufrimientos que existen en muchos pueblos, en muchos lugares de la tierra.

Jesús continúa crucificado en aquellas personas que han sido tocadas por el coronavirus y que se encuentran solas en una habitación hospitalizada, o están en cuarentena, o crucificados porque están en la UCI con respirador. Crucificado en todos los hospitalizados y todos aquellos que se encuentran en tantos hospitales. Jesús está crucificado, queridos hermanos, en tantos de vosotros que no habéis podido acompañar a un ser querido y que os encontráis desgarrados por el dolor. Pero qué maravilla, queridos. Mirad, el Evangelio de Juan dice: "Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, esposa de Cleofás y María Magdalena". Mientras los hombres le abandonan, hay unas mujeres que siguen a Jesús hasta la cruz. Son signo y principio de la Iglesia cristiana que permanece fiel a la cruz. María, nuestra madre. La madre de Jesús. Nuestra madre, porque Él nos la ha regalado. Permanece en pie acompañándonos en tantos sufrimientos que estamos viviendo estos días, queridos hermanos.

Yo os invito a que acojamos algunas de estas direcciones que os voy a proponer para nuestra vida. En primer lugar, acercaos a Jesucristo crucificado. Acercaos. Cuántas veces hemos cantado esto: "Victoria, tú reinarás; oh cruz, tú nos salvarás". Pero quizá pocas veces hemos descubierto todo el contenido que tiene lo que cantamos. Acercaos a Cristo crucificado. Todos conocemos y hemos escuchado ese texto impresionante en el que el apóstol, ante la pregunta que le hacen, "¿no eres tú también de sus discípulos?", responde "no soy. No lo soy". Esta tarde, yo quiero haceros a vosotros la misma pregunta. Quiero hacerla: "¿Sois discípulos de Cristo?". Mucho me agradecería que la respuesta fuese como la que tuvieron todos los apóstoles después de la Resurrección. Una respuesta de entrar de tal manera en comunión con Cristo que todos fueron capaces de dar la vida como el Señor mismo la dio. Yo os invito esta tarde a que, ante la cruz del Señor, nos dejemos preguntar hoy: "¿Eres tú también de Él?". Queridos hermanos: no os importe. Mirad, habrá situaciones... Pero que nada os separe de ser discípulos de Cristo. Nada. Nada. Y si algo os separa, venid a verme. Que todos nosotros,

esta tarde, digamos también ante la pregunta: "¡Sí, Señor!". Y lo decimos sin complejos. Con un compromiso sincero de ser testigos suyos, donde nos movemos. Él se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación. Acercaos a Cristo crucificado.

Otra línea, la segunda. En la cruz adquirís una misión de totalidad. Con mucha frecuencia en nuestra vida diaria distinguimos entre vida física, económica, social, profesional, espiritual. Desde la cruz, todo es diferente. La vida es totalidad. Es verdad que la vida tiene muchas manifestaciones, pero es totalidad. No admite compartimentos estanco. La existencia humana es todo lo que incluye la dimensión terrena y la dimensión trascendente. Desde la cruz, descubrimos una forma de estar en el mundo y de interpretar los acontecimientos desde la fe. La cruz nos enseña que nunca, nunca, podemos separarnos de los demás ni del mundo, porque todo esto nos lo ha puesto Dios en nuestras manos. Dar la vida por todo es una manera de estar y de comprender la vida desde Dios mismo, mirando todo lo que existe. Queridos hermanos: este momento que estamos viviendo de la pandemia, en la cruz, hagamos una mirada de totalidad. Estemos dispuestos a dar la vida. A estar al servicio de los demás. A estar junto con los que más necesitan.

Otra dirección. En la cruz, se da una mirada de simpatía y amor hacia todos los hombres. Desde la cruz, qué bueno es escuchar aquellas palabras de Jesús: "Perdónales, no saben lo que hacen". Son unas palabras de amor entrañable del Señor hacia los hombres. De simpatía por todos los hombres.

El Papa san Pablo VI, en el año 1969, en una audiencia general decía estas palabras que a mí siempre me han impresionado, y que hoy las quiero hacer llegar a vuestro corazón: "El mundo que tiene la Iglesia presente es el de los hombres, o sea, la familia humana entera en el contexto de todas las realidades en las que vive. El mundo entero, teatro de la historia del género humano, y que lleva consigo las señales de sus esfuerzos, de sus derrotas, de sus victorias. El mundo que los cristianos creen creado y conservado por el amor del Creador, mundo ciertamente todavía bajo la esclavitud del pecado, pero liberado por Cristo crucificado y resucitado, con la derrota del maligno para que según el plan de Dios se transforme y llegue a su plenitud". En la cruz -mirad la cruz, hermanos-, en la cruz, contemplad al hombre auténtico, contemplad la simpatía de Dios por el hombre. Abraza a todos los hombres. En ese abrazo descubrimos la verdad de Dios y la verdad del hombre.

Otra dirección. Todo un camino de vida, el camino de la cruz. Sí. Todo un camino. En la contemplación de la cruz tenemos que decir que desde que Jesucristo padeció y fue crucificado, el sufrimiento no solamente tiene un nuevo sentido, sino que puede ser eminentemente humanizante y de un significado profundo. ¿Y dónde está la novedad de esa forma de vivir el sufrimiento liberador? La gran novedad está en que fue la forma de vida que asumió el Dios encarnado. Jesús, al igual que todo hombre, asumió el sufrimiento, incluido el dolor y la muerte, menos el pecado. Y lo que Cristo asumió, también lo santificó, como fue el dolor y la muerte. Por eso, todos los discípulos de Jesús podemos hacer una experiencia santificante de los sufrimientos de la condición humana. El secreto de la santidad humana no está en las cruces: está en el crucificado.

Otra dirección: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen". ¿Os imagináis a Jesús disculpando permanentemente todo lo que hago? En la cruz, y con la Pasión y Muerte de Cristo, es cuando se logró el mayor desarrollo del hombre. Cuando este se abrió más, se elevó más, se derribaron los muros de separación. A todos se nos hizo hermano e hijos de Dios: todos hechos uno en Cristo. ¿Os dais cuenta de lo que significan estas palabras? "Perdónale. No saben lo que es ser hijo. No saben lo que es ser hermano. Pero ahora, yo, por ellos. Perdónales".

Otra dirección. "Hoy estarás conmigo en el Paraíso". ¿Qué vería Jesús en el buen ladrón para decirle "acuérdate de mí"? ¿Qué experiencia fundamental de vida tendría este hombre junto a Jesucristo, de amor y de confianza? En la cercanía de Cristo se inició el amor gratuito, que nos ama, no porque nosotros seamos buenos, sino porque Él es bueno. Es la experiencia de la inclinación gozosa de Dios a todo hombre. Mirad el crucifijo que tenéis ahí, y que habéis puesto encima de la mesita vuestra, donde estáis. Mirad: el Señor os hace tener esta experiencia. Esta experiencia. La experiencia de que Jesús se inclina gozosamente hacia cada uno de nosotros. La cruz fue lugar de preocupación y de ocupación por los demás. En aquellas palabras, "acuérdate, Señor de mí", y en la respuesta, "hoy estarás conmigo en el Paraíso", expresa esa preocupación.

Y la última dirección, hermanos, es la que nos ha dicho el Evangelio al final, cuando Jesús nos dice: "ahí tienes a tu madre". María. Es de nuestra raza. Es un ser especial. Elegida para ser madre de Dios, nos la dio Jesús como madre nuestra. Ha tenido la experiencia de un Dios próximo que la apoya y que siente su presencia gratuita. Y esto el Señor quiere que lo comunique. Que ella lo comunique: la cercanía

de Dios al hombre y la fidelidad de María al proyecto de Dios, que lo comunique, que lo diga, que lo haga llegar a nuestras entrañas. Escuchad, como ella, la Palabra. Escuchad. Escuchemos esa Palabra. Ella es contemplativa y orante.

Queridos hermanos, cuando pase esta pandemia yo os invito a que vengáis todos juntos, toda la familia, y subáis hasta el camarín de la Virgen, Nuestra Señora la Real de la Almudena, y le deis gracias a la Virgen por habernos dado a Jesucristo Nuestro Señor. Prestó la vida para darle rostro. Hemos conocido a Dios y hemos conocido lo que es el hombre. Lo que es ser hombre. Ella ha intervenido.

Tengamos sed de amor de Dios y de amor a todos los hombres. Esta vida tenemos que vivirla desde el gesto de confianza que hoy, en este día en que celebramos la Pasión de Nuestro Señor, y su Muerte, asumimos y acogemos un gesto de confianza en Cristo. Que Santa María, la Señora de la Almudena, nos ayude a vivir desde esta confianza. La que ella tuvo con Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA VIGILIA PASCUAL

(11-04-2020)

Queridos hermanos obispos don Jesús, don Juan Antonio, don José, don Santos. Queridos hermanos sacerdotes. Querido diácono. Hermanos todos.

Queridos hermanos que estáis siguiendo esta celebración desde vuestras casas. ¡Ha resucitado!. Estas son las palabras del ángel a las mujeres que fueron al sepulcro. Y son las palabras que el Señor hoy, en esta noche de Pascua, nos dice a todos nosotros. Son para cada uno de nosotros, en esta Pascua, palabras llenas de luz y palabras llenas de sentido para la vida humana. Precisamente en estos momentos que estamos viviendo en todo el mundo, fruto de esta pandemia, en este tiempo asfixiante, de miedo, de angustia, de dolor, surge hermanos la luz de la vida. Esta noche es más clara que el día. Esta noche, nuestra también, que estamos viviendo es más clara. Que la luz de esta noche disipe las tinieblas de nuestro corazón. Que disipe las tinieblas de nuestro mundo.

Lo habéis escuchado: al alborear del día primero de la semana, dos mujeres, María Magdalena y la otra María, van al sepulcro. El amor madruga más que el sol. Hace ver cuando está oscuro, el amor. El amor hace testigos de lo invisible. Ellas han testimoniado la muerte y la sepultura de Jesús. Son representantes del compromiso y la fidelidad a Jesús. Y en este momento aparece el ángel del Señor: un temblor de la tierra, y un ángel corrió la piedra y se sentó encima.

Significa esto la victoria sobre la muerte. Significa que Jesús ya no está aprisionado en poder de su muerte. Significa que nuestra vida no puede ser ahogada por la muerte.

La piedra que cerraba el sepulcro es símbolo de todas las piedras y de todos los bloqueos que detienen nuestra vida, queridos hermanos. Muchos hombres y mujeres hoy tienen la sensación de llevar una piedra encima que no les deja vivir. Esa piedra puede ser el lastre de un pasado doloroso, de heridas, de sufrimiento, que quizá nos impide levantarnos del camino. Esa piedra es también la injusticia que pesa por el mundo, como una losa. Esa piedra es el desentendimiento, el desentendernos de los demás. Quizá hemos intentado muchas veces liberarnos del peso de esa piedra. Pero, mirad: esa piedra sigue siendo hoy el miedo, la inseguridad que estamos viviendo durante esta pandemia. Y la pregunta que quiero haceros esta noche es esta: ¿qué piedra ahoga mi vida? ¿Tengo un deseo de vida profunda? ¿Tengo deseo de sentido de la vida? ¿Me atreveré a dejar el sepulcro?.

Qué preciosas son las palabras que hemos escuchado del ángel a las mujeres: no temáis. Que son las palabras que nos dice a nosotros también en nuestro sepulcro: no temáis. Ya se qué buscáis: sentido a la vida. En el fondo buscáis a Jesucristo crucificado. No está aquí: ha resucitado.

Yo esta noche os quiero decir esto: ha empezado algo nuevo, Jesús no está entre los muertos. No se puede encontrar en la muerte al que vive. Quizá, como nosotros, aquellas mujeres no comprendían nada. Pero no salían del asombro. Habían ido al sepulcro simplemente para cumplir un deber entrañable de recuerdos y homenaje a quien habían querido.

El ángel hoy se dirige a nosotros. A todos nosotros. Y nos dice como a aquellas mujeres: no está aquí. Ha resucitado. Jesús no es un personaje del pasado. Él vive. Vive. Es una presencia en nuestra vida.

¿No habíamos pensado que todo se desvanece con la muerte? ¿Que todo termina en nada? ¿Dónde apoyamos la esperanza, queridos hermanos? ¿Dónde apoyamos nuestra esperanza? ¿Cuáles es el punto más sólido de mi vida? ¿Qué significa para mí esta noche? ¿Qué significan estas palabras: ha resucitado? Cristo ha resucitado. La muerte no tiene la última palabra.

Por eso, hoy, en esta Pascua, necesitamos renovar la certeza profunda de que la vida prevalece sobre la nada. Que el sentido prevalece sobre el absurdo. Que la verdad prevalece sobre la mentira. Que la justicia está por encima de la injusticia, y que el amor puede a la violencia. Y ese tiene un nombre, y tiene un rostro: Jesucristo. Y si le acogemos en nuestra vida y en nuestro corazón, queridos hermanos, damos rostro a través de nuestra vida, la certeza profunda, el sentido de la vida, la verdad que tiene la existencia humana, el conseguir a toda costa que el amor mismo de Dios que ha entrado en nuestra existencia venza sobre la violencia y liquide toda injusticia.

Qué bonitas son las palabras que Jesús, cuando sale al encuentro de estas mujeres, les dice -como nos dice a nosotros esta noche-, qué bonitas: no temáis. Id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán. Id a comunicar que Cristo ha resucitado. Esta tierra, este mundo, esta historia, este momento de la historia que vivimos los hombres, necesita hombres y mujeres que se lancen a anunciar que Cristo ha resucitado. Que la vida tiene sentido. Que tiene profundidad. Que no estamos solos. Que Dios nos acompaña. Que Dios nos alienta. Que Dios nos da luz. Siempre. Siempre.

Podéis decir al mundo, queridos hermanos, que todavía existe la esperanza. Que hay futuro. Sí. Que la vida es más fuerte que la muerte. Que la pasión del mundo no ha de ser la nuestra: ha de ser la de Cristo.

Demos gracias a Dios que ilumina esta historia con la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

En esta Pascua de Resurrección del Señor del año 2020 deseo acercarme a todos vosotros, a todos los que quizá de una u otra forma me estáis escuchando. Los que creéis y aquellos que quizá podéis mirar a distancia esta gran fiesta de la Iglesia. Y lo quiero hacer para hablaros a lo más hondo de vuestro corazón. Quiero hacerlo como pastor de esta archidiócesis de Madrid, que el Señor ha

querido entregarme, asumiendo la responsabilidad y la entrega en esta tarea. Los que creéis sabéis que hoy es un día grande, el más grande, en el que el Señor nos habla con fuerza especial, Cristo ha resucitado. Hemos de ser fieles a su palabra. Confesar la resurrección es para todos nosotros decir con seguridad que lo que solo parecía un sueño bonito es una auténtica realidad. El amor es más fuerte que la muerte.

A los que quizás estéis más fríos en la fe, por las circunstancias que fuere, o estéis apartados de ella, os invito a que me escuchéis. A que escuchéis este mensaje de Pascua, que quiere ser todo un proyecto dador de esperanza y generador de creatividad para este presente. Para lograr que esta historia sea distinta. Pues, mirad: el amor en el que todo ser humano cree, el amor que necesitamos para vivir, requiere perpetuidad. Imposibilidad de ser destruido. Más aún, es un grito que pide perpetuidad, pero que no puede darla por sí mismo. Un grito que demanda eternidad.

Desde aquí entendamos la resurrección. Comprendamos lo que significa la resurrección. Pues el amor es más fuerte que la muerte. Hay dos expresiones del Nuevo Testamento especialmente importantes: Jesús ha resucitado, y Dios Padre ha resucitado a Jesús. Ambas expresiones coinciden en que el amor total a los hombres que llevó a Jesús a la cruz se realiza en el éxodo total del Padre, y que aquí es más fuerte que la muerte, porque al mismo tiempo está sostenido por Él.

He sentido la necesidad de tomar la palabra, como lo hizo el apóstol Pedro, para deciros hoy también, como lo hizo hace 21 siglos: que este Jesús que murió en la cruz, este, ha resucitado. Que vive con nosotros, hermanos. No estamos solos. Testigos de ello fueron aquellos que vivieron con Él en el lugar de los hechos, y nos lo han predicado y nos lo han testificado con sus propias vidas. Lo habéis escuchado en el Evangelio: no os hablo en el nombre de un muerto, sino que os hablo en nombre de Cristo muerto en la cruz y resucitado al tercer día.

Los cristianos, cuando decimos que hemos resucitado con Cristo, lo hemos de mostrar con nuestros hechos. Podemos resucitar con Cristo. Yo os digo, os invito a todos a resucitar con Cristo. ¿Qué significa esta resurrección en nuestras vidas? ¿Qué traducción tiene en mi vida? ¿A qué nos invita la resurrección del Señor?. Mirad, no os invito a un optimismo ideológico que es sustituto de la

esperanza cristiana, y que también es distinto de un optimismo de temperamento y de disposición. El optimismo de temperamento y disposición es importante, es hermoso, incluso útil en las angustias que llegan a la vida más tarde o más temprano. ¿Quién no se deja, o no se regocija, ante situaciones buenas de la vida, y sobremanera aquellos que por natural tienden a la alegría? Pero tampoco os invito al optimismo ideológico. Procede de donde sea. Quizá crece en el desarrollo de la historia guiada científicamente, o mediante movimientos dialécticos de luchas o revoluciones. Ni optimismos temperamentales ni ideológicos. Yo os invito, y entrad en vuestro corazón cuando digo estas palabras, a algo mucho más profundo, más puro, que no se queda en la fachada. La fachada puede ser bonita, pero si no hemos cambiado el edificio por dentro, no hemos hecho nada. Aquí se trata de cambiar al hombre por dentro. Esto es lo que trae la resurrección de Cristo. Y a esto os invito. Yo os invito a unir vuestra vida y el mundo con Dios. Pero no por nuestras fuerzas, sino con el poder y con el amor de Dios que se nos manifiesta en Jesucristo.

Entrad en el sepulcro. Entrad en este mundo como lo hicieron los primeros discípulos del Señor. Os invito a entrar en este año, en este momento en que estamos viviendo esta pandemia. Seamos honrados para distinguir lo que desde nosotros podemos ver y lo que se ve desde el Señor. Esto es fundamental para retomar la vida de otra manera.

Constatemos que el optimismo que viene al margen de Dios es pura fachada. Una fachada ilusoria que quiere esconder a veces los propios fracasos, la irracionalidad de los actos, las violencias, los miedos...

Entremos desde Jesucristo. Entremos con la experiencia de la resurrección en nosotros. No podemos quedar impasibles ante las situaciones del mundo. Hay que entrar en el sepulcro. Es decir, hay que entrar en este mundo con la actitud de Pedro y del otro discípulo que viendo que no había más que vendas en el suelo creyeron en la resurrección del Señor. Experimentaron la vida de una forma absolutamente nueva, e intentaron decir a los hombres el modo nuevo en que debían vivir.

Os quiero decir, con todo mi cariño y mis fuerzas, con toda la pasión que el Señor ha puesto en mi vida para cuidar a todos, a todos, a los que creéis, quizá a los que estáis al margen... pero quiero que lleguen estas palabras a vuestra vida.

Quiero que lleguen. Os quiero decir: si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de allá arriba, donde está sentado Cristo a la diestra de Dios. La experiencia de la resurrección significa no solo que Jesús después muerto vive, sino que Jesús es lo que realmente pretendía ser para el pueblo y ahora lo ha llegado a ser en una plenitud insospechada. Significa que la causa de Jesús sigue vigente.

Estoy convencido, queridos hermanos, que este tiempo que hemos comenzado es un tiempo de testigos; es un tiempo de místicos; un tiempo de hombres y mujeres que se entregan al proyecto de Jesús con el optimismo que viene de la resurrección; un tiempo para los jóvenes, a quienes desde aquí, esta noche, quiero recordar especialmente; a los miles de jóvenes que venís los primeros viernes de cada mes a orar aquí conmigo. Creéis en la resurrección. Anunciar la resurrección de Jesucristo. Os convoco a ser testigos de la resurrección. Porque la resurrección en primer lugar nos invita a que aportemos con nuestras vidas, en este mundo y en esta cultura, el valor y la importancia que tiene el reconocimiento de Dios para la fundamentación de la vida social, cultural y moral. No aparquéis a Dios. Yo sé que los que creéis no queréis aparcarlo. Pero nadie aparquéis a Dios. El reconocimiento de Dios da un fundamento a la vida social, cultural y moral. Creamos esto. Solamente el vacío espiritual es innatural. A menudo pueden decirnos a los cristianos que nuestra vida, en muchas maneras de expresarse, es innatural. No lo creáis. Lo que es innatural, y así se ha demostrado, ha sido el grito que todas las dictaduras totalitarias realizan o han realizado. Nadie habla de los traumas que está creando el vacío espiritual en nuestro mundo.

No ha perdido actualidad aquella frase de Bertolt Brecht que en el año 1955 decía: aún es fecundo el seno de donde salió eso. No ha perdido esta actualidad. Quizá hubo una tentación: creer que las cosas humanas iban a seguir siendo más o menos iguales después de eliminar a Dios de la vida. Es más, quizá pensaron que podían ser más humanas. Pues no. Las cosas y el hombre no son igual al margen de Dios. No son igual al margen de quien ha dado las medidas humanas. No nos engañemos. Hoy se nos invita a ser testigos de lo divino en una sociedad en la que quizá podemos tener la tentación de crearnos otros dioses. Hoy Cristo resucitado nos invita a protagonizar de forma clara la vida desde Él. Rehagamos la vida desde Cristo. A la manera de Cristo resucitado. La resurrección del Señor es una luz que cambia la vida. Nos hace reconocer a la persona humana como bien supremo del mundo. Como imagen de Dios en el mundo, que no podemos manipular a nuestro capricho.

La resurrección de Cristo provoca defender la vida, que en su esencia es amor. Y si no, los que estáis en las casas, los esposos, los hijos, los abuelos, mirad si no digo la verdad: la esencia de la vida es el amor.

Os invito a todos a que pongamos a disposición del Señor lo que somos, para anunciar su resurrección. Porque la resurrección nos invita a realizar una gran aportación en la fundamentación de una moral objetiva, no según las conveniencias personales. Vivir según Cristo es una llamada que esta noche escuchamos fuertemente.

Una alegría. Yo os invito a que conmigo hagáis este canto. Este canto que tantas veces hemos escuchado: Pascua sagrada, oh fiesta de la luz, despierta tú que duermes, y el Señor te alumbrará, Pascua sagrada, oh fiesta universal, el mundo renovado canta un himno a su Señor.

Con esta alegría de Pascua os digo: dejemos el hombre viejo, revistámonos del Señor.

Feliz Pascua a todos, queridos hermanos. Quiero entrar en vuestra casa. Pero no solo. Quiero entrar con Jesucristo. Acogedlo. Probadlo. Todo es diferente, porque Cristo ha resucitado. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN EL DOMINGO DE RESURRECCIÓN

(12-04-2020)

Queridos hermanos obispos auxiliares de Madrid: don Jesús, don Juan Antonio, don José, don Santos. Queridos hermanos sacerdotes. Querido diácono.

Muchas gracias a Telemadrid por retransmitir esta celebración. Por poner a disposición de todos los creyentes, y los hombres y mujeres de buena voluntad, que desean escuchar y vivir esta celebración, en este domingo de la Resurrección del Señor. Gracias a quienes estáis trabajando ahora mismo para hacer la retransmisión, y a la dirección.

El primer día de la semana, María Magdalena, lo acabamos de escuchar fue al sepulcro al amanecer. Cuando aún estaba oscuro. Y vio algo excepcional: la losa quitada del sepulcro. Al amanecer, María va al sepulcro. Poseída por una falsa concepción de la muerte; creía que con la muerte acababa todo. Y no se ha dado cuenta que el día ha comenzado. Nosotros, queridos hermanos que estáis

escuchándome, y viviendo esta celebración desde vuestras casas, ¿nosotros somos conscientes de que el día ha comenzado? ¿O todavía es oscuro para nosotros?. María solamente ha ido a visitar el sepulcro. Busca a Aquel que es la vida. Pero lo está buscando como un cadáver. ¡Qué equivocación! Al llegar vio la losa quitada del sepulcro y el sepulcro vacío. El sepulcro vacío es el triunfo de la vida sobre la muerte. De que Cristo ha resucitado. De que vive para siempre. Es verdad que ella no capta esta realidad, y su reacción es de alarma, Va rápidamente a avisar a los discípulos; se han llevado al Señor. Y Pedro y el discípulo a quien Jesús amaba tanto corrieron.

Aquel discípulo al que Jesús tanto amaba era capaz de correr más, es el que avanza más rápido en su vida, Pedro, por el contrario, no había hecho la experiencia del amor que Juan había hecho en su propia vida. Va más lento. Pero Juan ha hecho esta experiencia del amor y es también el que tiene la deferencia de esperar a Pedro, e incluso de dejar que Pedro pase de delante de él al sepulcro; es como si le dijera: pasa tú primero. Podemos ver en este gesto, el gesto de la reconciliación. Sí, El amor es capaz de tener gestos de reconciliación. Y esta manifestación y reconciliación es manifiesta esperando a Pedro, cediéndole el paso. Después, se nos dice que entró, vio y creyó. Vio y creyó. Este discípulo es el modelo de todo discípulo de Jesús. Es el modelo de todos nosotros que queremos ser discípulos. Es el que ha acogido. El amor, el que ha hecho la experiencia del amor. De sentirse amado. Por eso, ve y cree. El verbo ver indica que tiene experiencia de la vida. Y cree. Significa que se adhiere a Él, a Cristo resucitado. Que le da su confianza.

Hoy nosotros estamos invitados a lo mismo que hizo Juan. A darle la vida. Y quisiéramos Señor entregarte toda nuestra vida. Sí, Cristo vive, No morirá jamás, Aquel que fue despreciado, desechado, colgado en la cruz, ha resucitado. Cristo vive. Y está aquí, con nosotros, Cristo vive para siempre. No lo olvidéis. Cristo vive, pero no basta con decir esto. Pero no basta con decir que Cristo ha resucitado. Ahora, Cristo nos invita para que participemos de su Resurrección. Nos invita a que resucitemos cada día. A que vivamos resucitados. A que hagamos el paso de la muerte a la vida.

Me dirijo a todos vosotros, hermanos: ¿estamos dispuestos hoy, en este día, a dar el paso de la muerte a la vida?. La Resurrección de Cristo es un Sí a la vida de todo ser humano. Un Sí a nuestra vida. Nuestras más profundas aspiraciones pueden llegar a realizarse. Tenemos derecho a esperar un mundo nuevo, un mundo de amor, de paz, un mundo donde reine la justicia, donde brille la fraternidad.

La vida nueva brota del sepulcro vacío. Es decir, brota del amor. Vivir la Resurrección es amar hasta el final. Nos lo ha dicho el apóstol san Juan cuando nos dice en la primera carta: sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. Por eso, celebrar la resurrección nos compromete.

Mirad, queridos hermanos: el Papa Francisco, en el inicio de su ministerio como sucesor de Pedro, nos invitaba a toda la Iglesia a vivir, y digo las palabras exactas que nos dijo: una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría. Es más, nos indicaba caminos para la marcha de la Iglesia en estos momentos de la historia de la humanidad. Y nos llamaba a vivir la alegría renovándola permanentemente, y renovándola, porque no podemos cerrar y encerrar en nosotros la alegría de la resurrección. No se puede clausurar, nos decía el Papa, esa alegría en nuestra vida interior ni en nuestros propios intereses, entre otras cosas porque entonces ésta no sería la alegría del resucitado.

Cuando hacemos esto, lo guardamos, lo guardamos, lo encerramos. No hay Pascua. No dejamos espacio para los demás. No entran los pobres. No se escucha la voz de Dios. Ello hace que ni escuchemos ni gocemos de la dulce alegría del amor de Dios, que no palpite ese entusiasmo de Jesús resucitado en nuestra vida para hacer el bien.

¿Qué es hacer el bien?. Pues mirad, la máxima expresión. El bien es regalar el triunfo de Cristo a todos los hombres. Su vida, que nos conforma y nos da una manera de vivir, de actuar; crea fraternidad, crea encuentro, crea paz, da capacidad para tener los brazos siempre abiertos a todos, como los tiene Jesús para con nosotros. Hoy todos, todos, acercaos a Jesús que os abraza. Mirad, a veces también los que estáis en la duda, los que no creéis, o decís que no creéis: dejaos abrazar.

¡Vivir en la alegría de la Pascua nos hace tanto bien!. No huyas nunca de la resurrección de Cristo. Nunca tengas la tentación de declararte muerto. Volvamos siempre al resucitado. Cuando parezca que todo está perdido, volvamos a Cristo. Sí en este instante, en este momento que estamos viviendo la pandemia, hoy cuando nos han relatado también que han muerto cantidad de gente, volvamos a Cristo resucitado. Nos ama. Nunca se cansa de perdonar. Nunca se cansa de decirnos: adelante. Nunca se cansa de cargar nuestras vidas sobre sus hombros. Siempre se ilusiona con nosotros. Nos devuelve la alegría. Nunca se cansa de decirnos lo que

en este día nos vuelve a repetir, como habéis escuchado: no está aquí, en el sepulcro, o vio la losa quitada, o se lo han llevado del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto. El sepulcro está vacío. Que es lo mismo que decir: no hay muerte. Hay vida solamente. Y la tienes tú, porque te la da Cristo. Y la puedes regalar.

¿Sabéis la alegría que supone decirle a los hombres de este mundo: no hay muerte? ¿Sabéis lo que supone decir: si vivimos, vivimos para Dios, si morimos, morimos para Dios, en la vida y en la muerte somos de Dios?.

Creedme: ha llegado la vida. La vida está en Cristo. Ha vencido a la muerte. Nunca, nunca nos convirtamos en esos discípulos quejosos. Siempre quejosos- No tengamos la tentación de dejar espacio a los demás. Todos en mi vida tienen que tener espacio. No vivamos con resentimientos. Demos todo lo que somos. Tenemos para dar vida a los demás. Dejemos que entre la alegría de la Resurrección. Dejemos de vivir en el gozo de esa alegría que provoca el sentirnos amados por Dios. Porque si no nuestro corazón no palpita con ese entusiasmo que da el saber la noticia que hoy se nos entrega: Cristo ha resucitado y nosotros hemos resucitado con Él.

Queridos hermanos: qué fuerza tiene lo que acabamos de escuchar. Qué fuerza tiene lo que dice el Evangelio: no está aquí. Ha resucitado, como había dicho.

Con qué rapidez salieron Pedro y Juan. Qué bien lo expresa lo que es la Iglesia. Qué bien lo expresa de quien ha puesto el Señor al frente de la Iglesia: llega primero Juan, pero no entró. Llega Pedro, y entró. Primero tiene que entrar quien había puesto el Señor al frente de la Iglesia- Vio las vendas en el suelo, el sudario que había cubierto la cabeza enrollado en un sitio aparte, vio y creyó.

En este día os quiero destacar el encuentro de María Magdalena y de Pedro. Sí. Esta mujer de quien conocemos su historia ha llorado, ungió los pies de Jesús, secó sus cabellos- Una mujer despreciada por quienes se creían justos. Pero Jesús dijo de ella que había amado mucho y por ello se le perdonaban los pecados. Su amor al Señor la hizo ir al sepulcro y vivir junto a la otra María: no temáis, al que buscáis, al crucificado, este ha resucitado. El encuentro con Pedro también, que había negado a Jesús. A quien Jesús había puesto al frente de su Iglesia. Y ve con sus propios ojos, como Juan también, las muestras de la Resurrección de Cristo. Vieron y creyeron.

Esto sucede también hoy con nosotros. Con todos nosotros. Con todos. Mirad: sí. Somos pecadores. Tenemos oscuridades. Tenemos egoísmos. Tenemos faltas de fe, negaciones. Somos vendedores. Pero el Señor, en este día, se acerca a ti y a mí para decirnos: no tengas miedo. Vete a comunicar que Él ha resucitado de entre los muertos. Alégrate.

Esto requiere tres cosas que os digo sencillamente. Primera, renueva tu encuentro con Cristo resucitado. No importa lo que hayas hecho hasta ahora. Cristo abre los brazos. Toma la decisión de dejarte encontrar por Él. Jesús no es para unos el escogido. Pueden abrazarlo todos los hombres. Todos estamos enviados. Estate abierto a este encuentro.

¡Qué diferencia más abismal existe!. Y se da en la vida de un ser humano que se deja encontrar por Jesús. Déjate mirar. Déjate abrazar. Déjate iluminar. No hay que hacer más esfuerzos. Descubre algo que es decisivo en la vida humana. El Señor nunca se cansa de perdonar. El Señor nos devuelve la dignidad verdadera que tenemos cuando en medio de la oscuridad nos dejamos abrazar por Él. Él lo hace sin imposiciones, con ternura. Te abraza y te dice: adelante. Encuéntrate con Jesús.

En segundo lugar, llevemos a todos los lugares de la tierra, donde habitan los hombres, la dulce y confortadora alegría del Evangelio. El bien siempre se comunica. Cualquier ser humano que tenga experiencia de Jesucristo y con Jesucristo adquiere tal hondura su vida, se siente tan a gusto en este encuentro con el Señor, adquiere tal hondura su vida que no puede guardárselo para sí mismo. La quiere comunicar. El bien se comunica. El bien se expande.

La Resurrección de Cristo nos lleva a ver que la vida. Se acrecienta dándola. Y nos hace ver que al margen de la vida de Cristo resucitado, la vida disminuye, se debilita, se aísla, se hunde en la comodidad de vivir para uno mismo. Vete a todos los lugares, y lleva la dulce y confortadora alegría del Evangelio.

Y en tercer lugar, manten vivo el anuncio del Cristo. Aquel que mandó hacer a sus discípulos: id y anunciar el Evangelio a todos los hombres.

He mandado un mensaje a todos los misioneros de Madrid que están en muchas partes de la tierra. La fuente de mayor alegría para todos los cristianos es el

anuncio de Cristo resucitado. Podemos tener metodologías diferentes, incluso espiritualidades distintas, pero se nos pide que seamos coherentes con el mandato del Señor: id, salid, anunciad. Y para ello dejarme deciros que hay ser atrevidos y osados. Atrevidos para no instalarnos en la comodidad de decir: ¿para qué complicarnos la vida, si esto siempre ha sido así?. Como nos dice el Papa Francisco: hay que llegar a todas las periferias geográficas o existenciales donde la luz del Evangelio se hace necesaria.

¿Cómo hacer esto?. Tomemos iniciativas concretas. Sí. Salgamos al encuentro de los hombres. De los más cercanos y de los más lejanos. Con obras y gestos que toquen la vida. Que toquen las heridas. Que toquen los proyectos. Que toquen las ilusiones. yY que toquen los desafíos que tenemos en estos momentos. Lo importante es que nosotros, discípulos del resucitado, sepamos que nuestra vida es para exponerla. Para darla.

La celebración de la Pascua nos está llamando a vivir en una reforma permanente. Hagámosla. Nunca mutilemos o reduzcamos a Jesucristo a intereses personales. Hagamos presente la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Cristo resucitado.

Mirad qué compromiso os pido para esta Pascua. El mismo que tuvieron los discípulos de Jesús: comenzar de nuevo el camino, con la novedad que trae la Resurrección. Esto trae tal capacidad de esperanza....Dejadme deciros que la Iglesia nace de un movimiento de esperanza. Y cuando ese movimiento falta, es señal que no se cree del todo en la Resurrección. Hoy hay que despertar ese movimiento de esperanza si queremos dar un nuevo impulso a la fe. Es necesario conquistar el mundo, pero con la fuerza del Resucitado. La esperanza. No hay ninguna propaganda que pueda hacer tanto como la esperanza. Cuando se ataca la esperanza, se ataca lo esencial. La esperanza mueve a los jóvenes, a los mayores, a las familias. Regala la esperanza. Ha resucitado. Por eso, en este día, os invitaba a las familias a que hicieseis, en ese vídeo que os he mandado, la gran fiesta de la esperanza. Y que vosotros los padres les dijeseis a los hijos las tres cosas que son más importantes para vosotros en la vida de ellos, según la vida que tengan, y que los hijos os dijese lo que desean de vosotros.

Feliz día de la Resurrección del Señor. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN EL LUNES DE LA OCTAVA DE PASCUA

(13-04-2020)

Querido Fausto, diácono. Querida hermana que estás haciendo la traducción al lenguaje de signos. Hermanos y hermanas que estáis viviendo esta celebración desde vuestras casas.

Ha sido hermoso poder recitar juntos este salmo que acabamos de decir: "Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti". Dicho este salmo en este contexto que estamos viviendo de esta pandemia del coronavirus, lo decimos de corazón. Protégenos, Señor, Tú eres nuestra salvación. Tú eres mi Dios. Yo sé que mi suerte está en tu mano. Sé que tú me bendices. Nos bendices. Te tengo siempre presente. Contigo no vacilamos. Hablamos seguros. Tenemos una dirección segura. Es más, en medio del sufrimiento y del dolor, tú alegras nuestro corazón. No nos abandones. Sabemos además que no lo haces. Sabemos que tú nos acompañas. Estamos celebrando tu triunfo, tu Resurrección, que alienta nuestra vida. Tú eres el único capaz de enseñarnos el sendero verdadero que tiene que tener la vida. Yo te pido, Señor, que llenes de gozo y alegría a Madrid. Llénala de gozo. Llena a

esta ciudad. Esta ciudad te quiere. Esta ciudad te ha abierto su corazón. Esta ciudad es capaz de hacer cosas extraordinarias para que todos los que lleguen aquí puedan tener acogida.

Yo os diría que hay tres ejes que estructuran la Palabra de Dios que acabamos de proclamar. Tres ejes que quizá podrían resumirse en tres palabras: anuncia; te doy un mandato; y trabaja, realiza la tarea.

Anuncio. Anunciamos a Jesucristo directamente. El día de Pentecostés, como habéis visto en la primera lectura del libro de los Hechos, fue algo extraordinario. Los apóstoles, los mismos que habían estado junto a Jesús, que eran miedosos, que alguno, incluso Pedro, el que habla, le había negado... ¿Qué experiencia viviría en lo más profundo de su corazón, que se lanza a decir a todas las gentes: "Somos testigos de que Cristo ha resucitado, y esto que veis y esto que oís no es casualidad, es fruto de este encuentro con el Resucitado?". Este Jesús, que ha sido acreditado con milagros, prodigios y señales, este Jesús es Dios. Queridos hermanos, este anuncio démosle. Démosle en nuestra familia. Démosle entre nuestros amigos. Démosle en el trabajo. Démosle en la vida pública. No nos guardemos la fe solo para el interior. Démoslo. Afirmemos. Sin vergüenza. Quizás con los límites que todo ser humano tiene, que somos discípulos de Cristo y que creemos en la Resurrección. Sí. ¡Anunciad!

En segundo, lugar, otro eje: el Señor, nos da un mandato. Lo habéis escuchado en el Evangelio. Salgamos del sepulcro. Hoy hay lugar para la vida, Cristo ha resucitado, ha salido del sepulcro. Y como las mujeres marcharon a toda prisa para decir a los apóstoles y anunciarles que habían visto al Señor, que le habían amado. Qué bonito es lo que hacen, ¿no? Lo que hacen estas mujeres. Marchan a toda prisa. Quieren anunciarlo. Este momento de la historia que estamos viviendo los hombres, donde hay grandes vacíos espirituales, y vosotros mismos lo podéis comprobar en la propia existencia de cada uno de nosotros y en la construcción de esta historia, qué importante es salir del sepulcro. Nosotros anunciamos la vida. Anunciamos a un Dios que nos ha querido tanto que ha dado la vida por nosotros. Un Dios que nos ha enseñado que lo más importante de la vida es que su amor llegue a todos los hombres: a ti, a mí, a todas las situaciones, a todas las realidades que vivamos los hombres.

Anuncio, mandato y tarea.

Qué preciosa es la tarea. Cuando vemos a Jesús en el Evangelio, que sale al encuentro de estas mujeres. Sale a su encuentro. Como esta noche sale a nuestro encuentro, y nos dice "¡Alegraos! ¡Alegraos!". Las mujeres, nos dice el Evangelio que abrazaron los pies de Jesús y tocaron, tocaron sus pies. Qué maravilla. Abrazan los pies de Jesús. Esos pies de Jesús que habían caminado por toda Palestina. Esos pies de Jesús a los cuales se había referido en la última cena cuando lava los pies a los apóstoles y dice: "lo que yo he hecho con vosotros, hacedlo también vosotros con los demás. Servid. Amad. Entregaos. No devolváis mal por mal". Esos pies. Y además, no solamente les dice que se alegren. Les dice: "Comunicad a mis hermanos que vayan y vean en Galilea. Y me vean a mí allí". La fe no es para tenerla escondida en nuestra vida. Es para comunicarla. Es para decirlo. Es para decir: mirad, yo he encontrado en la vida un tesoro, y este tesoro que he encontrado lo quiero comunicar a todos los hombres. Yo no puedo guardármelo para mí. Yo estoy dispuesto hacer lo que sea para comunicar que el tesoro de la vida es haber conocido a la persona de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Que no es un muerto! ¡Es un Dios vivo! Que ha resucitado y que nos ama.

Alegraos, comunicad. Y es verdad que tendréis dificultades. Lo hemos visto en el Evangelio. Unos de aquellos que estaban al servicio de la mentira pues comenzaron a decir que sus discípulos habían robado el cuerpo, y que todo esto era un cuento. Pues no, queridos hermanos. ¡No es un cuento! Cristo ha resucitado. Y Cristo te ama. Y Cristo te quiere. Y Cristo sale a tu encuentro. Y Cristo alegra tu vida. ¡Pruébalo! ¡Pruébalo! Cuando metes a Cristo en tu vida tienes una alegría distinta en medio de las dificultades que podamos tener.

Que el Señor os bendiga. ¿Veis? Anunciar. Tenemos un mandato: salir del sepulcro. Nada de estar en el sepulcro. A toda prisa hay que salir. Y una tarea, preciosa. Una tarea que se hace en la alegría. En la comunicación de esta verdad que es Cristo. No es una teoría, es una persona de la que hablamos y comunicamos. Y naturalmente que tendremos dificultades en este anuncio. Pero siempre vence la fuerza de Dios.

Que el Señor os bendiga al finalizar este día. Y que nos encontremos ahora con este Jesús que se hace realmente presente en el misterio de la Eucaristía. Acogedle. Haced como las mujeres: abrazadle. Tenedle en vuestra vida. Comunicadle. En medio de las dificultades. Pero es más fuerte Dios que las dificultades.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN EL DOMINGO DE LA DIVINA MISERICORDIA

(19-04-2020)

Queridos hermanos obispos auxiliares de Madrid: don Jesús, don José y don Santos. Queridos hermanos sacerdotes. Querido diácono. Querida hermana que estás traduciendo en lenguaje de signos para todos los que entienden y comprenden la Palabra del Señor desde este lenguaje: gracias por tu presencia y por tu entrega.

Yo quiero una vez más dar las gracias a Telemadrid por este esfuerzo que están haciendo por llevar una buena noticia a Madrid. Una buena noticia para todos los hombres, para los que creen y para los que no creen. Es una buena noticia, queridos hermanos, esta que el Señor nos ha dado en su Palabra para todos. Una noticia que se traduce con tres palabras: proyecto, realidad y encuentro. Tres palabras sintetizan lo que el Señor hoy nos quiere regalar a todos los hombres. Y por eso nosotros también le damos gracias, porque es bueno. Le damos gracias en este día de la Divina Misericordia, porque su misericordia alcanza a todos los hombres.

Hermanos, todos los que estáis siguiendo esta celebración, los que queréis y los que quizás os habéis acercado por curiosidad, Dios, el Dios en quien creemos, os quiere. A todos. Y sin condiciones. Por eso, el Señor se convierte en fuerza y energía. Se convierte en salvación para todos los hombres. El Señor es la piedra angular, en el que se puede sostener todo el edificio de esta humanidad. Este es el día del Señor. Este. Por eso nuestra alegría y nuestro gozo. Gozosos, porque tenemos no cualquier proyecto. En primer lugar esta palabra: un proyecto. Nos ofrece un proyecto. Qué maravilla. Y no es un cuento para hombres que estamos fuera de la realidad. No. Esta realidad que nos ha diseñado el libro de los Hechos de los Apóstoles en la primera lectura que hemos escuchado, se ha vivido, y se sigue viviendo, queridos hermanos. Sigue habiendo hombres y mujeres que perseveran en la enseñanza de los apóstoles. Sigue habiendo hombres y mujeres que viven la comunión. La comunión con Cristo. Y precisamente porque es con Cristo, la viven con todos los hombres. Siguen creyendo lo que nosotros creemos cuando nos acercamos al altar del Señor: que la fracción del pan, la comunión con Jesucristo, el darnos como el Señor, el partírnos para los demás como el Señor, el hacerlo con su propia fuerza y con su propio amor, es lo que salva este mundo. Y es lo que hace posible que esta tierra sea diferente. Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles. En la comunión. En la fracción del pan. Y en el diálogo con Dios: en la oración.

Queridos hermanos: cuántos prodigios y signos se siguen realizando hoy en esta tierra precisamente porque se desea vivir lo que aquella primera comunidad cristiana, en el comienzo mismo, vivió. Los creyentes, unidos. Los creyentes, poniendo en común. Como habéis hecho en esa catequesis sencilla que yo os pedía a las familias que hiciesen vuestros hijos: que os reunieseis, y que pensaseis un poco, y después de que pase esta pandemia, cómo podemos ayudar nosotros a gente que se va a quedar sin trabajo, que no va a tener dinero para pagar el piso; a gente que está sola, que está enferma; a gente que no tiene lo mínimo necesario para subsistir. Os decía: pensadlo. Y haced un proyecto de cómo vosotros como iglesia doméstica, como familia, como esa familia que vive en la comunión, que vive de la fracción del pan, que vive del diálogo con Dios, que vive en comunión con los apóstoles..., cómo podemos ayudar. Los creyentes vivían unidos. Ponían en común las cosas, y repartían según la necesidad de cada uno. Este no es un sueño, queridos hermanos. Esta es una realidad que sigue manifestando y viviendo la Iglesia en todas las partes de la tierra. Esta es la solidaridad de la Resurrección de la que os estoy hablando durante estos días de Pascua. Esta. Que da vida. Siempre da vida.

Tenían un solo corazón. Queridos hermanos: no un corazón egoísta, no un corazón que vive para sí. Es el corazón de Cristo. El que tiene hoy Cristo con todos vosotros en esta fiesta de la Divina Misericordia; que os quiere, que os ama, que, estéis como estéis, quiere acercarse a vuestra vida. Que aunque a lo mejor le habéis dicho alguna vez "no quiero saber nada contigo", Él quiere saber contigo. Y hoy se acerca. Abre tu corazón. Ábrelo. Saldrás de otra manera distinta. Un proyecto.

En segundo lugar, te revela o nos revela una realidad. Hemos sido regenerados, nos ha dicho el apóstol Pedro en la segunda lectura. Sí. Hemos sido regenerados. Bendito sea Dios, que por su gran misericordia nos ha regenerado. Y ahora sí que entendéis aquello que dice el Señor en el capítulo 25 de san Mateo, cuando nos habla de la misericordia, del amor misericordioso de Él: "Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y en la cárcel y me visitasteis, no tenía lugar para vivir y me hospedasteis". Bendito sea Dios, que nos ha dado su misericordia mediante su Resurrección. Estamos protegidos por la fuerza de Dios, queridos hermanos. Abríos a esta fuerza. Esta es una realidad. Alegraos, aunque sea preciso padecer un poco. Lo estáis haciendo en este tiempo de pandemia. Y muchos, con mucha intensidad, porque habéis perdido: familia, seres queridos. Porque algunos los tenéis todavía enfermos. Pero alegraos. Alegraos, porque el Señor no nos abandona. Nunca. Nunca. Ni siquiera a esos que habéis despedido, o no habéis podido despedir. Sabéis que el Señor los tiene en sus brazos. Nada se pierde. Nada. Ninguno de nosotros se pierde. Mostrad la autenticidad de vuestra fe. Mostradla. Habéis sido regenerados. No tenéis cualquier vida. Tenéis la vida misma de Jesucristo. Dad esa vida. Solidaridad de la Resurrección. Es lo que necesitamos precisamente para mantener viva la esperanza y para hacer posible que lo que vayamos a vivir dentro de poco tiempo, en las dificultades que sean, juntos lo vivamos y lo transformemos. Amad a Cristo y contempladle. Creed en Cristo. Acogedlo en vuestro corazón. Y, eso que acogéis, dadlo. Entregadlo.

Un proyecto, una realidad y un encuentro. El Señor nos ha regalado un encuentro. Los habéis visto en el Evangelio que hemos proclamado. Al anochecer. Y hoy estamos en el anochecer. También. Y a veces en la oscuridad. Estamos. Pero el Señor, como en aquel momento, se hizo presente en aquella casa donde estaban los discípulos que tenían cerradas las puertas por miedo. Queridos hermanos, lo primero que se pone de relieve en el Evangelio son las puertas cerradas. Por miedo.

Las puertas atrancadas. Estaban traumatizados por la muerte de Jesús. Todos. Y sin embargo, Jesús resucitado atraviesa esas puertas. Hoy entra en tu vida. En tu corazón. Sí. En tu vida, porque deseas que entre. En tu vida, porque quizá lo has abandonado en algún tiempo. No te fiabas. Pero Jesús entra. Entra en tu vida. No tengas miedo. El miedo de los discípulos no detiene al Señor. Él atraviesa las puertas cerradas. Quizá tus miedos, tus sospechas. No importa. Él te ama. Te quiere. Con su misericordia entrañable.

Con frecuencia, hermanos, nosotros tenemos también las puertas cerradas. ¿Cómo quitar cerrojos? ¿Cómo abrir mi puerta al Señor? Podemos imaginarnos que hoy entra en nuestra casa y abre todo lo que está cerrado. Dejadle entrar en vuestra casa. Dejadle entrar en vuestro corazón. Ciertamente, es el miedo el que nos cierra a la vida. Sí. El miedo paraliza. El miedo impide amar la verdad. En el fondo, muchas de nuestras dificultades personales y relacionales tienen que ver con el miedo. Hay muchos miedos: en nosotros, en nuestra sociedad. A veces incluso los cristianos también tenemos miedos. ¿Por qué permanezco con las puertas cerradas por miedo? ¿Cuál es esa puerta que el Resucitado espera que yo le abra? Qué preciosa es la afirmación que ha hecho el Evangelio: entró Jesús y se puso en medio. En la noche, con tu fe tambaleante, te libera del miedo y de la angustia. Y Jesús, en medio, nos dice hoy a cada uno de nosotros: "Pero, ¿por qué tienes miedo? ¿Por qué?". Queridos hermanos: la Iglesia, vosotros, si ponemos en el centro de nuestra vida a Jesús, si le dejamos ponerse en el centro, que es donde quiere estar Él, se quitan los miedos; se quitan las paralizaciones; se abren las puertas. Yo no puedo tener cerradas las puertas a nadie. Al contrario. Y Jesús además me dice, como les dijo entonces: "Paz a vosotros". "Dejad de dar vueltas a vuestras frustraciones, dejad el negativismo. Paz". Que en el fondo es decirte: "Te quiero. Te amo. Cuento contigo. Déjame entrar. Abre las puertas. A todos los hombres. Paz a vosotros".

Insiste, queridos hermanos. Insiste en esa paz. Y además les enseña las manos y el costado. Las manos de Jesús son las manos que dan seguridad. Representan su actividad liberadora: ha levantado a paralíticos, ha dado vista a los ciegos, ha liberado de la enfermedad a los leprosos, ha dado vida a los muertos. Las manos de Jesús te tocan a ti también. Y te liberan. Y te enseña el costado, que es símbolo del amor sin límites. Es el amor con que Jesús nos ha amado. Y nos sigue amando. Con su misericordia. Es un amor misericordioso. No se acerca ni a ti ni a mí por lo que valgamos. Se acerca, queridos hermanos, porque es un

Dios que cuenta también incluso con nuestras miserias, y nos libera de nuestras miserias, llenándonos de su misericordia y de su amor. Y además nos llena de alegría, como habéis escuchado. El encuentro con el Resucitado es una experiencia de alegría. Quién sino el Resucitado puede llenar de alegría el corazón. Y la alegría no es la alegría del triunfo de la vida. Es la alegría de sentirme querido por Dios. De sentir el cariño de un Dios que me libera, que me sana, que me hace comprometerme con los demás, que me envía: "como el Padre me envió, así os he enviado yo; recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados les quedan perdonados".

El camino de Jesús es un camino que se vuelve en gracia, en perdón, en liberación. No sé cómo poderos decir esto, hermanos, a los que estáis escuchando y siguiendo esta celebración: abrid vuestra vida. Abridla. dejad entrar a Jesús. Es camino de libertad. Es camino de liberación. Es camino creador de perdón, para ti y para que lo regales a los demás. Por eso Jesús, si os dais cuenta, con Tomás utiliza una terapia que es la que quiere utilizar también con nosotros. Tomás no había estado cuando se había aparecido a los discípulos. Y era un hombre que estaba frustrado, se había apartado de la comunidad, había puesto en marcha un mecanismo de huida y de evasión. Por eso dijo: "Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no creo". Posiblemente tiene una fe puramente racionalista, y por eso no puede creer. No es la fe del corazón. Abrid el corazón, queridos hermanos. Por eso Jesús, con él, tiene una terapia de choque. Le dice: "Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano, y métela en mi costado. Y nos seas incrédulo, sino creyente".

Yo os diría, queridos hermanos: ved la Iglesia, en África, en Asia, en América, en Oceanía, en los lugares más pobres, donde están las miserias más grandes, donde están apostando por dar vida y liquidar la muerte, donde la solidaridad de la Resurrección se está manifestando. Pero vedla también, y la tenemos que ver, en esta vieja Europa. Que ha creído que retirando a veces la solidaridad de la Resurrección y cogiendo su propia fuerza sale adelante. No sale adelante. No. "Trae tu dedo. Aquí tienes mis manos. No seas incrédulo. Sé creyente". Nosotros a veces somos como Tomás. Pero queridos hermanos, en esta terapia de choque, Tomás superó las dudas. Todas su actitudes pragmáticas y racionalistas quedaron superadas, y cae de rodillas: "Señor mío y Dios mío". Yo, hermanos, os invito a que cuando realice la consagración, aunque estéis en

vuestras casas, digáis también -si no podéis hacerlo de rodillas, sentados como estáis-: "Señor mío y Dios mío". Y Jesús te dirá: "Bienaventurado". Bienaventurado porque has creído. Pero verás cosas mucho mayores. Señor mío y Dios mío.

Queridos hermanos: una maravilla el Señor con nosotros. Un proyecto, la Iglesia de Jesús caminando unida, caminando en comunión y realizando las maravillas de Cristo. Una realidad. Una realidad: hemos sido regenerados por el Señor. Y también un encuentro. Hagamos este encuentro, y digámosle a Jesús: "Señor mío y Dios mío". Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DECRETO

REPIQUE DE CAMPANAS EN LA CINCUENTENA PASCUAL

*CARLOS, del Título de Santa María in Trastevere,
Cardenal OSORO SIERRA,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica,
Arzobispo Metropolitano de Madrid*

Para celebrar la esperanza que nos regala Nuestro Señor Jesucristo con su Resurrección y encomendarle a todos nuestros seres queridos fallecidos con motivo de la pandemia del Covid-19, por el presente Decreto

DISPONGO

el repique de las campanas de todas las parroquias, iglesias y lugares de culto de la Archidiócesis de Madrid que dispongan de ellas todos los días de la cincuentena pascual a las 12 de la mañana.

De esta manera nos unimos al dolor de todos los hombres de buena voluntad por las víctimas de esta pandemia y en la oración por todas ellas con la esperanza puesta en la vida eterna.

Dado en Madrid a once de abril de dos mil veinte.

† Carlos, Card. Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

Por mandato de Su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez
Canciller-Secretario

DEFUNCIONES

— El día 1 de abril de 2020 falleció en Madrid, a los 78 años, el sacerdote diocesano de Madrid D. MANUEL COBOS ALAMILLO. Después de vivir muchos años en misiones, regresó a Madrid, donde colaboró en la parroquia de Nuestra Señora de las Fuentes.

— El día 2 de abril de 2020 falleció en Madrid, a los 77 años, el sacerdote diocesano de Madrid D. JOSÉ RODRÍGUEZ GALLEGO. Diocesano de Orense, fue ordenado en dicha diócesis el 13 de julio de 1969. En la archidiócesis de Madrid fue vicario parroquial del Santísimo Cristo del Amor (2013-2016) y párroco de Santa María del Buen Aire (2016).

— El día 3 de abril de 2020 falleció, a los 79 años, el sacerdote D. JESÚS VICENTE MORENO. Natural de La Fuente de San Esteban (Salamanca), donde residía desde su jubilación canónica. Su último cargo pastoral fue como párroco de Jesús y María. Antes había ejercido como vicario parroquial en Santa Margarita María de Alacoque.

— El día 4 de abril de 2020 falleció en Madrid el sacerdote D. JOSÉ MARÍA MARTÍN MARTÍN, vicario parroquial de San Antonio de la Florida.

— El 5 de abril de 2020 falleció en Madrid el PADRE FERNANDO DÍEZ MARINA, de los Padres Paúles, que en los últimos años ha ejercido como capellán en el Hospital de La Milagrosa.

— El día 5 de abril falleció en Madrid, a los 86 años de edad, el sacerdote D. JUAN DE DIOS MARTÍN VELASCO, uno de los más apreciados teólogos del siglo XX. Debido a un progresivo deterioro cognitivo, vivió el último año de su existencia en la residencia sacerdotal San Pedro. Natural de Santa Cruz del Valle (Ávila), nació en 1934. Ordenado sacerdote el 9 de septiembre de 1956 en San Lorenzo de El Escorial, era diocesano de Madrid. Entre otros cargos fue delegado diocesano de Migraciones (1962-1977), director del Instituto Superior de Pastoral (1973-2004), rector del Seminario Conciliar (1977-1987) y profesor en la Universidad Eclesiástica San Dámaso (1990-2004). Más información.

— El día 6 de abril de 2020 falleció, a los 96 años, el sacerdote D. JUAN MONTANER PALAO. Natural de Murcia, fue ordenado sacerdote el 19 de abril de 1959 en Roma. Diocesano de Madrid, fue capellán de las religiosas de Jesús y María de la calle Juan Bravo (1963-1964); secretario de monseñor José María García Lahiguera en la diócesis de Huelva (1964-1967); profesor en el IES Cardenal Cisneros (1967-1988); director espiritual de la Adoración Nocturna Española Femenina (1968-1988); capellán en la Universidad Politécnica de Madrid (1969-1988); profesor de Religión en la Escuela de Caminos (1970-1988), y consiliario de la Asociación Peregrinos de la Iglesia.

— El día 7 de abril de 2020 falleció, a los 90 años, el sacerdote D. JULIO SÁNCHEZ-MARISCAL PLA. Su deceso se produjo en Chinchón, localidad donde residía desde su jubilación canónica.

— El 7 de abril falleció en Madrid, a los 83 años, D. JOSÉ FERNANDO SILVA SANTOS, padre del sacerdote diocesano de Madrid Rvdo. D. Jesús Silva Castignani.

— El día 13 de abril de 2020 falleció en Madrid el sacerdote D. BENITO LÓPEZ CARNERO, diocesano de León. Jubilado canónicamente, fue capellán del Hospital de La Princesa y estuvo vinculado a la parroquia de San Ireneo.

— El 16 de abril de 2020 falleció, a los 87 años, el PADRE RAIMUNDO BENZAL GONZÁLEZ, CM, de los padres paúles. Era colaborador en la parroquia de San Vicente de Paúl.

— El 17 de abril de 2020 falleció en Madrid, a los 57 años, el sacerdote D. FELIPE MANUEL NIETO FERNÁNDEZ. Era vicario parroquial en la Santísima Trinidad, de Madrid.

— El 20 de abril de 2020 falleció en Madrid, a los 89 años, el sacerdote D. ANTONIO ARROYO TORRES. Ordenado sacerdote el 12 de junio de 1954, fue vicario episcopal de la Vicaría VI-Suroeste y párroco de San Fernando. Posteriormente estuvo adscrito a dicha parroquia.

— El 25 de abril de 2020 falleció, a los 90 años, el sacerdote D. AMANCIO IZQUIERDO ROJO. Ordenado sacerdote el 11 de julio de 1954 en Burgos, era diocesano de Madrid, donde ejerció como vicario parroquial de San Pío X (1975-1994); párroco de Nuestra Señora de los Ángeles (1994-2005), y colaborador en Nuestra Señora de la Paz (2005-2009).

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él, la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

ABRIL 2020

Día 1, miércoles.

- Se reúne con la Comisión Ejecutiva de la CEE (por videoconferencia).
- Por la tarde se reúne con el Consejo Episcopal (por videoconferencia).

Día 4, sábado.

- Transmite por vídeo una catequesis dirigida a los niños donde les anima, a través de sus dibujos, a ser "protagonistas especiales" de esta Semana Santa.
- Graba en la Cadena COPE un mensaje sobre la Semana Santa.

Día 5, domingo.

- Preside en la catedral de Santa María la Real de la Almudena la Misa del Domingo de Ramos emitida por Telemadrid y traducida al lenguaje de signos.

Día 7, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal (por videoconferencia).

Día 8, miércoles.

- Preside en la catedral de la Almudena la Misa Crismal, emitida por el canal de YouTube de la Diócesis y traducida al lenguaje de signos.

Día 9, jueves.

- Preside en la catedral de la Almudena la Misa de la Cena del Señor, emitida por el canal de YouTube de la Diócesis.
- Envía un mensaje en vídeo a los misioneros madrileños en este tiempo de pandemia.

Día 10, viernes.

- En la catedral de Santa María la Real de la Almudena preside la celebración de la Pasión y Muerte del Señor, emitida por el canal de YouTube de la Diócesis.

Día 11, sábado.

- En la catedral de la Almudena celebra la Vigilia Pascual, emitida por el canal de YouTube de la Diócesis.
- Envía por vídeo la primera catequesis dirigida a las familias "Preparemos la gran fiesta de la Resurrección".

Día 12, domingo.

- Preside en la catedral de Santa María la Real de la Almudena la Misa de Pascua de Resurrección, emitida por Telemadrid.

Día 13, lunes.

- Envía una carta a los presos de Soto del Real a quienes no ha podido visitar en Semana Santa debido a la pandemia.
- Celebra la Eucaristía en la catedral de la Almudena, emitida por el canal de YouTube de la Diócesis.

Día 14, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal (por videoconferencia).

Día 15, miércoles.

- Se reúne con la Comisión Ejecutiva de la CEE (por videoconferencia).

Día 17, viernes.

- Celebra la Eucaristía en la catedral de la Almudena, emitida por el canal de YouTube de la Diócesis.

Día 18, sábado.

- Envía un vídeo-mensaje a los sacerdotes en la Pascua 2020.
- Envía por vídeo un mensaje dirigido a las familias, en la víspera de la Divina Misericordia.

Día 19, domingo.

- Preside la Eucaristía en la catedral de la Almudena en el domingo de la Divina Misericordia, emitida por Telemadrid.

Día 21, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal (por videoconferencia).
- Envía un video-mensaje a los jóvenes en la Pascua 2020 "Vivid abiertos a la esperanza y regaladla".

Día 22, miércoles.

- Envía un mensaje en vídeo a la vida consagrada en la Pascua 2020 "Hacéis percibir una Iglesia que vive para los demás".
- Celebra la Eucaristía en la catedral de la Almudena, emitida por el canal de YouTube de la Diócesis.

Día 24, viernes.

- Celebra la Eucaristía en la catedral de la Almudena, emitida por el canal de YouTube de la Diócesis.

Día 25, sábado.

- Envía por vídeo la segunda catequesis dirigida a las familias "Que no nos desentendamos de nadie".
- Entrega con el Nuncio, Mons. Bernardito Auza, los respiradores donados por el Papa a la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios.

Día 26, domingo.

- Preside la Eucaristía en la catedral de la Almudena emitida por Telemadrid, a la que asisten el delegado del Gobierno en Madrid, D. José Manuel Franco; la presidenta autonómica, Dña. Isabel Díaz Ayuso, y el alcalde de la capital, D. José Luis Martínez-Almeida.

Día 27, lunes.

- Se reúne por videoconferencia con el Equipo Directivo de Cáritas Diocesana de Madrid, acompañado por Monseñor José Cobo, Obispo Auxiliar de Madrid.
- Celebra la Eucaristía en la catedral de la Almudena, emitida por el canal de YouTube de la Diócesis.

Día 28, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal (por videoconferencia).

Día 29, miércoles.

- Participa en una reunión con la Mesa por la Hospitalidad (por videoconferencia).

Día 30, jueves.

- A través de video llamada se reúne con 21 jóvenes, representantes de las ocho Vicarías y de Asociaciones y Movimientos, convocada por la Delegación de Jóvenes, en la que les invita a lograr que mil jóvenes de Madrid protagonicen un "Plan de Esperanza" en este mundo.



Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

ACTIVIDADES SR. OBISPO. ABRIL 2020

1 Miércoles

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

2 Jueves

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

3 Viernes

Viernes de Dolores

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h. en la Catedral-Magistral, rezo del Vía Crucis.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral rezo de Vísperas unidas a la Santa Misa.

4 Sábado

Sábado de Pasión

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

5 Domingo

DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

* A las 12:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa (retransmitida por Internet).

6 Lunes

Lunes Santo

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

7 Martes

Martes Santo

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

8 Miércoles

Miércoles Santo

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

9 Jueves

JUEVES SANTO DE LA CENA DEL SEÑOR

* A las 18:00 h. en la Santa e Insigne Catedral-Magistral Misa de la Cena del Señor (retransmitida por Internet).

10 Viernes

VIERNES SANTO DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

* A las 17:00 h. Oficios en la Catedral-Magistral (retransmitidos por Internet).

11 Sábado

SÁBADO SANTO DE LA SEPULTURA DEL SEÑOR

Desde la Vigilia TIEMPO PASCUAL

* A las 22:00 h. Santa Vigilia Pascual en la Santa e Insigne Catedral-Magistral (retransmitida por Internet).

12 Domingo

DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

* 12:30 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral de Alcalá de Henares (retransmitida por Internet).

13 Lunes

De la Octava de Pascua

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

14 Martes

De la Octava de Pascua

Aniversario de la Consagración Episcopal del Sr. Obispo (Segorbe, 1996)

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

15 Miércoles

De la Octava de Pascua

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

16 Jueves

De la Octava de Pascua

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

17 Viernes

De la Octava de Pascua

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

18 Sábado

De la Octava de Pascua

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

19 Domingo

II DE PASCUA O DE LA DIVINA MISERICORDIA

Aniversario Litúrgico de la Consagración Episcopal del Sr. Obispo (Segorbe, II Domingo de Pascua de 1996)

* A las 13:00 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa (retransmitida por Internet).

* A las 18:30 h. desde la Capilla privada del Palacio Arzobispal videoconferencia con los colaboradores del Centro Diocesano de Orientación Familiar Regina Familiae con oración de la Coronilla de la Divina Misericordia y Vísperas.

20 Lunes

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

21 Martes

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

22 Miércoles

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

23 Jueves

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

24 Viernes

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

25 Sábado

San Marcos, evangelista

Aniversario de la toma de posesión de Mons. Juan Antonio Reig Pla como Obispo de Alcalá de Henares (2009)

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

26 Domingo

III DE PASCUA

* A las 13:00 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa (retransmitida por Internet).

27 Lunes

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

28 Martes

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

29 Miércoles

Santa Catalina de Siena, virgen y doctora, patrona de Europa

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

30 Jueves

San Pío V, papa

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

Actos retransmitido por Internet:

* A las 18:45 h., en la Catedral-Magistral -con exposición del Santísimo Sacramento- rezo del Santo Rosario y oración de Vísperas; a continuación bendición con el Santísimo y reserva.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa.

DEFUNCIONES

- El día 3 de abril falleció en San Fernando de Henares D. FRANCISCO MORA SARABIA, padre del Rvdo. D. Jesús Javier Mora Arreola, Párroco de Natividad de Nuestra Señora de Mejorada del Campo. Descanse en Paz.

A TODOS LOS SACERDOTES Y FIELES DE LA
DIÓCESIS DE ALCALÁ DE HENARES

QUINTO DECRETO
EN RELACIÓN A LA PANDEMIA

***JUAN ANTONIO REIG PLA,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE LA DIÓCESIS DE ALCALÁ DE HENARES***

Teniendo en cuenta la prórroga de la Declaración del Estado de Alarma por parte del Gobierno de la Nación por la crisis sanitaria que estamos padeciendo

DECRETO

Prorrogar nuestro Tercer Decreto en relación a la pandemia de fecha 14 de marzo de 2020 hasta el domingo 26 de abril del mismo año con la modificación siguiente:

- Respecto de las celebraciones de Funerales y Exequias atender a lo dispuesto en la ampliación del Decreto de Alarma de 29 de marzo de 2020: *"Se pospondrá la celebración de cultos religiosos o ceremonias civiles fúnebres hasta la finalización del estado de alarma, sin perjuicio de la posibilidad prevista en el párrafo siguiente.*

La participación en la comitiva para el enterramiento o despedida para cremación de la persona fallecida se restringe a un máximo de tres familiares o allegados, además, en su caso, del ministro de culto o persona asimilada de la confesión respectiva para la práctica de los ritos funerarios de despedida del difunto. En todo caso, se deberá respetar siempre la distancia de uno a dos metros entre ellos".

Este Decreto tendrá vigor desde el día de la firma hasta el próximo 26 de abril de 2020, pudiendo ser prorrogado.

En este tiempo pongamos nuestra esperanza en Cristo, que venció al pecado y su consecuencia que es la muerte; no dejemos de implorar su auxilio y permanezcamos, junto a María Santísima, en obediencia a las legítimas recomendaciones sanitarias que nos sugieran.

Dado en Alcalá de Henares a 13 de abril de 2020.

† Juan Antonio Reig Pla,
Obispo Complutense

Ante mí,
Álvaro Fernández Ruiz, Vicario Judicial

A TODOS LOS SACERDOTES Y FIELES DE LA
DIÓCESIS DE ALCALÁ DE HENARES

SEXTO DECRETO
EN RELACIÓN A LA PANDEMIA

***JUAN ANTONIO REIG PLA,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE LA DIÓCESIS DE ALCALÁ DE HENARES***

Teniendo en cuenta la prórroga de la Declaración del Estado de Alarma por parte del Gobierno de la Nación por la crisis sanitaria que estamos padeciendo

DECRETO

- Prorrogar nuestro Tercer Decreto en relación a la pandemia de fecha 14 de marzo de 2020 incluyendo la última modificación de nuestro Decreto de 13 de abril de 2020.

- La modificación siguiente en nuestro Tercer Decreto en relación a la pandemia:
 - La reapertura al público del Venerable Tribunal y la reactivación de los plazos legales a tenor del Decreto firmado por nuestro Ilmo. Vicario Judicial en fecha 27 de abril de 2020.

Este Decreto tendrá vigor desde el día de la firma hasta el próximo 10 de mayo de 2020, pudiendo ser prorrogado.

En este tiempo pongamos nuestra esperanza en Cristo, que venció al pecado y su consecuencia que es la muerte; no dejemos de implorar su auxilio y permanezcamos, junto a María Santísima, en obediencia a las legítimas recomendaciones sanitarias que nos sugieran.

Dado en Alcalá de Henares a 27 de abril de 2020.

† Juan Antonio Reig Pla,
Obispo Complutense

Ante mí,
Álvaro Fernández Ruiz, Vicario Judicial



Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

CARTELA DEL OBISPO DE GETAFE,
MONS. GINÉS GARCÍA BELTRÁN,
EN LA SEMANA SANTA DE 2020:

'SEMANA SANTA, MISTERIO DE UNA PRESENCIA'

Esta Semana Santa va a ser muy especial, lo hemos repetido muchas veces durante estos días. No iremos a las parroquias a celebrar los misterios de la fe, no habrá manifestaciones públicas de esta fe. Todo será distinto. Cada uno en casa buscará el modo de hacer que esta semana sea la semana más importante del año cristiano.

Sin embargo, lo esencial no va a cambiar. En nuestros templos, los sacerdotes seguirán celebrando los oficios propios de estos días. Lo harán solos, con dolor y nostalgia, pero lo harán con fervor y con toda la solemnidad posible. En cada rincón de nuestra geografía se hará memoria de la Pascua del Señor, de su pasión, muerte y resurrección. San Pablo en la carta a los Filipenses nos llama a tener los mismos sentimientos de Cristo (cfr. 2,5). Es una buena actitud para entrar en la celebración del Triduo pascual. Si Cristo es el centro y el fundamento de nuestra fe, sólo en Él y desde Él podemos vivir la vida cristiana y los misterios que celebramos en estos días.

Desde la tarde del Jueves Santo hasta la Vigilia Pascua, seguimos los pasos de Cristo. Es un momento para la identificación. Vivir con Cristo y vivir de Cristo. No se trata de especular, de comprender el porqué, sino de unirnos, de identificarnos. Es momento de intimidad con el Señor.

La celebración de la Cena del Señor nos hace presentes los tres grandes regalos que Jesús nos hizo en ese momento: la Eucaristía, el sacerdocio ministerial y el amor fraterno. Con un trozo de pan y un poco de vino, el Señor se queda en nuestra vida en su Cuerpo y en su Sangre, y lo hace para siempre en el servicio sacerdotal, y nos enseña que ese amor que se entrega hemos de vivirlo también nosotros en la caridad.

Viernes Santo, con Jesús por la Vía Crucis. Escuchar, meditar, contemplar la pasión y muerte del Señor, hacerlo también con las cruces de hoy -la oración universal-, adorar la cruz y su misterio para aceptarlo en nuestra vida.

Noche pascual. Alegría que se desborda porque Cristo ha vencido a la muerte y a su causa: el pecado. Cantar con la Iglesia, y con toda la creación, que el Primogénito está vivo y va delante de nosotros. Recibir con gozo que el amor es más fuerte que la muerte, que no hay ningún mal que sea definitivo, abrir el alma a una vida que es eterna en Dios. Os invito a vivir este momento como momento de fe. Celebrar esta Semana Santa en casa, pero en cristiano. Uníos a las celebraciones que, gracias a los modernos medios de comunicación, serán muchas. Podéis acceder a la conexión de vuestra parroquia, de la Diócesis, a las celebraciones del Papa... Y, sobre todo, haced de vuestras casas una iglesia, rezad juntos, vestíos de fiesta, recordad a vuestros hijos, ahora que tenéis tiempo, lo que significa y el valor que tiene la fe. Ésta es la mejor catequesis. Muchos de nosotros hemos conocido al Señor y los misterios de la salvación de boca de nuestros padres y de nuestros abuelos. Ahora es la oportunidad de hacerlo.

† Ginés, Obispo de Getafe

HOMILÍA DEL OBISPO DE GETAFE,
D. GINÉS GARCÍA BELTRÁN

DOMINGO DE RAMOS, 5 DE ABRIL DE 2020

Basílica del Sagrado Corazón de Jesús,
Cerro de los Ángeles

La entrada del Señor en Jerusalén marca el comienzo de la Semana Santa. Con Jesús toda la Iglesia entra en la Ciudad Santa para celebrar los misterios de la salvación. Como aquellos primeros discípulos también nosotros aclamamos al Hijo de David, al que viene en el nombre del Señor. Queremos experimentar el paso del Señor por nuestras vidas, por la vida del mundo, queremos seguirlo hasta la cruz para participar de su salvación, del don de la vida que no acaba.

Este año la celebración de la Semana Santa está marcada por el azote de la pandemia que ha traído el Covid-19. Los fieles no podrán acudir a los templos para celebrar las fiestas más importantes del año litúrgico, pero sí que podremos hacerlo de otro modo, desde casa, bien siguiendo las celebraciones a través de los nuevos medios de comunicación, bien unidos en oración en la familia que,

como nos ha enseñado el concilio Vaticano II, es la "Iglesia doméstica" (LG, n. 11). Y, sobre todo, podremos estar unidos por el vínculo de la Comunión que crea en nosotros una relación indisoluble de intimidad con el Señor y con los hermanos.

Jesús entra en Jerusalén como el Mesías esperado, aunque los que lo acompañan no son capaces de entender el sentido más profundo de este gesto. En el profeta de Nazaret se cumplen las promesas que Dios ha hecho a Israel, por eso, el evangelista san Mateo ilustra este momento con la profecía de Zacarías: "Mira a tu rey, que viene a ti, humilde, montado en una borrica" (9,9). Para los contemporáneos de Jesús no es fácil comprender que el Mesías llegue a la Ciudad de Dios para consumir la salvación y lo haga montado sobre un asno, símbolo de la humildad y la mansedumbre. Jesús entrando así en Jerusalén nos está señalando que Dios salva por el camino del servicio, desde la pobreza y la debilidad, porque sólo así puede alcanzar nuestra vulnerabilidad.

Jesús es el siervo del que nos habla el libro de Isaías. El siervo tiene conciencia de su misión y de su destino que van unidos. Es el discípulo que está llamado a decir una palabra de aliento al abatido. Es el que confía porque sabe que el que lo envía es fiel y cumplirá su promesa. Pasa por la prueba del dolor, pero no esconde el rostro, porque no quedará defraudado.

Escuchar estas palabras, querido hermanos, es fuente de consuelo. En el rostro de Cristo sufriente, azotado por el sufrimiento y el dolor, encontramos al Dios que nos está salvando, al Dios que no defrauda. Ante la tentación constante de buscar el rostro de Dios en una vida brillante, en el éxito, a un Dios que me libra de la dificultad, y en el que no hay lugar para el sufrimiento, se nos anuncia la presencia de Dios que es capaz de acompañar nuestra debilidad, de sostenerla; que se hunde en nuestro barro, ensuciándose, para sacarnos de él.

Es verdad que podemos repetir con el salmista, y más en estos días: "Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado" (Sal 22,2). Es el grito de la humanidad de todos los tiempos, que en estos momentos suena con especial fuerza en el mundo: ¿Dónde está Dios?, ¿acaso nos ha abandonado?, ¿cómo ver a Dios en la impotencia que produce en nosotros el sufrimiento y la muerte? La respuesta sólo está en la confianza. El salmo 22 no es un salmo de desesperación sino de confianza. Dios siempre está en la prueba acompañando y consolando. Ante el mal es fácil rebelarse;

el mal hemos de rechazarlo sin duda, pero el remedio contra el mal es la confianza, encontrar en él la fuerza del amor que libera, la presencia de un Dios que salva, el mal es menos duro con la presencia del Otro.

El discípulo es el que sabe decir al abatido una palabra de aliento, el que consuela. En estos días el Señor nos llama a consolar, a estar cerca de los que sufren, a decir una palabra a tantos que están abatidos por el mal, por el sufrimiento, por la muerte. Consolar es hacer presente a Dios, es acercar al Dios del consuelo y de la misericordia. Es poder decir junto, prestando la voz al que no la tiene, la esperanza al que la ha perdido, la fe al que no la abrazó, las manos al cansado, al triste, al enfermo, "pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven conmigo a ayudarme" (Sal 22,20).

El relato de la pasión de san Mateo que acabamos de proclamar (26,14-27,66) coloca en el horizonte de nuestra celebración la cruz. La cruz que es consecuencia de una vida y cumplimiento de una promesa.

La meditación atenta y contemplativa de este texto evangélico ilumina el proyecto de Dios sobre el hombre y la humanidad. La muerte de Jesús, el Hijo, no es una casualidad, ni siquiera el resultado de una trama político-religiosa, sino que es la respuesta al plan trazado por Dios antes de todos los tiempos. En Jesús, y en su Pascua, se cumple esta salvación, que Él realiza por su obediencia al Padre, como dice san Pablo, "hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz". Jesús va consciente, y libremente, a la muerte porque esta es la voluntad del que lo ha enviado. Esto supone una lucha para la humanidad, el ver en el sufrimiento y en la muerte el plan de Dios, por eso nos preguntamos: ¿por qué el sufrimiento?, ¿por qué la cruz? Y hemos de reconocer que en muchos momentos no nos toca comprender, sino aceptar, fiarse, abandonarse a un proyecto que está por encima de nosotros. ¿Cómo hacerlo? Sólo en la experiencia de ser amado. La cruz de Cristo, su muerte, sólo tienen respuesta en el amor de Dios. En el escenario del sufrimiento y la muerte del Señor está el misterio de la entrega del Hijo de Dios, por amor, por puro amor, para salvarnos.

Desde esta luz de la Pascua de Cristo se iluminan nuestras cruces, los sufrimientos del mundo que no tienen sentido, la muerte de cada justo. La luz que proyecta el amor de Dios ilumina la oscuridad de este camino que hacemos entre sombras y las tinieblas de la muerte. Y es la libertad de la obediencia al plan de Dios

vivida por Jesús en su muerte y resurrección lo que le otorga la dignidad que sólo la coherencia y la autenticidad pueden lograr.

Hemos de reconocerlo, muchos en este momento tenemos miedo. Miedo al sufrimiento, miedo a la cruz, miedo a la muerte. Traigamos las palabras del Papa pronunciadas estos días pasados en la sola y, al mismo tiempo, llena plaza de San Pedro del Vaticano, son una invitación a la esperanza, abrazados a la cruz del Señor:

"Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. Is 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza (...) En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza".

María que acompañó a su Hijo hasta la Cruz, nos acompañe en esta etapa del camino para que nos identifiquemos con Cristo, muriendo con Él para resucitar con Él.

† Ginés, Obispo de Getafe

HOMILÍA DEL OBISPO DE GETAFE,
MONS. GINÉS GARCÍA BELTRÁN
EN LA MISA CRISMAL

MARTES SANTO, 7 DE ABRIL DE 2020

Basílica del Sagrado Corazón de Jesús,
Cerro de los Ángeles

1. Hoy, en esta Eucaristía, se manifiesta de un modo extraordinario la comunión del Presbiterio con su Obispo. Es un signo precioso de nuestra unidad en la vocación y en la misión; en definitiva, de nuestra unidad en Cristo que nos ha llamado, nos ha consagrado y nos ha enviado.

El escenario de esta Basílica vacía puede contradecir la afirmación de una manifestación gozosa de la comunión sacerdotal, pero no lo es. El Obispo celebra este año la Misa Crismal, con su Obispo auxiliar y con algunos miembros de su presbiterio, pero esta es sola una visión externa. La realidad es mayor, más profunda, misteriosa. Hoy, aquí, está todo el Presbiterio. Está nuestro Obispo emérito, D. Joaquín, y cada uno de vosotros, hermanos sacerdotes que, en vuestras parroquias,

o en vuestras casas, os unís a esta celebración. En este momento quiero ver en esos bancos vacíos vuestros rostros, vuestra vida. Todos estáis en el corazón de Cristo, como lo estáis en el nuestro. Ahora más que nunca se manifiesta nuestra unidad, nuestra misteriosa unidad en torno a Cristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia. Estoy convencido de que nuestro presbiterio ha de salir reforzado de esta prueba, para poder servir con más entrega al pueblo que el Señor ha dejado a nuestro cuidado. Así lo pido con todas mis fuerzas.

Quiero tener un recuerdo agradecido para los sacerdotes que nos han dejado en estos últimos días, a los que encomendamos a la misericordia de Dios. A don Manuel García Barrio, párroco de la parroquia Divino Pastor, en Móstoles, a don Félix Lorrio Mangas, que fuera párroco en San Salvador, en Leganés, y a don Luis Hernández Pérez, que lo fuera en la parroquia Santos Justo y Pastor, en Perales del Río. No podemos olvidar tampoco a las madres fallecidas de los sacerdotes, y a los demás familiares.

También tenemos muy presentes a los sacerdotes enfermos, a los que están ingresados en el hospital y a los que se recuperan en su casa. Nos alegramos con los hermanos que han pasado por la enfermedad y ya, gracias a Dios, están bien.

Nuestro pensamiento se va también a las comunidades de vida consagrada de nuestra diócesis que sufren el azote de la pandemia del Covid-19 en propia carne. Algunas hermanas han muerto, otras están enfermas o en cuarentena. Nuestra cercanía y la fuerza de nuestro afecto y de nuestra oración para todos los consagrados.

El corazón del pastor sufre con el dolor de su pueblo, por eso, queridos hermanos sacerdotes, estos días sufrimos con nuestra gente. Sentimos el peso de la prueba en nuestra propia carne y, al tiempo, renovamos nuestra misión de servirlos, de anunciarles el amor de Dios, de celebrar con ellos y por ellos los sacramentos, de hacer presente la caridad de Dios. Los muertos son nuestros, los enfermos son nuestros, las familias rotas por el dolor son nuestras familias, la pobreza es nuestra propia pobreza. Este es nuestro sacerdocio, para esto fuimos ordenados para compartir la vida de nuestro pueblo haciendo presente a Dios mismo, ofrecernos a ellos en la entrega de Jesucristo por la humanidad. Nos queda mucho por hacer, pero con la ayuda de Dios y en comunión lo haremos.

2. Hemos escuchado en el Evangelio (cfr. Lc 4,16-21) que Jesús fue a Nazaret, donde se había criado, y entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados. Es decir, Jesús va al origen de su fe, a los lugares donde ha ido descubriendo el plan de Dios sobre él. Su vocación ha crecido y se ha concretado en ese lugar, en la escucha de la Palabra, al calor de la fe de su pueblo y de su familia. Qué importante es siempre volver al origen, al primer amor, volver a descubrir las raíces de nuestra fe, de nuestra vocación. Es escuchar de nuevo la palabra que me interpeló, que me derribó de mi caballo particular, la que me ilusionó, la que me hizo fuerte para dejarlo todo, para romper proyectos, para comenzar un camino nuevo de servicio a Dios y a los hermanos.

No es casualidad que hoy estemos celebrando la Misa Crismal en este lugar donde buena parte de vosotros recibió la ordenación sacerdotal. Parece que el Señor nos dijera: este tiempo de prueba es un verdadero "kairós", es el momento de renovar nuestro sacerdocio volviendo a la fuente, volviendo a Aquel que nos llamó y nos consagró. Es momento para renovar nuestra entrega, nuestro Sí sin condiciones. Es el momento de dar unidad a nuestro corazón, de redescubrir el don de nuestro celibato vivido en esa soledad habitada que estamos experimentando estos días; es el momento de la obediencia sincera, de vivir lo más hondo de la pobreza que anida en nuestro corazón, de sentirnos pobres y vulnerables, como tanta gente, de ver que no lo podemos todo, que no somos "Superman", que somos vasijas de barro para que se vea que el tesoro lo llevamos dentro. Qué bonito sería que al final de esta prueba pudiéramos decir, no con los labios, sino desde lo más profundo del corazón: "Todo lo puedo en Aquel que me conforta" (Flp, 4,13).

Esta fuerza que se realiza en la debilidad nos hace gustar más y mejor la grandeza y la belleza de lo que somos y de lo que realizamos. Permitidme que comparta con vosotros una confianza, un mensaje de un joven sacerdote que yo mismo he ordenado: "Hoy al celebrar la Sana Misa sólo me he dado cuenta del gran regalo que recibí del Señor siendo sacerdote. Esa gracia de la imposición de manos que me hace estar agradecido eternamente". No tengamos miedo que esta situación debilite la fe en los sacramentos ni en la vida eterna, será todo lo contrario, la fortalecerá.

3. "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido", las palabras de la profecía de Isaías (61,1) en los labios de Jesús hablan de realización. Hoy se

han cumplido, y ese hoy es cada día, cada instante donde se realiza nuestra salvación. Este Hoy es el hoy de la salvación.

Nosotros hemos sido ungidos con el óleo santo. Nuestras manos, y en ellas toda nuestra existencia, ha sido consagrada a la gloria y al servicio de Dios. En la consagración somos hechos de Otro, y para Otro. Es una unción que corre por el cuerpo y transforma al ungido dándole una nueva identidad, penetrándolo con la fuerza que viene de Dios, al tiempo que llena del perfume nuevo del gozo y la alegría. El consagrado no se pertenece, su libertad está rendida a Aquel que lo consagra. La unción nos hace hijos de Dios, nos sella con el don del Espíritu Santo, nos fortalece en la debilidad, nos capacita para actuar en la persona de Cristo. La unción es un don, un gesto de donación de Dios que es Padre.

En la Escritura santa, los hombres son ungido y consagrados para ser destinados a una misión. Podemos decir, son ungidos para ungir. "Que la unción sacerdotal nos vaya convirtiendo en Pan mientras ungimos el pan cotidiano al consagrarlo en cada Eucaristía y al compartirlo solidariamente con nuestros hermanos. Que la unción sacerdotal nos vaya convirtiendo en hombres llenos de ternura, mientras ungimos con bálsamo el dolor de los enfermos. Que la unción sacerdotal nos libere de nuestros pecados mientras ungimos con el Espíritu del perdón los pecados de nuestros hermanos y les ayudamos a llevar su cruz. Que la unción sacerdotal nos vaya convirtiendo en luz del mundo mientras predicamos con unción el Evangelio como nos mandó el Señor enseñando a guardar todo lo que Él nos dijo. Que la unción sacerdotal unja nuestro tiempo y el uso que hacemos de él para que se convierta en "tiempo de gracia" para nuestros hermanos, mientras seguimos -al ritmo eclesial del Breviario- el curso ordinario de la vida que el Señor nos da" (J. Bergoglio, homilía de la Misa Crismal 2002).

4. Nuestra misión es evangelizar, poner el Evangelio en el corazón de los hombres y en las entrañas del mundo y, desde dentro, transformar la humanidad (cfr. EN, 19). Evangelizar es, en definitiva, hacer que Jesucristo sea real en la vida del hombre, esa realidad que es encuentro que transforma, por eso la buena noticia de Jesucristo cura. Nos decía Isaías que el Espíritu nos envía a curar los corazones desgarrados. Esta misión nos toca y nos interpela en este momento de modo especial. Estos días siento en el corazón la llamada: "consuela a mi pueblo". Esta llamada se ve hoy iluminada por las palabras del profeta: "para consolar a los afligidos, para dar a los afligidos de Sion una diadema en lugar de cenizas, perfume

de fiesta en lugar de duelo, un vestido de alabanza en lugar de un espíritu abatido" (61,2-3).

¿Quién nos iba a decir cuando comenzamos este año dedicado a la caridad que el Señor pondría ante nosotros nuevos rostros de la pobreza? ¿Cómo pensar que la caridad tendría que hacerse bálsamo de consuelo, mensaje de esperanza, anuncio de que no estamos solos? Ahora estamos llamados a vivir la caridad, a llevar a los que sufren el consuelo del amor de Dios. Son muchas las situaciones de sufrimiento en el cuerpo y en el espíritu que nos llaman a crear, a renovar, a vivir una nueva imaginación de la caridad en palabras de san Juan Pablo II (cfr. NMI, 50). Tendremos que responder a esta nueva llamada, y lo haremos con la luz y la fuerza del Espíritu del Señor, lo haremos con el amor que no defrauda, escuchando en comunión, y siendo dóciles a la voz de Dios. Qué oportunas suenan ahora las palabras que escribimos en nuestra Carta pastoral con motivo del Centenario de la Consagración de España al Corazón de Jesús: "El momento presente exige, quizás más que nunca, evangelizar desde el Corazón. Jesús es el Maestro que modela el corazón de los discípulos y nos invita a aprender de su Corazón manso y humilde (cfr. Mt 11,29). Necesitamos aprender del Corazón de Cristo la "lógica del corazón" (Carta "Mirar al que traspasaron", 3.1). En estos días estamos siendo testigos de muchas historias de santidad. Muchos de vosotros, hermanos sacerdotes, nos habéis ayudado con vuestra entrega y espíritu de fe a mirar este momento trágico como una oportunidad para ver a Dios, para tocarlo.

5. Hoy no haremos la renovación de las promesas sacerdotales, la haremos más adelante, cuando pueda ser; pero cada uno en su corazón sí que le puede decir al Señor: "Soy tuyo Señor, renueva en mí la gracia del sacerdocio y permíteme que me entregue siempre y sin condiciones al cumplimiento de tu voluntad". María, es compañera de nuestro camino; la madre que nos escucha y nos arroja, es consuelo y fortaleza. A Ella, Madre de los sacerdotes, encomendamos nuestra Diócesis y nuestro Presbiterio. A Ella consagramos nuestra vida.

† Ginés, Obispo de Getafe

HOMILÍA DEL OBISPO DE GETAFE,
MONS. GINÉS GARCÍA BELTRÁN

JUEVES SANTO DE LA CENA DEL SEÑOR,
9 DE ABRIL DE 2020

Basílica del Sagrado Corazón de Jesús,
Cerro de los Ángeles

Al escuchar el Evangelio de san Juan que se nos ha proclamado (13,1-15), vienen a mí las palabras del mismo Señor: "Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve" (Lc 22,27), están en el discurso de despedida del evangelio de san Lucas. Jesús se nos presenta en esta celebración como el Siervo. Su Encarnación, su vida, su Pascua es un servicio, y sólo se puede entender desde el servicio. El servicio en el Hijo de Dios es la respuesta a la llamada y al envío del Padre. Es la respuesta de amor a la necesidad de una humanidad postrada por el pecado, incapaz de acercarse a Dios, por eso Dios se acerca al hombre, le tiende la mano, lo levanta, y lo salva. En cada celebración el Señor se hace presente. Es necesario, por tanto, que lo pongamos en el centro de nuestra mirada, y, sobre todo, de nuestro corazón.

Contemplemos hoy, en cada gesto, en cada signo de nuestra celebración, a Cristo Siervo.

San Juan inaugura el relato de la Pascua con unas palabras que iluminan los misterios de la salvación que vamos a celebrar en este Triduo. Ha llegado la Hora, y Jesús: "habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo" (13,1). La Pascua es un acto de amor, es el desbordamiento del amor de Dios hasta el extremo. No nos da, se da, entrega a su propio Hijo. Es el amor en plenitud, no hay amor más grande. Y paradojas del amor, su grandeza no se revela en grandes obras sino en gestos pequeños, no se manifiesta en el poder sino en la humildad, ni en el goce humano sino en el sufrimiento en favor del otro. El amor siempre se pregunta: ¿qué puedo hacer por ti? Y Dios vio que necesitamos la salvación.

En la última cena, cuya memoria celebramos hoy, Jesús nos regala tres tesoros que permanecen para siempre, ahora en misterio, después, en el Cielo, en plenitud de visión: la Eucaristía, el sacerdocio ministerial y la caridad. Son tres realidades humildes, sólo se captan por la fe, pero son transformadoras del hombre y del mundo, son sacramentos de la presencia de Dios, en ellos se da Dios mismo, y por ellos podemos entrar en la intimidad de su vida. Los tres están contenidos en el gesto del lavatorio de los pies.

San Pablo en la primera carta a los Corintios nos transmite la tradición que procede del Señor: la institución de la Eucaristía. Con palabras sencillas nos introduce en el gran misterio de la fe. "Esto es mi cuerpo. que se entrega por vosotros. . . Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre. . . Haced esto en memoria mía" (cfr. I Cor 11,23-26).

La Eucaristía es una presencia, una presencia real y verdadera, no es un signo sin más. En la Eucaristía está Cristo, que se nos da, es alimento y fortaleza, es prenda de vida eterna. No tenemos nada más grande que la Eucaristía. Por eso, en estos momentos, vuestro corazón sufre al no poder participar plenamente en la Mesa del Señor, al no poder comulgar con su cuerpo. También nosotros sufrimos ante esta situación. Pero nuestra fe es la que supera estas adversidades, y nuestro deseo pone lo que la realidad nos niega. Con el deseo os acercáis al Señor Eucaristía, participáis en este memorial de su Pascua, comulgáis desde el deseo, espiritualmente; y, no dudéis, Jesús actualiza en vuestro corazón el sacrificio de la cruz, su salvación.

La Eucaristía es misterio de comunión. En ella se manifiesta la unidad de la Iglesia. Aunque estemos diseminados, en el misterio eucarístico vivimos realmente la comunión con Cristo y con su cuerpo que es la Iglesia. Es necesario que hoy, de un modo especial, vivamos esa unidad y renovemos nuestra comunión. ¿Qué sería nuestra Eucaristía si no se celebra en la comunión con la Iglesia? Salir de casa no podremos, pero vivir la comunión con la Iglesia nadie nos lo puede quitar.

La Eucaristía es un sacramento de caridad. Cristo se entrega por nosotros, Juan en el gesto de lavar los pies nos anuncia un gesto profundamente eucarístico. La Eucaristía es la fuente de la caridad cristiana. No somos caritativos por ser buenos, ni por una intención de hacer el bien sin más. Hacemos la caridad al dar el amor que hemos recibido de Dios, al hacer en nuestra vida lo que ha hecho Jesús por nosotros: "Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros" (Jn13,14).

Ante el gesto de Jesús, que quizás no entiendo, que me desconcierta como a Pedro, que me remueve, y hasta me molesta, no caben muchos razonamientos. Es necesario mirar el lavatorio de los pies en toda su simplicidad; la profundidad de esta actitud del Señor está en acogerla con sencillez y que me sirva de ejemplo.

Por eso, os invito a lavar los pies a los demás. Piensa en el que tienes cerca y en el que está lejos, en quien es tu amigo y en el que rechazas, desprecias, incluso es tu enemigo; piensa en tu familiar del que vives distanciado, del amigo con el que te has enfadado. Hoy es el día de lavarles los pies, de hacerte su servidor como el Señor se ha hecho el tuyo. Con diligencia quítate el manto de tu orgullo, de tu razón, de tu sentimiento ante él, cíñete la toalla del amor y ponte de rodillas. Lávale los pies, perdónalo en tu corazón, acógelo, abrázalo, verás cómo tu corazón toma la forma del de Cristo. El Señor nos ha dado ejemplo. ¿Cómo sería mi vida, el mundo, si lavara los pies a los demás?

El amor eucarístico de Cristo mira siempre a los más necesitados, a los pobres. Nosotros también tenemos que darles un lugar privilegiado en nuestras vidas. El juicio de Dios es un juicio en el amor: "Cada vez que los hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis" (Mt 25,40). Hoy en el Altar están los que sufren, los enfermos, las familias rotas por el sufrimiento, los que no tienen un hogar, o les falta lo necesario para vivir, los que son despreciados y los

que no encuentran el rostro de Dios por el pecado o por el escándalo ante la desgracia. Pero hoy quiero poner de un modo muy especial a los ancianos, a tantos hombres y mujeres que han trabajado por un mundo mejor y ahora están solos, son objeto de cálculos de conveniencia social, están desorientados, no hay quien les coja y les acaricie la mano, incluso mueren solos. Todos esos rostros de la pobreza son el rostro de Cristo.

Os invito a renovar en nosotros la caridad de Cristo y a expresarlo en gestos de caridad, especialmente, en este día. Son muchas las necesidades de este momento, y lo será aún más en los próximos meses. Que cada uno mire en qué y cómo puede colaborar en las necesidades de los demás.

Esta tarde tenemos también muy presentes a los sacerdotes. En estos días son muchos los que se entregan con gran generosidad, en primera línea de la lucha contra la pandemia, en hospitales, residencias, tanatorios, cementerios, ayuda a instituciones como voluntarios; otros, desde casa, están alentando y consolando al pueblo encomendado a nuestro cuidado. Pidamos por nuestros sacerdotes, por su fidelidad y perseverancia, para que el Señor nos conceda un corazón como el suyo, siempre mirando a su gloria y a las necesidades de los hombres.

En la última cena, en el discurso de despedida, Jesús pronuncia lo que conocemos como la oración sacerdotal. El Papa Benedicto XVI, en una Misa en la Cena del Señor decía estas palabras: "La petición más conocida de la Oración sacerdotal es la petición por la unidad de sus discípulos, los de entonces y los que vendrán (...) ¿Qué pide aquí el Señor? Ante todo, reza por los discípulos de aquel tiempo y de todos los tiempos venideros. Mira hacia delante en la amplitud de la historia futura. Ve sus peligros y encomienda esta comunidad al corazón del Padre. Pide al Padre la Iglesia y su unidad (...) La oración de Jesús nos garantiza que el anuncio de los apóstoles continuará siempre en la historia; que siempre suscitará la fe y congregará a los hombres en unidad, en una unidad que se convierte en testimonio de la misión de Jesucristo. Pero esta oración es siempre también un examen de conciencia para nosotros. En este momento, el Señor nos pregunta: ¿vives gracias a la fe, en comunión conmigo y, por tanto, en comunión con Dios? O ¿acaso no vives más bien para ti mismo, alejándote así de la fe? Y ¿no eres así tal vez culpable de la división que oscurece mi misión en el mundo, que impide a los hombres el acceso al amor de Dios? Haber visto y ver todo lo que amenaza y destruye la unidad, ha sido un elemento de la pasión histórica de Jesús, y sigue siendo parte de su pasión que se

prolonga en la historia" (Homilía de Benedicto XVI en la Misa de la Cena del Señor, 1 de abril de 2010).

Mi pensamiento se va hasta aquella mujer que no aparece en la escena, pero que sin duda estaba en la última cena de su Hijo, estaba sirviendo en el silencio; escuchaba lo que decía Jesús, y como buena discípula, lo hacía siempre, lo guardaba todo meditándolo en su corazón. Ella era mujer eucarística desde su Sí en Nazaret, es mujer de caridad que vive para los demás, que sale en busca de aquellos que la necesitan, es Madre sacerdotal que acompaña nuestro camino iluminándolo con la luz de su Hijo, Jesucristo. Ella siempre nos anima: "Haced lo que él os diga" (Jn 2,5).

† Ginés, Obispo de Getafe

HOMILÍA DEL OBISPO DE GETAFE,
MONS. GINÉS GARCÍA BELTRÁN

VIERNES SANTO DE LA PASIÓN DEL SEÑOR,
10 DE ABRIL DE 2020

Basílica del Sagrado Corazón de Jesús,
Cerro de los Ángeles

"Mirarán al que traspasaron" (19,37), con estas palabras termina san Juan su relato de la pasión. Es una invitación a mirar al Señor, a contemplar el misterio de su vida y de su muerte, a aprender la lección escondida en esta historia, que es una historia de amor, porque "nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15,13).

Jesús es el Siervo del que nos habla el profeta Isaías en su cántico (52,13-53,12), escrito varios siglos antes de Cristo, y, sin embargo, es un texto extraordinario para iluminar la imagen y el misterio del Crucificado. Al mismo tiempo, este cántico del Siervo de Yahvé pone ante nuestra mirada algunas preguntas que los hombres

se han hecho a lo largo del tiempo, y que seguirán siendo interrogantes de nuestra existencia terrena para siempre, sobre todo en momentos importantes de nuestras vidas como los que estamos viviendo.

¿Por qué hay que sufrir para llegar a la salvación?, ¿qué tiene que ver el sufrimiento con la felicidad, o con el amor?; en definitiva, en el fondo, está la pregunta: ¿por qué el sufrimiento? La respuesta, nuestra respuesta, es la Cruz. Pero, ¿acaso la existencia de otro, su pasión, su muerte, su resurrección, pueden cambiar mi vida?, ¿otro puede librarme de esa prueba del sufrimiento y de la muerte? Sólo podemos decir que estos interrogantes son nuestra vida, una vida que vemos encarnada en Cristo muerto y resucitado; por eso, al mirarlo a Él nos estamos mirando nosotros, su misterio es el nuestro, su humanidad es la nuestra, dice la carta a los Hebreos: "No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestra debilidad, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado" (4,15). Ante la imagen del Crucificado podemos pasar de largo, pensar que es una necesidad o una maldición, pero esto no evita la pregunta, ni llega a ninguna respuesta que verdaderamente llene el corazón del hombre.

La liturgia de esta tarde nos ayuda a entrar en el misterio de la condición humana, de sus fracasos, de su destino, mirando al que traspasaron. La Palabra de Dios, la meditación contemplativa, la veneración de la cruz, la oración haciendo presentes las cruces del mundo, la comunión con Cristo son una luz que haremos bien en acoger.

Jesús crucificado es la respuesta. Su fracaso es nuestra victoria. Él no es un triunfador según el mundo, no responde a los perfiles del éxito humano; por el contrario, es despreciado y evitado por los hombres, ha perdido la figura y no tiene aspecto humano, no parece un hombre. Es varón de dolores. Cargó con nuestros crímenes, y el castigo que era merecido nuestro lo recibió él que ocupó nuestro lugar, el peso de la cruz es el peso de nuestras cruces, y así hasta la muerte, "lo arrancaron de la tierra de los vivos, por lo pecados de mi pueblo lo hirieron" (Is 53,8). Bajó hasta el reino de la muerte, hasta los infiernos, como confesamos en el Credo. Y todo lo hizo libremente, conscientemente, asumiendo que siendo inocente pagó por los culpables.

¿Qué sentido tiene este camino?, ¿cómo nos puede salvar así? Por amor, por puro amor. Se ha identificado con nuestra humanidad, con nuestros dolores y

sufrimiento, ha cargado con nuestras culpas, todo por nosotros, por ti y por mí. Su victoria está en que todo lo ha hecho por amor. Y esto es lo único que nos puede liberar del aguijón del pecado que se manifiesta en el sufrimiento y en la muerte: el amor de Dios. Sus cicatrices nos han curado (cf. 53,5). El sufrimiento, el dolor, la muerte son una realidad en la vida del hombre, el amor de Dios manifestado en Cristo muerto y resucitado la ilumina y le da sentido.

La muerte de Cristo ha dado su fruto; una multitud ha tomado parte en su salvación, nos dice el profeta. En este sentido, hay una imagen preciosa en el evangelio de san Juan que revela el nacimiento de esa nueva humanidad: el costado abierto del Señor (cfr. Jn 19,34).

Cuando vieron los soldados que Jesús estaba muerto, con una lanza, le traspasaron el costado, "y al punto salió sangre y agua" (19,34). Como del costado del primer Adán nació Eva, del costado del nuevo Adán, Cristo, ha nacido su Esposa, la Iglesia. En el nuevo Adán dormido se da una nueva creación, todo vuelve a la bondad y belleza originales. La Iglesia nace del costado abierto del Señor. Es su muerte, su amor entregado por nosotros el que se hace fecundo. Así, cuando en el sufrimiento no nos encerramos en nosotros mismos, cuando hacemos de nuestra vulnerabilidad un acto de entrega a los demás, el mismo sufrimiento se hace fecundo, encuentra un por qué, y aunque sea difícil de entender, se hace fecundo. Nuestra existencia, como la de Cristo, adquiere todo su sentido, por encima del mal y el sufrimiento, cuando nos damos cuenta de que somos hombres para los demás.

"Hacerse cristiano significa hacerse hombre, llegar a la humanidad verdadera, al ser- para-los-demás y al ser-a-partir-de- Dios. El costado abierto del crucificado, la herida mortal del nuevo Adán, es el punto de partida del verdadero ser humano del hombre: mirarán al que traspasaron" (J. Ratzinger, La muerte de Cristo. Meditaciones sobre la Semana Santa, pág. 12).

No quisiera, queridos hermanos, que mis palabras nos distrajeran de la contemplación del Crucificado que ha de ser nuestra actitud en este momento, junto con el silencio ante lo que ven nuestros ojos y siente nuestro corazón.

Quedemos ahora junto a la cruz del Señor, con la Madre dolorosa, con la Iglesia que contempla y acompaña al Esposo dormido. Contemplemos en silencio esta historia de amor fecundo, y acompañemos tantas cruces que hoy llenan la tierra

y que hacen presente el acontecimiento del Calvario. Que el silencio del Sábado Santo sea ya el anuncio de la resurrección.

Hay una escena del Evangelio (Mc 4,35-40) que anticipa el silencio del Sábado Santo, y que el Papa Francisco ha querido elegir para mirar a este presente de la pandemia del Covid-19 que nos angustia: Jesús durmiendo en la barca zarandeada por la tormenta y en peligro de naufragar. En Jesús dormido encontramos la fuerza: "Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere. El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual" (Francisco, Homilía en la oración extraordinaria con motivo de la pandemia del Covid-19, 27 de marzo de 2020).

† Ginés, Obispo de Getafe

HOMILÍA DEL OBISPO DE GETAFE,
MONS. GINÉS GARCÍA BELTRÁN

VIGILIA PASCUAL EN LA NOCHE SANTA,
11 DE ABRIL DE 2020

Basílica del Sagrado Corazón de Jesús,
Cerro de los Ángeles

El anuncio de la resurrección del Señor es la buena noticia que llena la tierra y la transforma. Si Cristo ha resucitado, nuestra vida adquiere sentido y confirma la esperanza de que también nosotros resucitaremos.

La oscuridad de esta noche se ve iluminada por la luz que es Cristo resucitado, vencedor del pecado y de la muerte. Como hemos cantado en el pregón pascual, la tierra entera se goza de tanta claridad, porque las tinieblas han sido disipadas. También la Iglesia, nuestra madre, canta la victoria de su Esposo y siente en lo más profundo el amor que le ha dado vida.

Hemos escuchado, con gran emoción, que en medio de la noche se hizo luz, porque no hay oscuridad ni sombra de muerte que no sea iluminada por la victoria de Cristo. "Necesario fue el pecado de Adán, que ha sido borrado por la muerte de Cristo. ¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!" (Pregón pascual).

Esta noche encierra el misterio de la resurrección: "Sólo ella conoció el momento en que Cristo resucitó de entre los muertos" (Ibid.). Podemos preguntarle a la noche de dónde brotó la luz que la ilumina para siempre. Sí, podemos preguntar a la noche del mundo, a la noche del sufrimiento que padecemos por la pandemia, a la noche de nuestra vida. La noche del sentido, aunque cueste creerlo, encierra ya el secreto de la victoria. Y es que la noche es tiempo de salvación.

1. Al amanecer del primer día de la semana, el día de la creación, fueron las mujeres, a las que nos les había flaqueado el amor por Jesús, al sepulcro, y vieron a un ángel y la piedra del sepulcro corrida, nos cuenta el Evangelio (cfr. Mt 28,1-10). Ellas, las que no han dejado que les roben la esperanza, son las primeras testigos de la resurrección. Verán el lugar, pero también verán al mismo Resucitado. Hay un mensaje que se repite: "No temáis". En la resurrección no hay lugar al temor. Teme el que no confía, teme el que se queda en la oscuridad, teme el que no cree posible la esperanza.

Jesús no está en la tumba, ¡ha resucitado! Lo anunció y se ha cumplido. Esta buena noticia lleva en sí el fuego misionero. La resurrección no es sólo para nosotros, es para comunicarla, para llevarla a los demás. Tanto gozo no puede quedar encerrado en nosotros como Cristo no quedó encerrado en una tumba. La resurrección es una fuerza imparable, "no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección" (EG, 276).

El evangelista san Mateo nos transmite también los sentimientos de las mujeres ante el anuncio de la resurrección, cuando con sus propios ojos ven que la tumba está vacía; estaban "llenas de miedo y de alegría", dice. Tenían miedo porque el hecho de la resurrección las desborda, nos desborda; surge el miedo

ante la grandeza de lo que humanamente nos supera, pero la alegría que vive junto al miedo abre el camino de la fe, es el deseo que les ha llevado a la búsqueda y, esta, al encuentro. El mismo Jesús sale a su encuentro y les llama a la alegría, dejando a un lado el temor. ¿Por qué han de temer si Él va con los discípulos, y los antecede en la misión?

Jesús envía a las mujeres, las hace apóstoles de la resurrección: "id a comunicar a mis hermanos". Como dice santo Tomás de Aquino, entre otros pensadores cristianos, María Magdalena es "apóstol de los apóstoles"(Super Ioannem", 2519).

Hay un detalle que aparece en los relatos pascuales, como aparece en el texto evangélico que hemos proclamado: el resucitado es el crucificado. No son dos personas distintas. "Ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí: ¡ha resucitado!". Este dato es verdaderamente importante. De la muerte nace la resurrección, Cristo ha resucitado de entre los muertos, nosotros también de la muerte pasaremos a la vida.

En la historia del pensamiento se ha querido ver la muerte como la soledad absoluta, la oscuridad en la que no tenemos la compañía de los demás, por eso, la muerte eterna, el infierno, sería la soledad total, la ausencia absoluta del amor. Es la muerte que muchas veces experimentados también en esta vida, y que ha conformado el alma de muchos de nuestros contemporáneos. Pero esta soledad ha sido superada cuando Cristo se ha encontrado con ella y la ha convertido en abrazo salvador; y el infierno ha sido vencido desde que el amor ha entrado en el reino de la muerte y ha habitado la soledad del hombre. Cristo lo ha hecho por nosotros, para darnos el don de la vida eterna; por eso, si rechazo el amor de Dios, el amor que me salva, podré experimentar la muerte eterna.

El mal no tiene la última palabra, la escena trágica de la vida terrena del hombre es sólo el escenario donde el mal se resiste a ser aniquilado, pero el amor de Dios no se deja vencer. Se abre paso la esperanza que espera a pesar de todo, espera porque confía porque ha experimentado la victoria de Cristo que le confirma que el amor es más fuerte que la muerte.

2. Pero, ¿cómo experimentar esta victoria en mi vida sin que se quede sólo en palabras, o en una bonita teoría? Por el bautismo. Hemos escuchado a san Pablo en la carta a los Romanos: "Pues si hemos sido incorporados a él -a Cristo- en una muerte como la suya, lo seremos también en una resurrección como la suya" (Rm 6,5). El Bautismo nos incorpora a Cristo y nos destina a compartir su Pascua, nos hace herederos del Cielo. Si Cristo que es la cabeza ha resucitado, nosotros que somos su cuerpo también resucitaremos. Por el Bautismo, la resurrección nos ha alcanzado.

La Vigilia Pascual es el momento de la renovación de las promesas bautismales, también es la noche en que un grupo de catecúmenos adultos reciben los sacramentos de la Iniciación Cristiana. Es un momento fuerte de fe. El testimonio de la conversión de hombres y mujeres con historias muy diferentes que han descubierto a Cristo y quieren incorporarse a su nueva vida es un regalo. Vienen de un proceso de catequesis realizado con esmero en nuestras parroquias, donde les han mostrado la belleza de la fe en Cristo; vienen como niños ilusionados por la nueva vida que se les regala. Recuerdo a aquel catecúmeno que me decía: siempre, por tradición religiosa familiar, busqué la fuente del amor, entonces conocí a Cristo y me di cuenta que en Él está la fuente del amor. Otra catecúmena conoció y aprendió a amar al Señor por la Virgen, María la llevó a Cristo. Este año no podremos celebrar estos sacramentos, lo haremos más adelante, pero esta noche los tenemos muy presentes, pedimos por ellos para que su fe se fortalezca y anhelen el momento de incorporarse a Cristo por el Bautismo.

Nosotros, queridos hermanos, vamos a renovar las promesas del Bautismo y vamos a profesar la fe. La fe que recibimos en el Bautismo es algo siempre nuevo y siempre actual. Que hoy renovemos junto a la fe nuestra vida, que muramos al hombre viejo para renacer a la nueva vida del Resucitado, que pidamos a Dios, nuestro Padre, que seamos santos como él es Santo.

El culmen de nuestra celebración será la Eucaristía, donde el Señor resucitado se hace real y verdaderamente presente. Cristo, que vive para siempre, se nos da en alimento para que vivamos en Él; quiere habitar en nosotros y fortalecer nuestra vida. La Resurrección del Señor se actualiza en la Eucaristía que es ya prenda de la vida eterna. "El que coma de este pan vivará para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo" (Jn 6, 51). Celebrar la Eucaristía es celebrar la vida, es llenar el mundo de vida.

"Junto a cada uno de nosotros estará siempre María, como estuvo presente entre los Apóstoles, temerosos y desorientados en el momento de la prueba. Teniendo su misma fe Ella nos mostrará, más allá de la noche del mundo, la aurora gloriosa de la resurrección" (San Juan Pablo II, Homilía en la Vigilia Pascual, 2003).

† Ginés, Obispo de Getafe

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DEFUNCIONES

- **D. Luis Hernández Pérez**, sacerdote diocesano, falleció el jueves 2 de abril de 2020, a los 88 años de edad, en la residencia Madre Maravillas, en Perales del Río (Getafe) donde ejercía como capellán. Era natural de Prados Redondos (Guadalajara) donde nació el 30 de abril de 1931. Fue ordenado de sacerdote el 14 de junio de 1957, en Madrid, e incardinado en la Diócesis de Getafe el 12 de octubre de 1991.

Desde el año 1992 hasta 2001 fue párroco en la Parroquia Santos Justo y Pastor, en Perales del Río. Destacó por su gran labor social en favor del desarrollo de su barrio y de su gente; luchó por el derecho a una vivienda digna y a la educación. D. Basílides Merino Santos, falleció el 2 de abril de 2020, a la edad de 91 años, en Madrid. Tenía 16 hijos y era abuelo del sacerdote diocesano Javier Merino López, vicario parroquial en la parroquia San Martín Obispo, en San Martín de Valdeiglesias. Dña. Avelina RubioRubio falleció el 6 de abril, a los 96 años de edad en Zaragoza. Era viuda y madre de tres hijos, entre ellos el sacerdote diocesano José Plou Rubio, vicario parroquial en la parroquia Nuestra Señora del Carrascal, en Leganés.

- **Dña. María Jesús Peña Seco**, religiosa de la Sagrada Familia de Burdeos falleció en Pinto, el 7 de abril, a los 89 años de edad y 65 de vida religiosa.

• **Madre M^a Carmen Serrano Fernández**, religiosa concepcionista franciscana, falleció el 10 de abril de 2020, en el Real Convento de San Pascual, en Aranjuez, a los 95 años, y 70 de vida consagrada. Era natural de Aranjuez.

• **D. Daniel Verdúñez**, primo del vicario general José María Avendaño, falleció el 11 de abril, Domingo de Resurrección, en Alcorcón, a los 75 años de edad. Era catequista de adultos de la primera Comunidad del Camino Neocatecumenal en la parroquia San Saturnino, en Alcorcón. Deja viuda y tres hijos.

• **D. Luis Álvarez de las Asturias Bohórquez**, padre de María Álvarez de las Asturias, vocal del Patronato de la Fundación Jesús y San Martín (Getafe), falleció el 16 de abril, a los 80 años de edad. María Álvarez de las Asturias, fue Vicepresidenta del Patronato (2007-2014) y Tesorera (2014).

• **D. José Rufino Redondo Troyano** falleció el 23 abril en Getafe, a los 82 años de edad. Deja viuda y cuatro hijos, uno de ellos el sacerdote Fernando Redondo Pavón, párroco en la parroquia San Fortunato, en Leganés, y delegado diocesano de Migraciones

• **P. Ángel Montaldo**, religioso somasco, falleció el 27 de abril de 2020, en Narzole (Italia) a los 85 años de edad. Fue Superior del Colegio Apóstol Santiago, en Aranjuez, de 1972 a 1975.

Señor Dios, que has abierto las puertas de la vida por medio de tu Hijo vencedor de la muerte, concede a todos nuestros hermanos difuntos resucitar en el reino de la luz y de la vida.



Conferencia Episcopal Española

NOTA DE LA COMISIÓN EJECUTIVA ANTE LA PANDEMIA, EN EL DOMINGO DE RAMOS

La Comisión Ejecutiva de la Conferencia Episcopal Española ha hecho pública una nota en relación a la situación de alarma que ha provocado la pandemia y con motivo de la celebración de la Semana Santa.

En la nota, los miembros de la Comisión Ejecutiva señalan que "queremos mostraros nuestro gran afecto y dirigiros con sencillez una palabra de ánimo y esperanza, apoyándonos confiadamente en Dios. Somos discípulos de un Dios que tiene entrañas: se conmovió por Lázaro, su amigo fallecido, por el hijo de la viuda o la hija del centurión, consoló a los tristes y curó a los enfermos y dio su vida en la Cruz para ofrecernos una vida nueva y eterna, como celebramos en la Semana que se inicia este Domingo de Ramos".

En esta situación desconcertante, para la que nadie estaba preparado, los obispos señalan que "estamos viendo múltiples historias de santidad y variados ejemplos de entrega y heroísmo que muestran cómo el ser humano es capaz de superar grandes desafíos sirviendo a los demás con amor, generosidad, fortaleza y

sacrificio". Al mismo tiempo reconocen y agradecen "la entrega generosa de los profesionales de la salud plenamente volcados en la atención médica y humana a los enfermos, así como a los equipos de investigación que buscan soluciones a la pandemia. También queremos mostrar nuestra cercanía y apoyo a los ancianos y quienes viven en las residencias de mayores. A ellos, garantes de nuestra sabiduría e historia, debemos todo en nuestra vida y es el momento de devolver tanto amor y sacrificio. Nuestro agradecimiento a quienes se empeñan vivamente en cuidarles con cariño y esmero".

En su nota, agradecen también a los sacerdotes, diáconos, consagrados y laicos por su dedicación pastoral: celebrando la Eucaristía, atendiendo a las familias y a las personas que viven solas, acompañando a los enfermos; así como a los monasterios de vida contemplativa que mantienen viva la llama de la esperanza con su oración. En especial aprecian "la disponibilidad incansable de los presbíteros y agentes de pastoral para acompañar estos difíciles momentos y sostener a las familias en el duelo con esperanza cristiana" en los cementerios y en los hospitales y se preguntan si, en estos momentos, "no sería posible producir en nuestro entorno más equipos de protección que, además de proteger al personal sanitario, permitiera la presencia de los familiares más cercanos y la debida asistencia espiritual".

En lo que se refiere a la atención a los enfermos, los obispos recuerdan el mensaje de la Pontificia Academia para la vida que señala la igual dignidad de toda vida humana, y que el tratamiento a cada persona *"no se puede basar en una diferencia en el valor de la vida humana y la dignidad de cada persona, que siempre son iguales y valiosísimas. La decisión se refiere más bien a la utilización de los tratamientos de la mejor manera posible en función de las necesidades del paciente... La edad no puede ser considerada como el único y automático criterio de elección"*.

Al agradecimiento a todas las familias y los trabajadores de los diversos sectores "que hacen posible que nuestras vidas puedan seguir adelante", los obispos de la Comisión Ejecutiva unen su preocupación por la situación de los "más vulnerables, empobrecidos y en riesgo de exclusión" para los que pide y agradece el apoyo de "benefactores, colaboradores y voluntarios por su generosa caridad". Al mismo tiempo señalan "gran herida en el campo económico, laboral y social del país" y la necesidad de un "el esfuerzo por paliar con altura de miras y sin intereses

particulares las consecuencias de esta pandemia que genera sufrimiento y pobreza. Para salir de esta crisis vamos a necesitar más que nunca la colaboración estrecha entre el sector público y el privado, entre las instituciones civiles y religiosas. Hacemos un llamamiento a una alianza de toda la sociedad y sus instituciones en favor de este gran proyecto común", para lo que "ofrecemos nuestros recursos humanos y materiales para hacer frente a este desafío. Juntos podremos superarlo y vislumbrar el futuro con esperanza".

Los obispos concluyen con "una llamada a la esperanza, fundada en la resurrección del Señor y en su promesa: *"Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo"* (Mt 28,20)".

Nota de la Comisión Ejecutiva de la CEE

1. "Tú que habitas al amparo del Altísimo, di al Señor: Dios mío, confío en ti" (Sal 90, 1-2). En estos tiempos de extrema dureza, queremos mostraros nuestro gran afecto y dirigiros con sencillez una palabra de ánimo y esperanza, apoyándonos confiadamente en Dios. Somos discípulos de un Dios que tiene entrañas: se conmovió por Lázaro, su amigo fallecido, por el hijo de la viuda o la hija del centurión, consoló a los tristes y curó a los enfermos y dio su vida en la Cruz para ofrecernos una vida nueva y eterna, como celebramos en la Semana que se inicia este Domingo de Ramos.

2. Vivimos un tiempo desconcertante para el que no estábamos preparados. Sin embargo, en medio de la prueba que supone esta difícil situación, estamos viendo múltiples historias de santidad y variados ejemplos de entrega y heroísmo, que muestran cómo el ser humano es capaz de superar grandes desafíos, sirviendo a los demás con amor, generosidad, fortaleza y sacrificio. Son como "ángeles a quienes Dios ha dado órdenes para que te guarden en sus caminos"(Sal 90, 11).

3. A los enfermos y sus familias os hacemos llegar nuestro afecto y oración por vuestra pronta recuperación. Reconocemos con gratitud la entrega generosa de los profesionales de la salud, plenamente volcados en la atención médica y humana a los enfermos, así como la de los equipos de investigación que buscan soluciones a la pandemia. También queremos mostrar nuestra cercanía y apoyo a los ancianos y a quienes viven en las residencias de mayores. A ellos, garantes de nuestra sabiduría

e historia, les debemos todo en nuestra vida y es el momento de devolver tanto amor y sacrificio. Nuestro agradecimiento a quienes se empeñan vivamente en cuidarles con cariño y esmero.

4. Las precauciones para evitar el contagio dificultan el acompañamiento familiar a los moribundos, lo que produce un sufrimiento mayor. ¿No sería posible producir en nuestro entorno más equipos de protección que, además de proteger al personal sanitario, permitieran la presencia de los familiares más cercanos y la debida asistencia espiritual? Sin duda, son momentos para acrecentar nuestra fe: Dios nos acompaña en el camino hacia la morada definitiva. Multitud de sacerdotes ungen a los enfermos y celebran la Eucaristía por el descanso eterno de los fallecidos, ofreciendo consuelo a sus familiares y amigos. En estos difíciles momentos, resulta preciosa la disponibilidad incansable de los presbíteros y agentes de pastoral para acompañar y sostener a las familias en el duelo con la esperanza cristiana. Todos estamos llamados en este momento a consolar. El Señor nos pide consolar a su pueblo y hacerle presente con el bálsamo de la misericordia, que se puede expresar en gestos pequeños: una llamada, un mensaje, una oración.

5. La avalancha de contagios pone a prueba la capacidad asistencial de la red sanitaria. En este sentido, la Pontificia Academia para la vida nos dice: "tras haber hecho todo lo posible a nivel organizativo para evitarse el racionamiento, debe tenerse siempre presente que la decisión no se puede basar en una diferencia en el valor de la vida humana y la dignidad de cada persona, que siempre son iguales y valiosísimas. La decisión se refiere más bien a la utilización de los tratamientos de la mejor manera posible en función de las necesidades del paciente [...]. La edad no puede ser considerada como el único y automático criterio de elección, ya que si fuera así se podría caer en un comportamiento discriminatorio hacia los ancianos y los más frágiles. [...] El racionamiento debe ser la última opción. La búsqueda de tratamientos lo más equivalentes posibles, el intercambio de recursos, el traslado de pacientes son alternativas que deben ser consideradas cuidadosamente, en la lógica de la justicia. La creatividad también ha sugerido soluciones en condiciones adversas que han permitido satisfacer las necesidades, como el uso del mismo respirador para varios pacientes. En cualquier caso, nunca debemos abandonar al enfermo, incluso cuando no hay más tratamientos disponibles: los cuidados paliativos, el tratamiento del dolor y el acompañamiento son una necesidad que nunca hay que descuidar" (Pandemia y fraternidad Universal, Nota sobre la emergencia Covid-19, 30 de marzo de 2020).

6. Nuestra gratitud a los sacerdotes, diáconos, consagrados y laicos por su dedicación pastoral: celebrando la Eucaristía y orando por tantas necesidades, atendiendo a las familias y a las personas que viven solas, acompañando a los enfermos y sus familiares, impulsando obras educativas y sociales, sirviendo generosamente en los hospitales y residencias de mayores, alentando a los profesionales sanitarios y a los voluntarios, trabajando en programas y centros de atención a los más necesitados y vulnerables de la sociedad. No nos olvidamos tampoco de los monasterios de vida contemplativa que con su oración ante Dios mantienen viva la llama de la esperanza.

7. Agradecemos el esfuerzo de las familias que vuelven a mostrarse como el principal apoyo en toda circunstancia; también el de tantos voluntarios que se entregan al servicio de los demás; y el de las fuerzas y cuerpos de seguridad, bomberos, transporte sanitario, farmacéuticos, empresas y empleados de servicios básicos y multitud de trabajadores que hacen posible que nuestras vidas puedan seguir adelante. Como nos decía el Papa Francisco: "Es la vida del Espíritu capaz de rescatar, valorar y mostrar cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes - corrientemente olvidadas- que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia [...] (estas personas) comprendieron que nadie se salva solo" (Homilía en la oración por la Pandemia, 27 marzo 2020).

8. La pandemia agrava el sufrimiento de los más vulnerables, empobrecidos y en riesgo de exclusión. La ayuda de la Iglesia operada por las Caritas diocesanas y parroquiales, junto a otras instituciones de Iglesia y entidades sociales se multiplica para socorrer eficazmente a quienes se ven sumidos en pobreza materiales, familiares y sociales. Vaya nuestro apoyo a los benefactores, colaboradores y voluntarios por su generosa caridad, al mismo tiempo que llamamos a la contribución y participación de todos. La fraternidad alumbra esperanza, cada gesto cuenta.

9. La crisis sanitaria ha abierto una gran herida en el campo económico, laboral y social del país. Reconocemos a los poderes públicos, empresas, trabajadores, organizaciones empresariales, laborales y sociales, instituciones educativas y medios de comunicación el esfuerzo por paliar, con altura de miras y sin intereses particulares, las consecuencias de esta pandemia que genera sufrimiento y pobreza. Para salir de esta crisis vamos a necesitar más que nunca la colaboración


estrecha entre el sector público y el privado, entre las instituciones civiles y religiosas. Hacemos un llamamiento a una alianza de toda la sociedad y sus instituciones en favor de este gran proyecto común.

10. La pandemia no conoce fronteras y por eso requiere particularmente una responsable y generosa colaboración, tanto a nivel nacional como internacional. Es necesario que esta ayuda alcance a países menos o poco desarrollados cuya situación se ve seriamente agravada por esta situación. Ofrecemos nuestros recursos humanos y materiales para hacer frente a este desafío. Juntos podremos superarlo y vislumbrar el futuro con esperanza. Como nos decía el Papa en su homilía de la vigilia en Roma: "todos llamados a remar juntos [...] no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino solo juntos" (Homilía en la oración por la Pandemia, 27 marzo 2020).

11. La oración constante y la confianza en la misericordia providente de Dios acrecienta nuestra fe, esperanza y caridad: "Lo protegeré porque conoce mi nombre; me invocará y lo escucharé" (Sal 90, 14-15). La Eucaristía es la oración por excelencia que nos compromete a servir a los demás. Aunque en este tiempo no podamos participar del modo habitual en la Eucaristía, el Señor se hace presente en medio de nosotros como lo hizo con sus discípulos en el cenáculo estando las puertas cerradas (cfr. Jn 20, 19).

12. Concluimos con una llamada a la esperanza, fundada en la resurrección del Señor y en su promesa: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,20). Nos encomendamos a la intercesión materna de la Virgen María. Pongámonos todos en sus manos amorosas y acojamos su invitación: "haced lo que Él os diga" (Jn 2, 5). Vivamos en la fe y en el amor. Os saludamos con gran afecto y nuestra fraterna bendición.

5 de abril de 2020, Domingo de Ramos



LA IGLESIA ESPAÑOLA LLAMA A LA SOLIDARIDAD CON MOTIVO DEL DÍA DEL AMOR FRATERNO

En pleno impacto sanitario y social de la pandemia del coronavirus, que está causando una grave precariedad social y un intenso sufrimiento en tantas familias de nuestro país, la Iglesia española, a través de Cáritas, la Conferencia Episcopal y los medios de comunicación Cope, TRECE y Ecclesia invitan a vivir la Semana Santa en clave de fraternidad con todos los afectados.

La celebración del Día del Amor Fraterno en el día de Jueves Santo es un momento privilegiado, en estos días que celebramos como Iglesia la pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, para llamar a vivir la fraternidad y hacer vida real el mandamiento nuevo del amor.

La fraternidad alumbra la esperanza

Hay formas concretas de expresar esa solidaridad y cercanía con todos aquellos que atraviesan por circunstancias difíciles a causa del coronavirus.

Una de ellas es el gesto que Cáritas y la Conferencia Episcopal proponen para el día de Jueves Santo bajo el lema **"La fraternidad alumbra la esperanza"**. Se trata de encender una vela en el momento de compartir la cena, acompañado de una oración-bendición.

Con este gesto se invita a unirse a Jesús en su Última Cena y a todos por los que Él se entrega. En un día donde, a causa del aislamiento, sólo hemos podido celebrar la Eucaristía de manera virtual, este gesto nos ayudará a sentirnos, si cabe, más unidos entre nosotros, más en común-unión con todos y con toda la Humanidad sufriente por esta pandemia global. Al encender una vela, nos unimos en comunidad fraterna y alumbramos la Pascua que esperamos.

Apoyo económico a las personas más vulnerables

Otro gesto a través del cual es posible expresar en el Día del Amor Fraternal esa cercanía solidaria con los afectados ante el impacto del coronavirus es canalizar ese compromiso a través del apoyo económico a la campaña de emergencia **"Cada gesto cuenta"** lanzada por Cáritas para apoyar las necesidades más urgentes de las personas en situación más vulnerable.

Son innumerables las iniciativas solidarias que todas las 70 Cáritas Diocesanas de España y **cada una de las Diócesis** están desarrollando, bajo el lema "La Caridad No Cierra" para acompañar las necesidades básicas de quienes se encuentran en condiciones de mayor precariedad, como son, entre otros, las personas sin hogar, los mayores o las familias con escasos recursos.

Los efectos del Covid-19 en las condiciones económicas y sociales del país están siendo muy intensos y todo indica que, debido a la crisis de empleo en ciernes y la falta de ingresos a la que ya se enfrentan cientos de miles de familias, las demandas de apoyo urgente van a multiplicarse. En ese escenario, los esfuerzos de acompañamiento de Cáritas estarán, como en ocasiones recientes, allí donde las necesidades de las personas más frágiles sean mayores.

Hacer memoria para amar sirviendo

Cada Jueves Santo, la Iglesia hace memoria agradecida de la Última Cena de Jesús con sus discípulos y de esa experiencia radical del amor fraterno que Jesús quiso expresar en el gesto del lavatorio de los pies, que es expresión del amor hecho servicio.

No hay amor si no se aprende a conjugar el verbo servir, si no se está dispuesto a despojarse de todo aquello que estorba, sin ponerse a los pies de aquel que nos necesita.

En este Día del Amor Fraterno de 2020, cuando Jesús nos invita a sentarnos a su mesa, a compartir el pan y la vida, a aprender la lección del servicio, es el momento en el que este servicio debemos centrarlo de forma concreta en los golpeados por el coronavirus y, especialmente, en quienes están en situación de mayor vulnerabilidad y exclusión social ante la pandemia.

Algunas actitudes para vivir la fraternidad

Dentro de la llamada que Cáritas y la Conferencia Episcopal lanzan para vivir este año la jornada del Amor Fraterno potenciando el valor de la acogida, se apuntan algunas actitudes que pueden ayudar a vivir el amor fraterno:

- **Mirada** atenta para descubrir la necesidad del otro, comenzando por aquellos con quienes compartimos el hogar y el confinamiento.
- **Humildad** para reconocer la propia vulnerabilidad y acoger el cariño y la cercanía del otro.
- **Ayuda mutua.** Es la hora de una fraternidad inteligente, ejemplar y creativa para superar el individualismo y descubrir que nos necesitamos todos.
- **Compasión.** Sentir con el otro y estar al lado compartiendo desalientos y esperanzas.
- **Responsabilidad** para cuidarse y cuidar al otro, asumiendo las consecuencias de las propias acciones.

- **Gratuidad.** Amar es dar, es dar-se, ofrecer lo que soy y tengo, aunque parezca insignificante.
- **Acompañar** como expresión del amor hecho servicio generoso, entregado y cercano.
- **Orar** contemplando a Cristo en su Cruz y mirando con ternura a todos los que sufren.
- **Esperanza**, la que viene de Cristo resucitado, que ilusiona y abre al futuro porque con la Pascua llegan días de salvación y alegría.

Oración-bendición

Asimismo, y con objeto de acompañar el encendido de una vela en el momento de compartir la cena, Cáritas y la Conferencia Episcopal proponen una oración-bendición:

*Gracias Señor, porque nos amaste hasta el final,
hasta el extremo que se puede amar: dar la vida por otro.*

*Gracias Señor, porque en la última cena
partiste tu pan y vino, para saciar nuestra hambre y nuestra sed...*

*Gracias Señor, porque en la Eucaristía nos haces UNO contigo,
nos unes a tu vida, en la medida en que estamos dispuestos
a entregar la nuestra...*

*Gracias Señor, porque en el pan y el vino
nos entregas tu vida y nos llenas de tu presencia.*

*Gracias Señor, porque quisiste celebrar tu entrega, en torno a una mesa
con tus amigos, para que fuesen una comunidad de amor.*

*Bendice nuestra cena, Señor; bendice a nuestros hermanos más frágiles
y enfermos con quienes hoy nos sentimos especialmente unidos;
que la fraternidad alumbre para ellos la esperanza.
AMEN.*

Cuentas "EMERGENCIA COVID 19" #CadaGestoCuenta #AmorFraterno

SANTANDER ES62 0049 1892 62 2313290223

CAIXABANK ES71 2100 2208 3402 0031 3871

BANKIA ES16 2038 1010 6460 0068 7202

SABADELL ES37 0081 0216 7700 0131 5935

Bizum Donativos con el código 00089

Teléfono de donaciones: 900.33.99.99

CONDOLENCIA POR EL FALLECIMIENTO DE D. RIAY TATARY

La Conferencia Episcopal Española ha enviado esta mañana su condolencia a la Comisión Islámica de España por el fallecimiento de su Presidente, D. Riay Tatary Bakry. La carta, firmada por Mons. Luis Argüello, secretario general de la CEE, y Mons. Adolfo González Montes, presidente de la Subcomisión Episcopal para las Relaciones con las Confesiones, la CEE transmite su más profundo pesar y pide "al Dios Altísimo, Clemente y Misericordioso, que lo acoja en el Paraíso, le recompense, y le dé la paz". Al mismo tiempo, imploran "el consuelo y la esperanza para sus familiares, amigos y para toda la Comunidad Islámica".

Texto completo

Estimados amigos:

Al conocer la noticia del fallecimiento de D. Riay Tatary Bakry, Presidente de la Comisión Islámica de España, en estos momentos trágicos que estamos viviendo todos, deseamos manifestarles nuestro más profundo pesar, en nombre del

Presidente de la Conferencia Episcopal, de todo el Episcopado español y del nuestro propio.

Pedimos al Dios Altísimo, Clemente y Misericordioso, que lo acoja en el Paraíso, le recompense, y le dé la paz, al tiempo que imploramos el consuelo y la esperanza para sus familiares, amigos y para toda la Comunidad Islámica.

Un cordial saludo

† Luis J. Argüello García
† Adolfo González Montes

LA COMISIÓN EJECUTIVA INVITA A LA CORRESPONSABILIDAD Y GENEROSIDAD ECONÓMICA ANTE LA PANDEMIA

La Comisión Ejecutiva ha remitido una carta a los obispos en la que les invita a entregar, junto a sus sacerdotes, una parte de su sueldo o una aportación fija durante un tiempo determinado para ayudar a quienes más sufren la crisis económica. Esta iniciativa se hace extensiva a toda la comunidad cristiana.

También señalan su preocupación por la economía de las diócesis y parroquias ante la interrupción de las colectas y la previsión de una disminución de los ingresos habituales y de la asignación tributaria en los próximos ejercicios. Ante estas circunstancias, llaman a todos a asignar en favor de la Iglesia en la declaración de la Renta. Además, recuerdan la existencia del portal **www.donoamiiglesia.es**, en el que es posible realizar aportaciones económicas de modo sencillo a las diversas instituciones eclesiales, incluidas las parroquias.

Los obispos hacen este llamamiento a la "corresponsabilidad" sin olvidar la generosidad con la que está respondiendo la iglesia "singularmente a través de la acción de sus Cáritas parroquiales y diocesanas, la presencia de la vida consagrada

en residencias de mayores y servicios sociales, junto con otras muchas iniciativas de instituciones y organizaciones eclesiales; también con la participación de tantos católicos en ONGs y asociaciones civiles".

La carta termina recordando que estamos en camino "de abrir de nuevo los templos y ofrecer de manera progresiva la participación en la Eucaristía, alimento de la Comunión del Pueblo de Dios".

Texto completo de la carta de la Comisión Ejecutiva

Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven Señor Jesús!

Estimado hermano:

La pandemia provocada por el COVID-19 y el obligado confinamiento para evitar su propagación tienen consecuencias de muy diverso orden en la vida social y eclesial.

Vivimos un desafío pastoral que refuerza el significado de la Iglesia doméstica y la creatividad pastoral, pero nos impide congregarnos físicamente en torno al altar, como pueblo santo de Dios, para vivir plenamente la realidad sacramental que nos constituye.

Las consecuencias sanitarias, sociales y económicas se hacen notar con la preocupación de su evolución en el futuro inmediato. La Iglesia está respondiendo con generosidad, singularmente a través de la acción de sus Cáritas parroquiales y diocesanas, la presencia de la vida consagrada en residencias de mayores y servicios sociales, junto con otras muchas iniciativas de instituciones y organizaciones eclesiales; también con la participación de tantos católicos en ONGs y asociaciones civiles.

También la economía de nuestras Diócesis y Parroquias se resiente con los templos cerrados y la interrupción de las colectas y otros ingresos. Es, además, fácil de prever que en el futuro disminuirán los ingresos habituales y la asignación tributaria se resentirá en los próximos ejercicios ante la probable disminución de la recaudación por el IRPF, motivada por la crisis económica que se nos viene

encima. En estas circunstancias, estamos llamados a convocar a la corresponsabilidad de todos en el sostenimiento de la Iglesia y en la solidaridad con los pobres de cerca y de lejos.

En estas semanas, hemos pedido dinero para Cáritas y OMP, y comienza la campaña de la Renta con la invitación a todos a asignar en favor de la Iglesia, recordando también la existencia del portal www.donoamiiglesia.es, en el que es posible realizar aportaciones económicas de modo sencillo a las diversas instituciones eclesiales, incluidas las parroquias.

Creemos que salir a la plaza pública solicitando esta corresponsabilidad y ayuda, pide de nosotros, obispos y presbíteros, un paso adelante de generosidad. Por ello, invitamos a que cada Obispo vea como realizar esta sugerencia al presbiterio de su Diócesis, proponiendo la entrega de una parte de nuestro sueldo o una aportación fija durante un tiempo determinado y pidiendo a la comunidad cristiana que pueda sumarse también a esa iniciativa. El dinero recaudado podría ser destinado a ayudar a quienes sufrirán más la crisis económica en la que nos está sumiendo la paralización de la vida económica.

Si el confinamiento ha desarrollado nuestra imaginación pastoral, también hemos de crecer en esta expresión de la comunión cristiana de bienes, la corresponsabilidad en el sostenimiento de la Iglesia y la solidaridad, especialmente en esta hora, en la que resuena la voz del Resucitado: "lo que hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis" y el eco de la primera comunidad: "los creyentes vendían posesiones y bienes, y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno". Todo ello en el camino de abrir de nuevo los templos y ofrecer de manera progresiva la participación en la Eucaristía, alimento de la Comunión del Pueblo de Dios.

Domingo 19 de abril de 2020, Octava de Pascua, Divina Misericordia.



IGLESIASOLIDARIA.ES NUEVO PORTAL PARA HACER VISIBLE LA ACCIÓN DE LA IGLESIA

La Conferencia Episcopal Española ha creado la página web **iglesiasolidaria.es** donde se podrán encontrar las iniciativas solidarias y de ayuda que presta la Iglesia española a toda la sociedad, en cada una de las diócesis, durante esta situación excepcional que estamos viviendo.

La página está estructurada de manera muy visual, con un mapa dividido por diócesis. El usuario al acceder a cada una de ellas, puede conocer las principales acciones que se están llevando a cabo, con un enlace a una información más detallada. El objetivo es la difusión de la acción y compromiso de la Iglesia con la sociedad ante el coronavirus. Las acciones de las diócesis son de tipo espiritual, social, caritativa, asistencia y educativa y se dirigen a todas las personas, con especial atención a los enfermos, los mayores y las personas vulnerables. La Iglesia católica ofrece desde esta página "lo que somos y lo que tenemos", como indican al entrar en este portal.

A través de esta página las diócesis españolas pueden hacer llegar las acciones que realizan para dar a conocer su servicio a toda la sociedad. Con el hashtag #SomosIglesia24Siete se hace visible la misión de una Iglesia que continúa abierta, 24 horas al día, siete días a la semana, con independencia de que los templos permanezcan todavía cerrados.

NOTA DE LA COMISIÓN EJECUTIVA ANTE EL INICIO DE LA SALIDA DEL CONFINAMIENTO

La Comisión Ejecutiva de la Conferencia Episcopal Española quiere expresar al Pueblo de Dios y a toda la sociedad española:

1. Nos alegra y damos gracias a Dios, de que la enfermedad vaya siendo controlada y pueda iniciarse, aún con reservas y precauciones, la recuperación de las actividades habituales de nuestra vida común. Tras este tiempo de dolor y sufrimiento a causa del fallecimiento de seres queridos y de los graves problemas sanitarios, sociales, económicos y laborales, hemos de afrontar esta situación con esperanza, fomentando la comunión y sintiéndonos llamados a ejercer la caridad personal, política y social.

2. Compartimos el dolor de miles de familias ante los fallecimientos causados por esta pandemia. Hemos orado por su eterno descanso y por el consuelo de familiares y amigos; queremos expresar nuestro deseo de celebrar en las próximas semanas las exequias con quienes lo soliciten en cada parroquia, y,

más adelante, en una celebración diocesana para manifestar la esperanza que nos ofrece el Resucitado.

3. Agradecemos de nuevo el trabajo realizado con generosa entrega por tantas personas de los servicios sanitarios y de numerosas actividades que hacen posible la vida cotidiana en nuestra sociedad. De forma especial, reconocemos la disponibilidad y el servicio de los sacerdotes, consagrados y laicos en estas semanas.

4. Continuaremos impulsando con las personas que se ven afectadas por la crisis económica y social, el trabajo de Cáritas y de otras instituciones eclesiales para paliar estas consecuencias de la pandemia. Ofrecemos los principios de la Doctrina Social de la Iglesia y la acción de los católicos en la reconstrucción de la vida social y económica, siguiendo el “plan para resucitar” del papa Francisco.

5. Después de semanas sin expresar comunitariamente nuestra fe en templos y locales parroquiales, queremos recuperar progresivamente la normalidad de la vida eclesial. En esta fase de transición, mantenemos la propuesta de dispensar del precepto de participar en la Misa dominical y sugerimos a personas de riesgo, mayores y enfermos, que consideren la posibilidad de quedarse en casa y sigan las celebraciones por los medios de comunicación. Pedimos a los sacerdotes y colaboradores que hagan un esfuerzo por facilitar la celebración y la oración, cuidando las medidas organizativas e higiénicas. Las personas que acudan a la iglesia para las celebraciones o para oración personal, deben hacerlo siguiendo las pautas y recomendaciones que unimos a esta nota, siempre a expensas de las normas de las autoridades sanitarias.

6. Instamos a las autoridades de las diversas administraciones públicas, a los partidos políticos y organizaciones empresariales y sindicales, a otras asociaciones e instituciones, así como a todos los ciudadanos, al acuerdo y colaboración en favor del bien común. Todos estamos llamados a ser responsables en la convivencia para evitar en lo posible la expansión de la enfermedad y ayudar a los pobres y a quienes más padezcan las consecuencias de esta pandemia.

7. Nos unimos en la oración común que afianza la fraternidad, suplicamos la gracia del Señor y la luz del Espíritu Santo para discernir lo que Dios nos quiere

decir en esta circunstancia; pedimos especialmente por los investigadores a fin de que alcancen un remedio a la pandemia. Nos ponemos bajo la protección materna de la Inmaculada patrona de España.

MEDIDAS DE PREVENCIÓN PARA LA CELEBRACIÓN DEL CULTO PÚBLICO EN LOS TEMPLOS CATÓLICOS DURANTE LA DESESCALADA DE LAS MEDIDAS RESTRICTIVAS EN TIEMPO DE PANDEMIA

El coronavirus continúa propagándose por España. Dada la grave responsabilidad que supone, para todos, prevenir el contagio de la enfermedad, proponemos estas disposiciones, aconsejando máxima prudencia en su aplicación que cada Diócesis habrá de concretar. Será necesaria una evaluación continuada que permita valorar su puesta en práctica y modificación en las situaciones que sea necesario, teniendo en cuenta lo que la autoridad sanitaria disponga en cada momento.

1. Fases de aplicación

Fase 0: Mantenemos la situación actual. Culto sin pueblo. Atención religiosa personalizada poniendo atención especial a los que han perdido a seres queridos. Preparamos en cada diócesis y parroquias las fases siguientes.

Fase 1: Se permite la asistencia grupal, pero no masiva, a los templos sin superar el tercio del aforo, con eucaristías dominicales y diarias. Quizá con preferencia al acompañamiento de las familias en su duelo.

Fase 2: Restablecimiento de los servicios ordinarios y grupales de la acción pastoral con los criterios organizativos y sanitarios –mitad del aforo, higiene, distancia– y medidas que se refieren a continuación.

Fase 3: Vida pastoral ordinaria que tenga en cuenta las medidas necesarias hasta que haya una solución médica a la enfermedad.

2. Disposiciones de carácter general

1. Ante esta circunstancia, prorrogamos la dispensa del precepto dominical, invitando a la lectura de la Palabra de Dios y a la oración en las casas, pudiendo beneficiarse de la retransmisión a través de los medios de comunicación para quien no pueda acudir al templo. También, se invita a las personas mayores, enfermas o en situación de riesgo a que valoren la conveniencia de no salir de sus domicilios.

2. Se establece el aforo máximo de los templos (1/3 en la primera fase y 1/2 en la segunda) y respetar la distancia de seguridad.

3. En las Eucaristías dominicales, allí donde sea necesario y posible, procurar aumentar el número de celebraciones cuando haya mayor afluencia de fieles, a fin de descongestionar los templos.

4. Se recomienda que los fieles hagan uso de mascarilla con carácter general. Las pilas de agua bendita continuarán vacías.

5. Las puertas de las iglesias se mantendrán abiertas a la entrada y salida de las celebraciones para no tener que tocar manillas o pomos.

3. A la entrada de la celebración

1. Organizar, con personas responsables, la apertura y cierre de las puertas de entrada al templo, la distribución de los fieles en el templo, el acceso a la hora de comulgar y la salida de la iglesia al finalizar, respetando la distancia de seguridad.

2. Ofrecer gel hidroalcohólico o algún desinfectante similar, a la entrada y salida de la iglesia.

4. A tener en cuenta durante la liturgia

1. Evitar los coros en la parroquia: se recomienda mantener un solo cantor o algunas voces individuales y algún instrumento. No habrá hoja de cantos ni se distribuirán pliegos con las lecturas o cualquier otro objeto o papel.

2. El cestillo de la colecta no se pasará durante el ofertorio, sino que el servicio de orden lo ofrecerá a la salida de la misa, siguiendo los criterios de seguridad señalados.

3. El cáliz, la patena y los copones, estarán cubiertos con la “palia” durante la plegaria eucarística.

4. El sacerdote celebrante desinfectará sus manos al empezar el canon de la misa, y los demás ministros de la comunión antes de distribuirla.

5. El saludo de la paz, que es facultativo, se podrá sustituir por un gesto evitando el contacto directo.

6. El diálogo individual de la comunión (“El Cuerpo de Cristo”. “Amén”), se pronunciará de forma colectiva después de la respuesta “Señor no soy digno...”, distribuyéndose la Eucaristía en silencio.

7. En el caso de que el sacerdote fuera mayor, establecer ministros extraordinarios de la Eucaristía para distribuir la comunión.

5. A la salida de la celebración

1. Establecer la salida ordenada de la iglesia evitando agrupaciones de personas en la puerta.

2. Desinfección continua del templo, bancos, objetos litúrgicos, etc.

6. Otras celebraciones

1. La celebración del Sacramento de la reconciliación y los momentos de escucha de los fieles: además de las medidas generales, se ha de escoger un espacio amplio, mantener la distancia social asegurando la confidencialidad. Tanto el fiel como el confesor deberán llevar mascarilla. Al acabar, se aconseja reiterar la higiene de manos y la limpieza de las superficies.

2. Bautismo: Rito breve. En la administración del agua bautismal, hágase desde un recipiente al que no retorne el agua utilizada, evitando cualquier tipo de contacto entre los bautizandos. En las unciones se puede utilizar un algodón o bastoncillo de un solo uso, incinerándose al terminar la celebración.

3. Confirmación: En la crismación se puede utilizar un algodón o bastoncillo, como se ha indicado en el caso del bautismo. Obsérvese la higiene de manos entre cada contacto, cuando haya varios confirmandos.

4. Matrimonio: Los anillos, arras, etc., deberán ser manipulados exclusivamente por los contrayentes. Manténganse la debida prudencia en la firma de los contrayentes y los testigos, así como en la entrega de la documentación correspondiente.

5. Unción de enfermos: Rito breve. En la administración de los óleos puede utilizarse un algodón o bastoncillo como se ha indicado anteriormente. Los sacerdotes muy mayores o enfermos no deberían administrar este sacramento a personas que están infectadas por coronavirus. En todo caso, obsérvese las indicaciones de protección indicadas por las autoridades sanitarias correspondientes.

6. Exequias de difuntos: Los funerales y las exequias seguirán los mismos criterios de la misa dominical. Aunque sea difícil en esos momentos de dolor, insistir en evitar los gestos de afecto que implican contacto personal y la importancia de mantener distancia de seguridad.

7. Visitas a la Iglesia para la oración o adoración del Santísimo

1. Seguir las pautas generales ofrecidas, evitando la concentración y señalando los lugares para la oración y la adoración

2. No permitir visitas turísticas en las fases 1 y 2 de la desescalada.

8. Utilización de dependencias parroquiales para reuniones o sesiones formativas

1. En la segunda fase las reuniones en dependencias parroquiales seguirán las pautas utilizadas para las reuniones culturales previstas por el ministerio de sanidad

que consiste en un máximo de $\frac{1}{3}$ de aforo en lugares cuyo aforo habitual es de 50 personas, respetando la distancia de seguridad y la utilización de mascarillas.

2. En la tercera fase el aforo pasa a ser de $\frac{1}{2}$ en lugares de un aforo habitual de 50 personas y de $\frac{1}{3}$ en lugares de un aforo habitual de 80 personas en las mismas condiciones de distancia y utilización de mascarillas.

9. Propuesta de inicio de puesta en marcha de estas medidas

Según las indicaciones recibidas, se comenzará la aplicación de estas medidas desde el lunes 11 de mayo, para que en las celebraciones del domingo 17 de mayo, tengamos una evaluación y una experiencia suficiente de los días anteriores.

Madrid, 29 de abril de 2020.



Iglesia Universal

CELEBRACIÓN DEL DOMINGO DE RAMOS Y DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Baslica de San Pedro
XXXV Jornada Mundial de la Juventud
Domingo, 5 de abril de 2020

Jesús "se despojó de sí mismo tomando la condición de *esclavo*" (Flp 2,7). Con estas palabras del apóstol Pablo, dejémonos introducir en los días santos, donde la Palabra de Dios, como un estribillo, nos muestra a Jesús como *siervo*: el siervo que lava los pies a los discípulos el Jueves santo; el siervo que sufre y que triunfa el Viernes santo (cf. Is 52,13); y mañana, Isaías profetiza sobre Él: "Mirad a mi Siervo, a quien sostengo" (Is 42,1). Dios nos salvó *sirviéndonos*. Normalmente pensamos que somos nosotros los que servimos a Dios. No, es Él quien nos sirvió gratuitamente, porque nos amó primero. Es difícil amar sin ser amados, y es aún más difícil servir si no dejamos que Dios nos sirva.

Pero, una pregunta: ¿Cómo nos sirvió el Señor? Dando su vida por nosotros. Él nos ama, puesto que pagó por nosotros un gran precio. Santa Ángela de Foligno aseguró haber escuchado de Jesús estas palabras: "No te he amado en broma". Su amor lo llevó a sacrificarse por nosotros, a cargar sobre sí todo nuestro mal. Esto nos deja con la boca abierta: Dios nos salvó dejando que nuestro mal se ensañase con Él. Sin defenderse, sólo con la humildad, la paciencia y la obediencia del siervo, simplemente con la fuerza del amor. Y el Padre sostuvo el servicio de Jesús, no destruyó el mal que se abatía sobre Él, sino que lo sostuvo en su sufrimiento, para que sólo el bien venciera nuestro mal, para que fuese superado completamente por el amor. Hasta el final.

El Señor nos sirvió hasta el punto de experimentar las situaciones más dolorosas de quien ama: *la traición y el abandono*.

La traición. Jesús sufrió la traición del discípulo que lo vendió y del discípulo que lo negó. Fue traicionado por la gente que lo aclamaba y que después gritó: "Sea crucificado" (Mt 27,22). Fue traicionado por la institución religiosa que lo condenó injustamente y por la institución política que se lavó las manos. Pensemos en las traiciones pequeñas o grandes que hemos sufrido en la vida. Es terrible cuando se descubre que la confianza depositada ha sido defraudada. Nace tal desilusión en lo profundo del corazón que parece que la vida ya no tuviera sentido. Esto sucede porque nacimos para amar y ser amados, y lo más doloroso es la traición de quién nos prometió ser fiel y estar a nuestro lado. No podemos ni siquiera imaginar cuán doloroso haya sido para Dios, que es amor.

Examinémonos interiormente. Si somos sinceros con nosotros mismos, nos daremos cuenta de nuestra infidelidad. Cuánta falsedad, hipocresía y doblez. Cuántas buenas intenciones traicionadas. Cuántas promesas no mantenidas. Cuántos propósitos desvanecidos. El Señor conoce nuestro corazón mejor que nosotros mismos, sabe que somos muy débiles e inconstantes, que caemos muchas veces, que nos cuesta levantarnos de nuevo y que nos resulta muy difícil curar ciertas heridas. ¿Y qué hizo para venir a nuestro encuentro, para servirnos? Lo que había dicho por medio del profeta: "Curaré su deslealtad, los amaré generosamente" (Os 14,5). Nos curó cargando sobre sí nuestra infidelidad, borrando nuestra traición. Para que nosotros, en vez de desanimarnos por el miedo al fracaso, seamos capaces de levantar la mirada hacia el Crucificado, recibir su abrazo y decir: "Mira, mi infidelidad está ahí, Tú la cargaste, Jesús. Me

abres tus brazos, me sirves con tu amor, continuas sosteniéndome... Por eso, ¡sigo adelante!".

El *abandono*. En el Evangelio de hoy, Jesús en la cruz dice una frase, sólo una: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt 27,46). Es una frase dura. Jesús sufrió el abandono de los suyos, que habían huido. Pero le quedaba el Padre. Ahora, en el abismo de la soledad, por primera vez lo llama con el nombre genérico de "Dios". Y le grita "con voz potente" el "*¿por qué?*", el porqué más lacerante: "¿Por qué, también Tú, me has abandonado?". En realidad, son las palabras de un salmo (cf. 22,2) que nos dicen que Jesús llevó a la oración incluso la desolación extrema, pero el hecho es que en verdad la experimentó. Comprobó el abandono más grande, que los Evangelios testimonian recogiendo sus palabras originales.

¿Y todo esto para qué? Una vez más por nosotros, para servirnos. Para que cuando nos sintamos entre la espada y la pared, cuando nos encontremos en un callejón sin salida, sin luz y sin escapatoria, cuando parezca que ni siquiera Dios responde, recordemos que no estamos solos. Jesús experimentó el abandono total, la situación más ajena a Él, para ser solidario con nosotros en todo. Lo hizo por mí, por ti, por todos nosotros, lo ha hecho para decirnos: "No temas, no estás solo. Experimenté toda tu desolación para estar siempre a tu lado". He aquí hasta dónde Jesús fue capaz de servirnos: descendiendo hasta el abismo de nuestros sufrimientos más atroces, hasta la traición y el abandono. Hoy, en el drama de la pandemia, ante tantas certezas que se desmoronan, frente a tantas expectativas traicionadas, con el sentimiento de abandono que nos oprime el corazón, Jesús nos dice a cada uno: "Ánimo, abre el corazón a mi amor. Sentirás el consuelo de Dios, que te sostiene".

Queridos hermanos y hermanas: ¿Qué podemos hacer ante Dios que nos sirvió hasta experimentar la traición y el abandono? Podemos no traicionar aquello para lo que hemos sido creados, no abandonar lo que de verdad importa. Estamos en el mundo para amarlo a Él y a los demás. El resto pasa, el amor permanece. El drama que estamos atravesando en este tiempo nos obliga a tomar en serio lo que cuenta, a no perdernos en cosas insignificantes, a redescubrir que *la vida no sirve, si no se sirve*. Porque la vida se mide desde el amor. De este modo, en casa, en estos días santos pongámonos ante el Crucificado -mirad, mirad al Crucificado-, que es la medida del amor que Dios nos tiene. Y, ante Dios que nos sirve hasta dar la vida, pidamos, mirando al Crucificado, la gracia de *vivir para servir*. Procuremos

contactar al que sufre, al que está solo y necesitado. No pensemos tanto en lo que nos falta, sino en el bien que podemos hacer.

Mirad a mi Siervo, a quien sostengo. El Padre, que sostuvo a Jesús en la Pasión, también a nosotros nos anima en el servicio. Es cierto que puede costarnos amar, rezar, perdonar, cuidar a los demás, tanto en la familia como en la sociedad; puede parecer un *vía crucis*. Pero el camino del servicio es el que triunfa, el que nos salvó y nos salva, nos salva la vida. Quisiera decirlo de modo particular a los jóvenes, en esta Jornada que desde hace 35 años está dedicada a ellos. Queridos amigos: Mirad a los verdaderos héroes que salen a la luz en estos días. No son los que tienen fama, dinero y éxito, sino son los que se dan a sí mismos para servir a los demás. Sentíos llamados a jugaros la vida. No tengáis miedo de gastarla por Dios y por los demás: ¡La ganaréis! Porque la vida es un don que se recibe entregándose. Y porque la alegría más grande es decir, sin condiciones, sí al amor. Es decir, sin condiciones, sí al amor, como hizo Jesús por nosotros.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica de San Pietro
Jueves Santo, 9 de abril de 2020

La Eucaristía, el servicio, la unción.

La realidad que vivimos hoy en esta celebración: el Señor que quiere permanecer con nosotros en la *Eucaristía*. Y nosotros nos convertimos siempre en sagrarios del Señor; llevamos al Señor con nosotros, hasta el punto de que Él mismo nos dice que si no comemos su cuerpo y bebemos su sangre, no entraremos en el Reino de los Cielos. Este es el misterio del pan y del vino, del Señor con nosotros, en nosotros, dentro de nosotros.

El servicio. Ese gesto que es una condición para entrar en el Reino de los Cielos. Servir, sí, a todos. Pero el Señor, en aquel intercambio de palabras que tuvo con Pedro (cf. Jn 13,6-9), le hizo comprender que para entrar en el Reino de los Cielos debemos dejar que el Señor nos sirva, que el Siervo de Dios sea siervo de nosotros. Y esto es difícil de entender. Si no dejas que el Señor sea mi

siervo, que el Señor me lave, me haga crecer, me perdone, no entraré en el Reino de los Cielos.

Y el *sacerdocio*. Hoy quisiera estar cerca de los sacerdotes, de todos los sacerdotes, desde el recién ordenado hasta el Papa. Todos somos sacerdotes: los obispos, todos... Somos *ungidos*, ungidos por el Señor; ungidos para celebrar la Eucaristía, ungidos para servir.

Hoy no hemos tenido la Misa Crismal -espero que podamos tenerla antes de Pentecostés, de lo contrario tendremos que posponerla hasta el año que viene-, sin embargo, no puedo dejar pasar esta Misa sin recordar a los sacerdotes. Sacerdotes que ofrecen su vida por el Señor, sacerdotes que son servidores. En estos días, más de sesenta han muerto aquí, en Italia, atendiendo a los enfermos en los hospitales, juntamente con médicos, enfermeros, enfermeras... Son "los santos de la puerta de al lado", sacerdotes que dieron su vida sirviendo. Y pienso en los que están lejos. Hoy recibí una carta de un sacerdote franciscano, capellán de una prisión lejana, que cuenta cómo vive esta Semana Santa con los prisioneros. Sacerdotes que van lejos para llevar el Evangelio y morir allí. Un obispo me dijo que lo primero que hacía cuando llegaba a un lugar de misión, era ir al cementerio, a la tumba de los sacerdotes que murieron allí, jóvenes, por la peste y enfermedades de aquel lugar: no estaban preparados, no tenían los anticuerpos. Nadie sabe sus nombres: sacerdotes anónimos. Los curas de los pueblos, que son párrocos en cuatro, cinco, siete pueblos de montaña; van de uno a otro, y conocen a la gente... Una vez, uno de ellos me dijo que sabía el nombre de todas las personas de los pueblos. "¿En serio?", le dije. Y él me dijo: "¡Y también el nombre de los perros!". Conocen a todos. La cercanía sacerdotal. Sacerdotes buenos, sacerdotes valientes.

Hoy os llevo en mi corazón y os llevo al altar. Sacerdotes calumniados. Muchas veces sucede hoy, que no pueden salir a la calle porque les dicen cosas feas, con motivo del drama que hemos vivido con el descubrimiento de las malas acciones de sacerdotes. Algunos me dijeron que no podían salir de la casa con el *clergyman* porque los insultaban; y ellos seguían. Sacerdotes pecadores, que junto con los obispos y el Papa pecador no se olvidan de pedir perdón y aprenden a perdonar, porque saben que necesitan pedir perdón y perdonar. Todos somos pecadores. Sacerdotes que sufren crisis, que no saben qué hacer, se encuentran en la oscuridad...

Hoy todos vosotros, hermanos sacerdotes, estáis conmigo en el altar, vosotros, consagrados. Sólo os digo esto: no sed tercos como Pedro. Dejaos lavar los pies. El Señor es vuestro siervo, está cerca de vosotros para fortaleceros, para lavaros los pies.

Y así, con esta conciencia de la necesidad de ser lavado, ¡sed grandes perdonadores! ¡Perdonad! Corazón de gran generosidad en el perdón. Es la medida con la que seremos medidos. Como has perdonado, serás perdonado: la misma medida. No tened miedo de perdonar. A veces hay dudas... Mirad a Cristo, mirad al Crucificado. Allí está el perdón para todos. Sed valientes, incluso arriesgando en el perdón para consolar. Y si no podéis dar el perdón sacramental en ese momento, al menos dad el consuelo de un hermano que acompaña y deja la puerta abierta para que [esa persona] regrese.

Doy gracias a Dios por la gracia del sacerdocio, todos nosotros agradecemos. Doy gracias a Dios por vosotros, sacerdotes. ¡Jesús os ama! Sólo os pide que os dejéis lavar los pies.

VÍA CRUCIS

PRESIDIDO POR EL SANTO PADRE FRANCISCO

Viernes Santo
10 de Abril de 2020
Plaza de San Pedro

MEDITACIONES Y ORACIONES

propuestas por la capellanía
del Centro Penitenciario "Due Palazzi" de Padua

redactadas por

- I una persona condenada a cadena perpetua
- II dos padres cuya hija fue asesinada
- III una persona detenida
- IV la madre de una persona detenida

- V una persona detenida
- VI una catequista de la parroquia
- VII una persona detenida
- VIII la hija de un hombre condenado a cadena perpetua
- IX una persona detenida
- X una educadora de instituciones penitenciarias
- XI un sacerdote acusado y después absuelto
- XII un juez de vigilancia penitenciaria
- XIII un fraile voluntario
- XIV un agente de policía penitenciaria

Introducción

Las meditaciones del Vía Crucis de este año han sido propuestas por la capellanía del Centro Penitenciario de cumplimiento "Due Palazzi" de Padua. Aceptando la invitación del Papa Francisco, catorce personas meditaron sobre la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, actualizándola en su propia vida. Entre ellas figuran cinco personas detenidas, una familia víctima de un delito de homicidio, la hija de un hombre condenado a cadena perpetua, una educadora de instituciones penitenciarias, un juez de vigilancia penitenciaria, la madre de una persona detenida, una catequista, un fraile voluntario, un agente de policía penitenciaria y un sacerdote que fue acusado y ha sido absuelto definitivamente por la justicia, tras ocho años de proceso ordinario.

Acompañar a Cristo en el Camino de la Cruz, con la voz ronca de la gente que vive en el mundo de las cárceles, da la oportunidad para asistir al prodigioso duelo entre la vida y la muerte, descubriendo cómo los hilos del bien se entretajan inevitablemente con los hilos del mal. La contemplación del Calvario detrás de las rejas es creer que toda una vida se puede poner en juego en unos breves instantes, como le sucedió al buen ladrón. Bastará llenar esos instantes de verdad: el arrepentimiento por la culpa cometida, la convicción de que la muerte no es para siempre, la certeza de que Cristo es el inocente injustamente escarnecido. Todo es posible para el que cree, porque también en la oscuridad de las cárceles resuena el

anuncio lleno de esperanza: *"Para Dios nada hay imposible"* (Lc 1,37). Si alguien le estrecha la mano, el hombre que fue capaz del crimen más horrendo podrá ser el protagonista de la resurrección más inesperada. Con la certeza de que "incluso cuando contamos el mal podemos aprender a dejar espacio a la redención, podemos reconocer en medio del mal el dinamismo del bien y hacerle sitio" (Mensaje del Santo Padre para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales 2020).

De este modo, el Vía Crucis se convierte en un *Vía Lucis*.

Los textos, recogidos por el capellán D. Marco Pozza y la voluntaria Tatiana Mario, fueron escritos en primera persona, pero se ha optado por no poner el nombre. Quien participó en esta meditación quiso prestar su voz a todos los que comparten la misma condición en el mundo. En esta tarde, en el silencio de las prisiones, la voz de uno desea convertirse en la voz de todos.

Oremos

*Oh Dios, Padre todopoderoso,
que en tu Hijo Jesucristo
asumiste las llagas y los sufrimientos de la humanidad,
hoy tengo la valentía de suplicarte, como el ladrón arrepentido:
"¡Acuérdate de mí!".
Estoy aquí, solo ante Ti, en la oscuridad de esta cárcel,
pobre, desnudo, hambriento y despreciado,
y te pido que derrames sobre mis heridas
el aceite del perdón y del consuelo
y el vino de una fraternidad que reconforta el corazón.
Sáname con tu gracia y enséñame a esperar en la desesperación.
Señor mío y Dios mío, yo creo, ayúdame en mi incredulidad.
Padre misericordioso, sigue confiando en mí,
dándome siempre una nueva oportunidad,
abrazándome en tu amor infinito.
Con tu ayuda y el don del Espíritu Santo,
yo también seré capaz de reconocerte
y de servirte en mis hermanos.
Amén.*

I estación

Jesús es condenado a muerte

Pilato volvió a dirigirles la palabra queriendo soltar a Jesús, pero ellos seguían gritando: "¡Crucifícalo, crucifícalo!". Por tercera vez les dijo: "Pues ¿qué mal ha hecho este? No he encontrado en él ninguna culpa que merezca la muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré". Pero ellos se le echaban encima, pidiendo a gritos que lo crucificara; e iba creciendo su griterío. Pilato entonces sentenció que se realizara lo que pedían: soltó al que le reclamaban (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su voluntad (Lc 23,20-25).

Muchas veces, en los tribunales y en los periódicos, resuena ese grito: "¡Crucifícalo, crucifícalo!". Es un grito que también escuché referido a mí: fui condenado, junto con mi padre, a la pena de cadena perpetua. Mi crucifixión comenzó cuando era niño. Si pienso en ello, me veo acurrucado en el autobús que me llevaba a la escuela, marginado por mi tartamudez, sin relacionarme con nadie. Inicié a trabajar desde pequeño, sin tener posibilidad de estudiar. La ignorancia pudo más que mi ingenuidad. Después, el acoso le robó destellos de infancia a aquel niño nacido en la Calabria de los años setenta. Me parezco más a Barrabás que a Cristo y, sin embargo, la condena más feroz sigue siendo la de mi propia conciencia. De noche abro los ojos y busco desesperadamente una luz que ilumine mi historia.

Cuando estoy encerrado en la celda y releo las páginas de la Pasión de Cristo, comienzo a llorar. Después de veintinueve años en la cárcel, aún no he perdido la capacidad de llorar, de avergonzarme de mi historia pasada, del mal cometido. Me siento Barrabás, Pedro y Judas en una única persona. Me da asco el pasado, aun sabiendo que es mi propia historia. Viví años sometido al régimen de aislamiento previsto por el artículo 41-bis (de la Ley del sistema penitenciario italiano) y mi padre murió bajo esas mismas condiciones. Muchas veces, de noche, lo oía llorar en la celda. Lo hacía a escondidas, pero yo me daba cuenta. Ambos estábamos en una oscuridad profunda. Pero en esa no-vida, siempre busqué algo que fuera vida. Es extraño decirlo, pero la cárcel fue mi salvación. No me enfado si soy todavía Barrabás para alguien. Percibo en el corazón, que ese Hombre inocente, condenado como yo, vino a buscarme a la cárcel para educarme a la vida.

Señor Jesús, a pesar de los fuertes gritos que nos distraen, te vislumbramos entre la multitud de cuantos vociferan que debes ser crucificado, y tal vez entre ellos estamos también nosotros, inconscientes del mal del que podemos llegar a ser capaces. Desde nuestras celdas, queremos pedir a tu Padre por quienes, como Tú, están condenados a muerte, y por cuantos quieren remplazar todavía tu juicio supremo.

Oremos

Oh Dios, que amas la vida, siempre nos das una nueva oportunidad a través de la reconciliación para que gustemos tu misericordia infinita, te suplicamos que infundas en nosotros el don de la sabiduría, para que consideremos a cada hombre y a cada mujer como templo de tu Espíritu, y respetemos su dignidad inviolable. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

II estación

Jesús con la cruz a cuestas

Los soldados se lo llevaron al interior del palacio -al pretorio- y convocaron a toda la compañía. Lo vistieron de púrpura, le ponen una corona de espinas, que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo: "¡Salve, rey de los judíos!". Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él. Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacan para crucificarlo (Mc 15,16-20).

En ese verano horrible, nuestra vida de padres murió junto a la de nuestras dos hijas. Una fue asesinada con su mejor amiga por la violencia ciega de un hombre sin piedad; la otra, que sobrevivió de milagro, fue privada para siempre de su sonrisa. Nuestra vida ha sido una vida de sacrificios, cimentada en el trabajo y la familia. Enseñamos a nuestros hijos el respeto por el otro y el valor del servicio hacia el que es más pobre. A menudo nos preguntamos: "¿Por qué a nosotros este mal que nos ha devastado?". No encontramos paz; tampoco la justicia, en la que siempre hemos creído, fue capaz de curar las heridas más profundas. Nuestra condena al sufrimiento durará hasta el final.

El tiempo no alivió el peso de la cruz que nos pusieron sobre los hombros, es imposible olvidar a quien hoy ya no está. Somos ancianos, cada vez más desvalidos, y somos víctimas del peor dolor que pueda existir: sobrevivir a la muerte de una hija.

Es difícil decirlo, pero en el momento en que parece que la desesperación toma el control, el Señor nos sale al encuentro de diferentes maneras, dándonos la gracia de amarnos como esposos, sosteniéndonos el uno al otro, a pesar de las dificultades. Él nos invita a tener abierta la puerta de nuestra casa al más débil, al desesperado, acogiendo a quien llama aunque sólo sea por un plato de sopa. Haber hecho de la caridad nuestro mandamiento es para nosotros una forma de salvación, no queremos rendirnos ante el mal. En efecto, el amor de Dios es capaz de regenerar la vida porque, antes que nosotros, su Hijo Jesús experimentó el dolor humano para poder sentir ante el mismo la justa compasión.

Señor Jesús, nos hace tanto mal verte golpeado, despreciado y despojado, víctima inocente de una crueldad inhumana. En esta noche de dolor, nos dirigimos suplicantes a tu Padre para confiarle a todos los que han sufrido violencias e injusticias.

Oremos

Oh Dios, justicia y redención nuestra, que nos diste a tu único Hijo glorificándolo en el trono de la Cruz, infunde tu esperanza en nuestros corazones para reconocerte presente en los momentos oscuros de nuestra vida. Consuélanos en toda aflicción y sosténnos en las pruebas, mientras esperamos tu Reino. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

III estación

Jesús cae por primera vez

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable

cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes (Is 53,4-6).

Fue la primera vez que caí, pero esa caída fue para mí la muerte: le quité la vida a una persona. Un día fue suficiente para pasar de una vida irreprochable a cumplir un gesto que encierra la violación de todos los mandamientos. Me siento la versión moderna del ladrón que implora a Cristo: "*¡Acuérdate de mí!*". Más que arrepentido, lo imagino como uno que es consciente de estar en el camino equivocado. De mi infancia, recuerdo el ambiente frío y hostil en el que crecí. Bastaba descubrir una fragilidad en el otro para traducirla en una forma de diversión. Buscaba amigos sinceros, buscaba ser aceptado tal como era, sin poder lograrlo. Sufría por la felicidad de los demás, sentía que todo eran obstáculos, me pedían sólo sacrificios y reglas que respetar. Me sentí un extraño para todos y busqué, a cualquier precio, mi venganza.

No me di cuenta que el mal, lentamente, crecía dentro de mí. Hasta que una tarde, sobrevino mi hora de las tinieblas: en un momento, como una avalancha, se desencadenaron dentro de mí los recuerdos de todas las injusticias sufridas en la vida. La rabia asesinó a la amabilidad, cometí un mal inmensamente mayor a todos los que había recibido. Después, en la cárcel, el insulto de los demás se convirtió en desprecio hacia mí mismo. Bastaba poco para acabar con todo, estaba al límite. También conduje a mi familia al precipicio, por mi causa perdieron su apellido, el honor, se convirtieron solamente en la familia del asesino. No busco excusas ni rebajas, expiaré mi pena hasta el último día porque en la cárcel he encontrado gente que me ha devuelto la confianza que perdí.

Mi primera caída fue pensar que en el mundo no existiese la bondad. La segunda, el homicidio, fue casi una consecuencia; ya estaba muerto por dentro.

Señor Jesús, Tú también caíste por tierra. La primera vez es quizá la más dura porque todo es nuevo; el golpe es fuerte y prevalece el desconcierto. Confiamos a tu Padre a quienes se cierran en sus propias razones y no logran reconocer las culpas cometidas.

Oremos

Oh Dios, que levantaste al hombre de su caída, te suplicamos: ven en ayuda de nuestra debilidad y concédenos ojos capaces de contemplar los signos de tu amor que están diseminados en nuestra vida cotidiana. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

IV estación

Jesús encuentra a su madre

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego, dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio (Jn 19,25-27).

Cuando condenaron a mi hijo, ni siquiera por un instante tuve la tentación de abandonarlo. El día que lo arrestaron toda nuestra vida cambió, toda la familia entró con él en la prisión. Todavía hoy, el juicio de la gente no se aplaca, es una cuchilla afilada. Los dedos que nos señalan aumentan el sufrimiento que ya llevamos en el corazón.

Las heridas empeoran con el pasar de los días, quitándonos hasta la respiración.

Percibo la cercanía de la Virgen. Me ayuda a no dejarme vencer por la desesperación, a soportar la malicia. Encomendé a mi hijo a María; solamente a ella le puedo confiar mis miedos, puesto que ella misma los experimentó mientras subía al Calvario. En su corazón sabía que su Hijo no podría escapar de la crueldad del hombre, pero no lo abandonó. Estaba allí, compartiendo su dolor, haciéndole compañía con su presencia. Imagino que Jesús, levantando la mirada, encontró sus ojos llenos de amor, y no se sintió nunca solo.

Yo también quiero hacer eso.

Cargué con las culpas de mi hijo, también pedí perdón por mis responsabilidades. Imploro para mí la misericordia que sólo una madre puede

experimentar, para que mi hijo pueda volver a vivir después de haber expiado su pena. Rezo continuamente por él para que, día tras día, pueda convertirse en un hombre distinto, capaz de amarse nuevamente a sí mismo y a los demás.

Señor Jesús, el encuentro con tu Madre en el camino de la cruz es quizá el más conmovedor y doloroso. Entre su mirada y la tuya ponemos la de todos los familiares y amigos que se sienten destrozados e impotentes por la suerte de sus seres queridos.

Oremos

Oh María, madre de Dios y de la Iglesia, fiel discípula de tu Hijo, nos dirigimos a ti para confiar a tu mirada amorosa y al cuidado de tu corazón maternal el grito de la humanidad que gime y sufre, mientras espera el día en que se enjugarán todas las lágrimas de nuestros rostros. Amén.

V estación

El Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz

Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz, para que la llevase detrás de Jesús (Lc 23,26).

Con mi trabajo, ayudé a generaciones de niños a caminar erguidos. Después, un día, me encontré tirado por tierra. Fue como si me hubieran roto la columna. Mi trabajo se volvió el pretexto de una acusación infamante. Entré en la cárcel, la cárcel entró en mi casa. Desde entonces me convertí en un vagabundo por la ciudad; perdí mi nombre, me llaman con el nombre del delito por el que la justicia me acusa, ya no soy el dueño de mi vida. Cuando lo pienso, me vuelve a la mente ese niño con los zapatos rotos, los pies mojados, la ropa usada; una vez, yo era ese niño. Después, un día, el arresto: tres hombres uniformados, un rígido protocolo, la cárcel que me traga vivo en su cemento.

La cruz que me cargaron en la espalda es pesada. Con el pasar del tiempo aprendí a convivir con ella, a mirarla a la cara, a llamarla por su nombre. Pasamos

noches enteras haciéndonos compañía mutuamente. Dentro de las cárceles, a Simón de Cirene lo conocen todos; es el segundo nombre de los voluntarios, de quien sube a este calvario para ayudar a cargar una cruz. Es gente que rechaza las leyes de la manada poniéndose a la escucha de la conciencia. Además, Simón de Cirene es mi compañero de celda. Lo conocí la primera noche que pasé en la cárcel. Era un hombre que había vivido durante años en un banco, sin afectos ni ingresos. Su única riqueza era una caja de dulces. Él, aun cuando era goloso, insistió que la llevase a mi mujer la primera vez que vino a verme. Ella comenzó a llorar por ese gesto tan inesperado como afectuoso.

Estoy envejeciendo en la cárcel. Sueño con volver a confiar en el hombre algún día, con convertirme en un cirineo de la alegría para alguien.

Señor Jesús, desde el momento de tu nacimiento hasta el encuentro con un desconocido que te llevó la cruz, quisiste tener necesidad de nuestra ayuda. También nosotros, como el Cirineo, queremos hacernos prójimos de nuestros hermanos y hermanas, y colaborar con la misericordia del Padre para aliviar el yugo del mal que los oprime.

Oremos

Oh Dios, defensor de los pobres y consuelo de los afligidos, protégenos con tu presencia y ayúdanos a llevar cada día el dulce yugo de tu mandamiento del amor. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

VI estación

La Verónica enjuga el rostro de Jesús

*Oigo en mi corazón:
"Buscad mi rostro".
Tu rostro buscaré, Señor.
No me escondas tu rostro.
No rechaces con ira a tu siervo,
que Tú eres mi auxilio;
no me deseches, no me abandones,
Dios de mi salvación (Sal 27,8-9).*

Como catequista enjugo muchas lágrimas, dejándolas correr. No se puede encauzar el desbordamiento de los corazones desgarrados. Muchas veces encuentro hombres desesperados que, en la oscuridad de la prisión, buscan un porqué al mal que les parece infinito. Esas lágrimas tienen el sabor del fracaso y de la soledad, del remordimiento y de la falta de comprensión. Con frecuencia imagino a Jesús en la cárcel, en mi lugar: ¿Cómo enjugaría esas lágrimas? ¿Cómo calmaría la angustia de esos hombres que no encuentran una salida a aquello en lo que se han convertido sucumbiendo al mal?

Encontrar una respuesta es un ejercicio arduo, a menudo incomprensible para nuestras pequeñas y limitadas lógicas humanas. El camino que me sugiere Cristo es contemplar esos rostros desfigurados por el sufrimiento sin tener miedo. Me pide quedarme allí, a su lado, respetando sus silencios, escuchando su dolor, buscando mirar más allá de los prejuicios. Exactamente como Cristo mira nuestras fragilidades y nuestros límites, con ojos llenos de amor. A cada uno, también a las personas que están recluidas, se nos ofrece cada día la posibilidad de convertirnos en personas nuevas, gracias a esa mirada que no juzga, sino que infunde vida y esperanza.

Y, de ese modo, las lágrimas derramadas pueden transformarse en el germen de una belleza que era incluso difícil imaginar.

Señor Jesús, la Verónica tuvo compasión de Ti, encontró un hombre que estaba sufriendo y descubrió el rostro de Dios. En la oración confiamos a tu Padre a los hombres y las mujeres de nuestro tiempo que siguen enjugando las lágrimas de muchos hermanos nuestros.

Oremos

Oh Dios, luz verdadera y fuente de la luz, que en la debilidad revelas la omnipotencia y la radicalidad del amor; imprime tu rostro en nuestros corazones, para que sepamos reconocerte en los padecimientos de la humanidad. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

VII estación

Jesús cae por segunda vez

Jesús decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Hicieron lotes con sus ropas y los echaron a suerte (Lc 23,34).

Cuando pasaba delante de una cárcel, miraba para otro lado: "Bueno, yo no acabaré nunca ahí dentro", me decía a mí mismo. Las veces que la miraba respiraba tristeza y oscuridad, me parecía que pasaba junto a un cementerio de muertos vivientes. Un día acabé entre rejas, junto con mi hermano. Como si no fuera suficiente, también conduje allí dentro a mi padre y a mi madre. La cárcel, que era para mí como un país extranjero, se convirtió en nuestra casa. En una celda estábamos nosotros, los hombres, en otra nuestra madre. Los miraba, sentía vergüenza de mí mismo, ya no podía llamarme hombre. Están envejeciendo en la prisión por mi culpa.

Caí en tierra dos veces. La primera cuando el mal me cautivó y yo sucumbí. Traficar con droga, en mi opinión, valía más que el trabajo de mi padre, que se deslomaba diez horas al día. La segunda fue cuando, después de haber arruinado a la familia, empecé a preguntarme: "¿Quién soy yo para que Cristo muera por mí?". El grito de Jesús - "*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*" - lo leo en los ojos de mi madre, que asumió la vergüenza de todos los hombres de la casa para salvar a la familia. Y tiene el rostro de mi padre que se desesperaba de manera escondida en la celda. Sólo ahora soy capaz de admitirlo; en aquellos años no sabía lo que hacía. Ahora que lo sé, con la ayuda de Dios estoy intentando reconstruir mi vida. Lo debo a mis padres, que años atrás subastaron nuestras cosas más queridas porque no querían que estuviese en la calle. Lo debo sobre todo a mí mismo, pues la idea de que el mal siga controlando mi vida es insoportable. Esto se ha convertido en mi vía crucis.

Señor Jesús, estás otra vez caído por tierra, fatigado por mi apego al mal, por mi miedo a no lograr ser una persona mejor. Con fe nos dirigimos a tu Padre y le pedimos por todos los que todavía no han podido huir del poder de Satanás, del atractivo de sus obras y de sus mil formas de seducción.

Oremos

Oh Dios, que no nos abandonas en las tinieblas y en las sombras de la muerte, sostiene nuestra debilidad, libranos de las cadenas del mal y protégenos con el escudo de tu poder, para que podamos cantar eternamente tu misericordia. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

VIII estación

Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén

Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que vienen días en los que dirán: "Bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado". Entonces empezarán a decirles a los montes: "Caed sobre nosotros", y a las colinas: "Cubridnos"" (Lc 23,27-30).

Como hija de una persona detenida, en algunas ocasiones me preguntaron: "Usted siente gran afecto por su papá, ¿piensa alguna vez en el dolor que su padre causó a las víctimas?". En todos estos años, jamás eludí la respuesta; les digo: "Cierto, es imposible dejar de pensar en ello". Después, yo también les hago otra pregunta: "¿Habéis pensado alguna vez que, entre todas las víctimas de las acciones de mi padre, yo fui la primera? Hace veintiocho años que estoy cumpliendo la condena de crecer sin padre". Durante todos estos años viví con rabia, inquietud, tristeza. Su ausencia es cada vez más dura de soportar. Crucé Italia, de sur a norte, para estar a su lado. Conozco las ciudades no por sus monumentos sino por las cárceles que visité. Me parece que soy como Telémaco cuando busca a su padre Ulises. Lo mío es un "Giro de Italia" de cárceles y de afectos.

Hace años perdí el amor porque soy la hija de un hombre detenido, mi madre cayó víctima de la depresión, la familia se derrumbó. Quedé yo, con mi salario escaso, para sostener el peso de esta historia hecha trizas. La vida me obligó a convertirme en mujer sin dejarme tiempo para ser niña. En nuestra casa, todo es un *vía crucis*: papá es uno de esos condenados a cadena perpetua. El día que me

casé, soñaba con tenerlo a mi lado. También él pensó en mí en ese momento, a cientos de kilómetros de distancia. "¡Es la vida!", me repito para darme ánimo. Es verdad, hay padres que, por amor, aprenden a esperar que los hijos maduren. Yo, por amor, tengo que esperar el regreso de papá.

Para gente como nosotros la esperanza es una obligación.

Señor Jesús, el reproche a las mujeres de Jerusalén lo sentimos como una advertencia para cada uno de nosotros. Nos invita a la conversión, pasando de una religión sentimentalista a una fe arraigada en tu Palabra. Te pedimos por quienes están obligados a soportar el peso de la vergüenza, el sufrimiento del abandono, el vacío de una presencia. Y por cada uno de nosotros, para que no permitamos que las culpas de los padres recaigan sobre los hijos.

Oremos

Oh Dios, Padre de toda bondad, que no abandonas a tus hijos en las pruebas de la vida, concédenos la gracia de poder descansar en tu amor y de gozar siempre del consuelo de tu presencia. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

IX estación

Jesús cae por tercera vez

Es bueno que el hombre cargue con el yugo desde su juventud. Siéntese solo y silencioso cuando el Señor se lo impone; ponga su boca en el polvo, quizá haya esperanza; ponga la mejilla al que lo maltrata y se harte de oprobios. Porque el Señor no rechaza para siempre; y si hace sufrir, se compadece conforme a su inmensa bondad (Lam 3,27-32).

Caerse al suelo nunca es agradable. Pero hacerlo varias en repetidas ocasiones, además de no ser agradable se convierte incluso en una especie de condena, como si ya no se fuera capaz de permanecer en pie. Como hombre caí demasiadas veces, y otras tantas me levaté. En la cárcel pienso a menudo cuántas veces un niño se cae al suelo antes de aprender a caminar. Me estoy convenciendo

de que esos son ensayos para los momentos en que caeremos cuando seamos mayores. Desde pequeño experimenté la cárcel dentro de mi casa; vivía en la angustia del castigo, alternaba la tristeza de los adultos con la despreocupación de los niños. De esos años recuerdo a la hermana Gabriela, la única imagen alegre. Fue la única que percibió en mí lo mejor dentro de lo peor. Como Pedro busqué y encontré mil excusas a mis errores; lo raro es que un fragmento de bien siempre permaneció encendido dentro de mí.

En la cárcel me convertí en abuelo; me perdí el embarazo de mi hija. Un día, a mi nieta no le contaré el mal que cometí, sino solamente el bien que encontré. Le hablaré de quien, cuando estaba caído, me llevó la misericordia de Dios. En la cárcel, la verdadera desesperación es sentir que ya nada de tu vida tiene sentido. Es la cumbre del sufrimiento, te sientes el más solo de todos los solitarios del mundo. Es verdad que me rompí en mil pedazos, pero lo más hermoso es que esos pedazos todavía se pueden recomponer. No es fácil, pero es lo único que aquí dentro todavía tiene un sentido.

Señor Jesús, por tercera vez caes por tierra y, cuando todos piensan que es el final, una vez más te levantas. Con confianza nos ponemos en las manos de tu Padre y le encomendamos a quienes se sienten atrapados en los abismos de los propios errores, para que tengan la fuerza de levantarse y la valentía de dejarse ayudar.

Oremos

Oh Dios, fortaleza de quien en Ti espera, que concedes vivir en paz a quien sigue tus enseñanzas, sostiene nuestros pasos temerosos, levántanos de las caídas de nuestra infidelidad y derrama sobre nuestras heridas el aceite del consuelo y el vino de la esperanza. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

X estación

Jesús es despojado de sus vestiduras

Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una

túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: "No la rasguemos, sino echémosla a suerte, a ver a quién le toca". Así se cumplió la Escritura: "Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica" (Jn 19,23-24).

Como educadora de instituciones penitenciarias veo entrar en la cárcel a hombres privados de todo, despojados de toda dignidad como consecuencia de las culpas cometidas, de todo respeto en relación a sí mismos y a los demás. Cada día me doy cuenta de que su autonomía disminuye detrás de las rejas. Necesitan de mí incluso para escribir una carta. Estas son las criaturas suspendidas que me confían: unos hombres indefensos, exasperados en su fragilidad, a menudo privados de lo necesario para comprender el mal cometido. Sin embargo, por momentos se parecen a unos niños recién nacidos que todavía pueden moldearse. Percibo que sus vidas pueden volver a comenzar en otra dirección, dando definitivamente la espalda al mal.

Pero mis fuerzas disminuyen día a día. Ser un embudo de rabia, de dolor y de rencores rumiados acaba por desgastar incluso al hombre y a la mujer más preparados. Elegí este trabajo después de que un joven, que estaba bajo los efectos de estupefacientes, matara a mi madre en un choque frontal. Enseguida decidí responder a ese mal con el bien. Pero, aun amando este trabajo, en ocasiones me cuesta encontrar la fuerza para llevarlo adelante.

Necesitamos sentirnos acompañados en este servicio tan delicado, para poder sostener las numerosas vidas que se nos confían y que cada día corren el riesgo de naufragar.

Señor Jesús, al contemplarte despojado de tus vestiduras experimentamos incomodidad y vergüenza. En efecto, ante la verdad desnuda, ya desde el primer hombre comenzamos a escapar. Nos escondemos detrás de máscaras de respetabilidad y tejemos ropas de mentiras, a menudo con los jirones deshilachados de los pobres, usados por nuestra avidez de dinero y de poder. Que tu Padre tenga piedad de nosotros y nos ayude con paciencia a ser más sencillos, más transparentes, más auténticos; capaces de abandonar definitivamente las armas de la hipocresía.

Oremos

Oh Dios, que nos haces libres con tu verdad, despójanos del hombre viejo que pone resistencia en nuestro interior y revístenos con tu luz, para ser en el mundo el reflejo de tu gloria. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

XI estación

Jesús es clavado en la cruz

Y cuando llegaron al lugar llamado "La Calavera", lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Hicieron lotes con sus ropas y los echaron a suerte. El pueblo estaba mirando, pero los magistrados le hacían muecas diciendo: "A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido". Se burlaban de él también los soldados, que se acercaban y le ofrecían vinagre, diciendo: "Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo". Había también por encima de él un letrero: "Este es el rey de los judíos". Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: "¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros". Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: "¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo". Y decía: "Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino". Jesús le dijo: "En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lc 23,33-43).

Cristo clavado en la cruz. Como sacerdote, muchas veces medité esta página del Evangelio. Y cuando un día me pusieron en una cruz, sentí todo el peso de aquel madero: la acusación estaba hecha de palabras duras como clavos, se me hizo muy cuesta arriba, el padecimiento se me grabó en la piel. El momento más oscuro fue ver mi nombre colgado fuera de la sala del tribunal; en ese instante comprendí que era un hombre que estaba obligado a demostrar su inocencia sin ser culpable. Estuve colgado en la cruz durante diez años, fue mi *vía crucis*, lleno de legajos, sospechas, acusaciones, injurias. Cada vez que iba a los tribunales buscaba el Crucifijo allí colgado; lo miraba fijamente mientras la ley investigaba mi historia.

La vergüenza me llevó por un instante a la idea de pensar que era mejor acabar con todo. Pero luego decidí seguir siendo el sacerdote que siempre había sido. Nunca pensé en aligerar la cruz, ni siquiera cuando la ley me lo concedía. Elegí someterme al juicio ordinario; lo debía a mí mismo, a los jóvenes que eduqué durante los años de Seminario, a sus familias. Mientras subía mi calvario, los encontré a todos a lo largo del camino; se convirtieron en mis cirineos, soportaron conmigo el peso de la cruz, me enjugaron muchas lágrimas. Junto a mí, muchos de ellos rezaron por el joven que me acusó; nunca dejaremos de hacerlo. El día que fui absuelto de todos los cargos, descubrí que era más feliz que diez años atrás; pude tocar con mi mano la acción de Dios en mi vida. Colgado en la cruz, mi sacerdocio se iluminó.

Señor Jesús, tu amor sin límites por nosotros te llevó a la Cruz. Estás muriendo, pero no te cansas de perdonarnos y de darnos vida. Confiamos a tu Padre a los inocentes de la historia que sufrieron una condena injusta. Que resuene en sus corazones el eco de tu palabra: "Hoy estarás conmigo en el paraíso".

Oremos

Oh Dios, fuente de misericordia y de perdón, que te revelas en los sufrimientos de la humanidad, ilumínanos con la gracia que brota de las llagas del Crucificado y concédenos perseverar en la fe durante la noche oscura de la prueba. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

XII estación

Jesús muere en la cruz

Era ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu". Y, dicho esto, expiró (Lc 23,44-46).

Como juez de vigilancia penitenciaria, no puedo clavar a un hombre, a cualquier hombre, en su condena; sería condenarlo por segunda vez. Es necesario que el hombre expíe el mal que cometió; no hacerlo sería banalizar sus delitos y

justificar las acciones intolerables que realizó, causando a otros sufrimiento físico y moral.

Pero una verdadera justicia sólo es posible a través de la misericordia, que no clava al hombre en la cruz para siempre, sino que se ofrece como guía para ayudarlo a levantarse, enseñándole a captar el bien que, no obstante el mal cometido, nunca se apaga totalmente en su corazón. Sólo recobrando su propia humanidad, la persona condenada podrá reconocer esa humanidad en el otro, en la víctima a la que provocó dolor. Este recorrido de recuperación es tortuoso y el riesgo de volver a caer en el mal está siempre al acecho, pero no existen otros caminos para tratar de reconstruir una historia personal y colectiva.

La rigidez del juicio pone a dura prueba la esperanza del hombre; ayudarlo a reflexionar y a preguntarse por las motivaciones de sus acciones podría convertirse en una ocasión para mirarse desde otra perspectiva. Pero para hacer esto, sin embargo, es necesario aprender a reconocer a la persona que está escondida detrás de la culpa cometida. Así, en ocasiones se logra entrever un horizonte que puede infundir esperanza a las personas condenadas y, una vez expiada la pena, devolverlas a la sociedad, invitando a los hombres a volver a acogerlas después de haberlas, quizás, por un tiempo rechazado.

Porque todos, aun siendo condenados, somos hijos de la misma humanidad.

Señor Jesús, mueres por una sentencia corrompida, pronunciada por jueces inicuos y atemorizados por la fuerza impetuosa de la Verdad. A tu Padre confiamos a los magistrados, a los jueces y a los abogados, para que se mantengan con rectitud en el servicio que ejercen a favor del Estado y de sus ciudadanos, sobre todo de los que sufren por una situación de pobreza.

Oremos

Oh Dios, rey de justicia y de paz, que en el grito de tu Hijo acogiste el grito de toda la humanidad, enséñanos a no identificar a la persona con el mal que cometió y ayúdanos a percibir en cada uno la llama viva de tu Espíritu. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

XIII estación

Jesús es bajado de la cruz

Había un hombre, llamado José, que era miembro del Sanedrín, hombre bueno y justo (este no había dado su asentimiento ni a la decisión ni a la actuación de ellos); era natural de Arimatea, ciudad de los judíos, y aguardaba el reino de Dios. Este acudió a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Y, bajándolo, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido puesto todavía (Lc 23,50-53).

Las personas detenidas son, desde siempre, mis maestros. Hace sesenta años que entro en las cárceles como fraile voluntario, y siempre bendije el día que, por primera vez, encontré este mundo escondido. En esas miradas comprendí con claridad que yo mismo, si mi vida hubiera tomado otra dirección, hubiera podido estar en su lugar. Nosotros, cristianos, caemos a menudo en la ilusión de sentirnos mejores que los demás, como si el hecho de poder ocuparnos de los pobres nos diera una superioridad tal que nos convierte en jueces de los demás, condenándolos todas las veces que queramos, sin dar oportunidad de defensa.

Cristo eligió y quiso estar en su vida con los últimos; recorrió las periferias olvidadas del mundo rodeado de ladrones, leprosos, prostitutas y estafadores. Quiso compartir la miseria, la soledad y la turbación. Siempre pensé que este era el verdadero sentido de sus palabras: *"Estuve en la cárcel y vinisteis a verme"* (Mt 25,36).

Pasando de una a otra celda veo la muerte que habita en su interior. La cárcel sigue sepultando a hombres vivos; son historias que ya nadie quiere. A mí, Cristo me repite una y otra vez: "Continúa, no te detengas. Sigue cargándolos en tus brazos". No puedo dejar de escucharlo; Él está siempre, aun en el interior del peor de los hombres, por más manchado que esté su recuerdo. Sólo debo frenar mi frenesí, detenerme en silencio delante de esos rostros devastados por el mal y escucharlos con misericordia. Es la única manera que conozco para acoger al hombre, quitando de mi mirada el error que cometió. Solamente así podrá confiar y encontrar la fuerza para rendirse ante el Bien, imaginándose distinto de como se ve ahora.

Señor Jesús, ahora a tu cuerpo, deformado por tanta maldad, lo envuelven en una sábana y lo entregan a la tierra desnuda: esta es la nueva

creación. Confiamos a tu Padre la Iglesia, que nace de tu costado abierto, para que nunca se rinda ante el fracaso y la apariencia, sino que siga saliendo para llevar a todo el mundo el anuncio gozoso de la salvación.

Oremos

Oh Dios, principio y fin de todo lo creado, que en la Pascua de Cristo redimiste a toda la humanidad, danos la sabiduría de la Cruz para poder abandonarnos a tu voluntad, aceptándola con ánimo alegre y agradecido. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

XIV estación

Jesús es puesto en el sepulcro

Era el día de la Preparación y estaba para empezar el sábado. Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea lo siguieron, y vieron el sepulcro y cómo había sido colocado su cuerpo. Al regresar, prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron de acuerdo con el precepto (Lc 23,54-56).

En mi misión de agente de policía penitenciaria, cada día experimento el sufrimiento de quien vive recluso. No es fácil relacionarse con quien fue vencido por el mal y causó enormes heridas a otros hombres, haciendo difíciles tantas vidas. Pero la indiferencia en la cárcel crea más daños aún en la historia de quien fracasó y está pagando su deuda a la justicia. Un compañero, que fue mi maestro, repetía con frecuencia: "La cárcel te transforma. Un hombre bueno puede convertirse en un hombre sádico; uno malvado podría llegar a ser mejor persona". El resultado también depende de mí, y apretar los dientes es esencial para alcanzar el objetivo de nuestro trabajo: dar otra posibilidad a quien contribuyó al mal. Para lograrlo, no puedo limitarme a abrir y cerrar una celda, sin hacerlo con un poco de humanidad.

Cada uno tiene su tiempo, y las relaciones humanas pueden florecer poco a poco, incluso dentro de este mundo difícil. Esto se traduce en gestos, atenciones y palabras capaces de marcar la diferencia, aun cuando se pronuncian en voz baja. No me avergüenzo de ejercer el diaconado permanente vistiendo el uniforme, que

llevo con orgullo. Conozco el sufrimiento y la desesperación; los experimenté siendo niño. Mi pequeño deseo es ser punto de referencia para quienes encuentro detrás de las rejas. Hago todo lo que puedo por defender la esperanza de aquellas personas que se encierran en sí mismas, que sienten temor ante la idea de salir un día y correr el riesgo de ser rechazadas una vez más por la sociedad.

En la cárcel les recuerdo que, con Dios, ningún pecado tendrá jamás la última palabra.

Señor Jesús, una vez más te entregan a las manos del hombre, pero esta vez te acogen las manos amables de José de Arimatea y de algunas mujeres piadosas venidas de Galilea, que saben que tu cuerpo es precioso. Estas manos representan las manos de todas las personas que nunca se cansan de servirte y que hacen visible el amor del que el hombre es capaz. Este amor es el que justamente nos hace esperar en que un mundo mejor es posible; sólo basta que el hombre esté dispuesto a dejarse alcanzar por la gracia que viene de Ti. En la oración confiamos a tu Padre, de modo particular, a todos los agentes de la policía penitenciaria y a cuantos, de una u otra manera, colaboran en las cárceles.

Oremos

Oh Dios, eterna luz y día sin ocaso, colma de tus bienes a los que se dedican a tu alabanza y al servicio del que sufre, en los innumerables lugares de sufrimiento de la humanidad. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

MENSAJE URBI ET ORBI
DEL SANTO PADRE FRANCISCO

PASCUA 2020

Basílica Vaticana
Domingo, 12 de abril de 2020

Queridos hermanos y hermanas: ¡Feliz Pascua!

Hoy resuena en todo el mundo el anuncio de la Iglesia: “¡Jesucristo ha resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado!”.

Esta Buena Noticia se ha encendido como una llama nueva en la noche, en la noche de un mundo que enfrentaba ya desafíos cruciales y que ahora se encuentra abrumado por la pandemia, que somete a nuestra gran familia humana a una dura prueba. En esta noche resuena la voz de la Iglesia: «¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!» (Secuencia pascual).

Es otro “contagio”, que se transmite de corazón a corazón, porque todo corazón humano espera esta Buena Noticia. Es el contagio de la esperanza: «¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!». No se trata de una fórmula mágica que hace desaparecer los problemas. No, no es eso la resurrección de Cristo, sino la victoria del amor sobre la raíz del mal, una victoria que no “pasa por encima” del sufrimiento y la muerte, sino que los traspasa, abriendo un camino en el abismo, transformando el mal en bien, signo distintivo del poder de Dios.

El Resucitado no es otro que el Crucificado. Lleva en su cuerpo glorioso las llagas indelebles, heridas que se convierten en lumbreras de esperanza. A Él dirigimos nuestra mirada para que sane las heridas de la humanidad desolada.

Hoy pienso sobre todo en los que han sido afectados directamente por el coronavirus: los enfermos, los que han fallecido y las familias que lloran por la muerte de sus seres queridos, y que en algunos casos ni siquiera han podido darles el último adiós. Que el Señor de la vida acoja consigo en su reino a los difuntos, y dé consuelo y esperanza a quienes aún están atravesando la prueba, especialmente a los ancianos y a las personas que están solas. Que conceda su consolación y las gracias necesarias a quienes se encuentran en condiciones de particular vulnerabilidad, como también a quienes trabajan en los centros de salud, o viven en los cuarteles y en las cárceles. Para muchos es una Pascua de soledad, vivida en medio de los numerosos lutos y dificultades que está provocando la pandemia, desde los sufrimientos físicos hasta los problemas económicos.

Esta enfermedad no sólo nos está privando de los afectos, sino también de la posibilidad de recurrir en persona al consuelo que brota de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía y la Reconciliación. En muchos países no ha sido posible acercarse a ellos, pero el Señor no nos dejó solos. Permaneciendo unidos en la oración, estamos seguros de que Él nos cubre con su mano (cf. Sal 138,5), repitiéndonos con fuerza: No temas, «he resucitado y aún estoy contigo» (Antífona de ingreso de la Misa del día de Pascua, Misal Romano).

Que Jesús, nuestra Pascua, conceda fortaleza y esperanza a los médicos y a los enfermeros, que en todas partes ofrecen un testimonio de cuidado y amor al prójimo hasta la extenuación de sus fuerzas y, no pocas veces, hasta el sacrificio de su propia salud. A ellos, como también a quienes trabajan asiduamente para

garantizar los servicios esenciales necesarios para la convivencia civil, a las fuerzas del orden y a los militares, que en muchos países han contribuido a mitigar las dificultades y sufrimientos de la población, se dirige nuestro recuerdo afectuoso y nuestra gratitud.

En estas semanas, la vida de millones de personas cambió repentinamente. Para muchos, permanecer en casa ha sido una ocasión para reflexionar, para detener el frenético ritmo de vida, para estar con los seres queridos y disfrutar de su compañía. Pero también es para muchos un tiempo de preocupación por el futuro que se presenta incierto, por el trabajo que corre el riesgo de perderse y por las demás consecuencias que la crisis actual trae consigo. Animo a quienes tienen responsabilidades políticas a trabajar activamente en favor del bien común de los ciudadanos, proporcionando los medios e instrumentos necesarios para permitir que todos puedan tener una vida digna y favorecer, cuando las circunstancias lo permitan, la reanudación de las habituales actividades cotidianas.

Este no es el tiempo de la indiferencia, porque el mundo entero está sufriendo y tiene que estar unido para afrontar la pandemia. Que Jesús resucitado conceda esperanza a todos los pobres, a quienes viven en las periferias, a los prófugos y a los que no tienen un hogar. Que estos hermanos y hermanas más débiles, que habitan en las ciudades y periferias de cada rincón del mundo, no se sientan solos. Procuremos que no les falten los bienes de primera necesidad, más difíciles de conseguir ahora cuando muchos negocios están cerrados, como tampoco los medicamentos y, sobre todo, la posibilidad de una adecuada asistencia sanitaria. Considerando las circunstancias, se relajen además las sanciones internacionales de los países afectados, que les impiden ofrecer a los propios ciudadanos una ayuda adecuada, y se afronten -por parte de todos los Países- las grandes necesidades del momento, reduciendo, o incluso condonando, la deuda que pesa en los presupuestos de aquellos más pobres.

Este no es el tiempo del egoísmo, porque el desafío que enfrentamos nos une a todos y no hace acepción de personas. Entre las numerosas zonas afectadas por el coronavirus, pienso especialmente en Europa. Después de la Segunda Guerra Mundial, este continente pudo resurgir gracias a un auténtico espíritu de solidaridad que le permitió superar las rivalidades del pasado. Es muy urgente, sobre todo en las circunstancias actuales, que esas rivalidades no recobren fuerza, sino que todos se reconozcan parte de una única familia y se sostengan mutuamente. Hoy, la Unión



Europea se encuentra frente a un desafío histórico, del que dependerá no sólo su futuro, sino el del mundo entero. Que no pierda la ocasión para demostrar, una vez más, la solidaridad, incluso recurriendo a soluciones innovadoras. Es la única alternativa al egoísmo de los intereses particulares y a la tentación de volver al pasado, con el riesgo de poner a dura prueba la convivencia pacífica y el desarrollo de las próximas generaciones.

Este no es tiempo de la división. Que Cristo, nuestra paz, ilumine a quienes tienen responsabilidades en los conflictos, para que tengan la valentía de adherir al llamamiento por un alto el fuego global e inmediato en todos los rincones del mundo. No es este el momento para seguir fabricando y vendiendo armas, gastando elevadas sumas de dinero que podrían usarse para cuidar personas y salvar vidas. Que sea en cambio el tiempo para poner fin a la larga guerra que ha ensangrentado a la amada Siria, al conflicto en Yemen y a las tensiones en Irak, como también en el Líbano. Que este sea el tiempo en el que los israelíes y los palestinos reanuden el diálogo, y que encuentren una solución estable y duradera que les permita a ambos vivir en paz. Que acaben los sufrimientos de la población que vive en las regiones orientales de Ucrania. Que se terminen los ataques terroristas perpetrados contra tantas personas inocentes en varios países de África.

Este no es tiempo del olvido. Que la crisis que estamos afrontando no nos haga dejar de lado a tantas otras situaciones de emergencia que llevan consigo el sufrimiento de muchas personas. Que el Señor de la vida se muestre cercano a las poblaciones de Asia y África que están atravesando graves crisis humanitarias, como en la Región de Cabo Delgado, en el norte de Mozambique. Que reconforte el corazón de tantas personas refugiadas y desplazadas a causa de guerras, sequías y carestías. Que proteja a los numerosos migrantes y refugiados -muchos de ellos son niños-, que viven en condiciones insoportables, especialmente en Libia y en la frontera entre Grecia y Turquía. Y no quiero olvidar la isla de Lesbos. Que permita alcanzar soluciones prácticas e inmediatas en Venezuela, orientadas a facilitar la ayuda internacional a la población que sufre a causa de la grave coyuntura política, socioeconómica y sanitaria.

Queridos hermanos y hermanas:

Las palabras que realmente queremos escuchar en este tiempo no son indiferencia, egoísmo, división y olvido. ¡Queremos suprimirlas para siempre! Esas



palabras pareciera que prevalecen cuando en nosotros triunfa el miedo y la muerte; es decir, cuando no dejamos que sea el Señor Jesús quien triunfe en nuestro corazón y en nuestra vida. Que Él, que ya venció la muerte abriéndonos el camino de la salvación eterna, disipe las tinieblas de nuestra pobre humanidad y nos introduzca en su día glorioso que no conoce ocaso.

Con estas reflexiones, os deseo a todos una feliz Pascua.

SANTA MISA DE LA DIVINA MISERICORDIA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Iglesia de Santo Spirito in Sassia
II Domingo de Pascua, 19 de abril de 2020

El domingo pasado celebramos la resurrección del Maestro, y hoy asistimos a la resurrección del discípulo. Había transcurrido una semana, una semana que los discípulos, aun habiendo visto al Resucitado, vivieron con temor, con «las puertas cerradas» (Jn 20,26), y ni siquiera lograron convencer de la resurrección a Tomás, el único ausente. ¿Qué hizo Jesús ante esa incredulidad temerosa? Regresó, se puso en el mismo lugar, «en medio» de los discípulos, y repitió el mismo saludo: «Paz a vosotros» (Jn 20,19.26). Volvió a empezar desde el principio. La resurrección del discípulo comenzó en ese momento, en esa *misericordia fiel y paciente*, en ese descubrimiento de que Dios no se cansa de tendernos la mano para levantarnos de nuestras caídas. Él quiere que lo veamos así, no como un patrón con quien tenemos que ajustar cuentas, sino como nuestro Papá, que nos levanta siempre. En la vida

avanzamos a tientas, como un niño que empieza a caminar, pero se cae; da pocos pasos y vuelve a caerse; cae y se cae una y otra vez, y el papá lo levanta de nuevo. La mano que siempre nos levanta es la misericordia. Dios sabe que sin misericordia nos quedamos tirados en el suelo, que para caminar necesitamos que vuelvan a ponernos en pie.

Y tú puedes objetar: “¡Pero yo sigo siempre cayendo!”. El Señor lo sabe y siempre está dispuesto a levantarnos. Él no quiere que pensemos continuamente en nuestras caídas, sino que lo miremos a Él, que en nuestras caídas ve a hijos a los que tiene que levantar y en nuestras miserias ve a hijos a los que tiene que amar con misericordia. Hoy, en esta iglesia que se ha convertido en santuario de la misericordia en Roma, en el Domingo que veinte años atrás san Juan Pablo II dedicó a la Divina Misericordia, acojamos con confianza este mensaje. Jesús le dijo a santa Faustina: «Yo soy el amor y la misericordia misma; no existe miseria que pueda medirse con mi misericordia» (*Diario*, 14 septiembre 1937). En otra ocasión, la santa le dijo a Jesús, con satisfacción, que le había ofrecido toda su vida, todo lo que tenía. Pero la respuesta de Jesús la desconcertó: «Hija mía, no me has ofrecido lo que es realmente tuyo». ¿Qué cosa había retenido para sí aquella santa religiosa? Jesús le dijo amablemente: «Hija, dame *tu miseria*» (10 octubre 1937). También nosotros podemos preguntarnos: “¿Le he entregado mi miseria al Señor? ¿Le he mostrado mis caídas para que me levante?”. ¿O hay algo que todavía me guardo dentro? Un pecado, un remordimiento del pasado, una herida en mi interior, un rencor hacia alguien, una idea sobre una persona determinada... El Señor espera que le presentemos nuestras miserias, para hacernos descubrir su misericordia.

Volvamos a los discípulos. Habían abandonado al Señor durante la Pasión y se sentían culpables. Pero Jesús, cuando fue a encontrarse con ellos, no les dio largos sermones. Sabía que estaban heridos por dentro, y les mostró sus propias llagas. Tomás pudo tocarlas y descubrió lo que Jesús había sufrido por él, que lo había abandonado. En esas heridas tocó con sus propias manos la cercanía amorosa de Dios. Tomás, que había llegado tarde, cuando abrazó la misericordia superó a los otros discípulos; no creyó sólo en su resurrección, sino también en el amor infinito de Dios. E hizo la confesión de fe más sencilla y hermosa: «¡Señor mío y Dios mío!» (v. 28). Así se realiza la resurrección del discípulo, cuando su humanidad frágil y herida entra en la de Jesús. Allí se disipan las dudas, allí Dios se convierte en *mi Dios*, allí volvemos a aceptarnos a nosotros mismos y a amar la propia vida.



Queridos hermanos y hermanas: En la prueba que estamos atravesando, también nosotros, como Tomás, con nuestros temores y nuestras dudas, nos reconocemos frágiles. Necesitamos al Señor, que ve en nosotros, más allá de nuestra fragilidad, una belleza perdurable. Con Él descubrimos que somos valiosos en nuestra debilidad, nos damos cuenta de que somos como cristales hermosísimos, frágiles y preciosos al mismo tiempo. Y si, como el cristal, somos transparentes ante Él, su luz, la luz de la misericordia brilla en nosotros y, por medio nuestro, en el mundo. Ese es el motivo para alegrarse, como nos dijo la Carta de Pedro, «alegraos de ello, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas» (1 P 1,6).

En esta fiesta de la Divina Misericordia el anuncio más hermoso se da a través del discípulo que llegó más tarde. Sólo él faltaba, Tomás, pero el Señor lo esperó. La misericordia no abandona a quien se queda atrás. Ahora, mientras pensamos en una lenta y ardua recuperación de la pandemia, se insinúa justamente este peligro: olvidar al que se quedó atrás. El riesgo es que nos golpee un virus todavía peor, el del *egoísmo indiferente*, que se transmite al pensar que la vida mejora si me va mejor a mí, que todo irá bien si me va bien a mí. Se parte de esa idea y se sigue hasta llegar a seleccionar a las personas, descartar a los pobres e inmolar en el altar del progreso al que se queda atrás. Pero esta pandemia nos recuerda que no hay diferencias ni fronteras entre los que sufren: todos somos frágiles, iguales y valiosos. Que lo que está pasando nos sacuda por dentro. Es tiempo de eliminar las desigualdades, de *reparar la injusticia* que mina de raíz la salud de toda la humanidad. Aprendamos de la primera comunidad cristiana, que se describe en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Había recibido misericordia y vivía con misericordia: «Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (Hch 2,44-45). No es ideología, es cristianismo.

En esa comunidad, después de la resurrección de Jesús, sólo uno se había quedado atrás y los otros lo esperaron. Actualmente parece lo contrario: una pequeña parte de la humanidad avanzó, mientras la mayoría se quedó atrás. Y cada uno podría decir: “Son problemas complejos, no me toca a mí ocuparme de los necesitados, son otros los que tienen que hacerse cargo”. Santa Faustina, después de haberse encontrado con Jesús, escribió: «En un alma que sufre debemos ver a Jesús crucificado y no un parásito y una carga... [Señor], nos ofreces la oportunidad de ejercitarnos en las obras de misericordia y nosotros nos ejercitamos en los juicios» (*Diario*, 6 septiembre 1937). Pero un día, ella misma le presentó sus quejas a

Jesús, porque: ser misericordiosos implica pasar por ingenuos. Le dijo: «Señor, a menudo abusan de mi bondad», y Jesús le respondió: «No importa, hija mía, no te fijas en eso, tú sé siempre misericordiosa con todos» (24 diciembre 1937). Con todos, no pensemos sólo en nuestros intereses, en intereses particulares. Aprovechemos esta prueba como una oportunidad para preparar el mañana de todos, sin descartar a ninguno: de todos. Porque sin una visión de conjunto nadie tendrá futuro.

Hoy, el amor desarmado y desarmante de Jesús resucita el corazón del discípulo. Que también nosotros, como el apóstol Tomás, acojamos la misericordia, salvación del mundo, y seamos misericordiosos con el que es más débil. Sólo así reconstruiremos un mundo nuevo.



CARTA DEL SANTO PADRE FRANCISCO A TODOS LOS FIELES PARA EL MES DE MAYO DE 2020

Queridos hermanos y hermanas:

Se aproxima el mes de mayo, en el que el pueblo de Dios manifiesta con particular intensidad su amor y devoción a la Virgen María. En este mes, es tradición rezar el Rosario en casa, con la familia. Las restricciones de la pandemia nos han “obligado” a valorizar esta dimensión doméstica, también desde un punto de vista espiritual.

Por eso, he pensado proponerles a todos que redescubramos la belleza de rezar el Rosario en casa durante el mes de mayo. Ustedes pueden elegir, según la situación, rezarlo juntos o de manera personal, apreciando lo bueno de ambas posibilidades. Pero, en cualquier caso, hay un secreto para hacerlo: la sencillez; y es fácil encontrar, incluso en internet, buenos esquemas de oración para seguir.

Además, les ofrezco dos textos de oraciones a la Virgen que pueden recitar al final del Rosario, y que yo mismo diré durante el mes de mayo, unido espiritualmente a ustedes. Los adjunto a esta carta para que estén a disposición de todos.

Queridos hermanos y hermanas: Contemplar juntos el rostro de Cristo con el corazón de María, nuestra Madre, nos unirá todavía más como familia espiritual y nos ayudará a superar esta prueba. Rezaré por ustedes, especialmente por los que más sufren, y ustedes, por favor, recen por mí. Les agradezco y los bendigo de corazón.

*Roma, San Juan de Letrán, 25 de abril de 2020
Fiesta de san Marcos, evangelista*

Francisco

Oración a María

Oh María,
tú resplandesces siempre en nuestro camino
como un signo de salvación y esperanza.
A ti nos encomendamos, Salud de los enfermos,
que al pie de la cruz fuiste asociada al dolor de Jesús,
manteniendo firme tu fe.

Tú, Salvación del pueblo romano,
sabes lo que necesitamos
y estamos seguros de que lo concederás
para que, como en Caná de Galilea,
vuelvan la alegría y la fiesta
después de esta prueba.

Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad del Padre
y hacer lo que Jesús nos dirá,
Él que tomó nuestro sufrimiento sobre sí mismo
y se cargó de nuestros dolores
para guiarnos a través de la cruz,
a la alegría de la resurrección. Amén.

*Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios,
no desprecies nuestras súplicas en las necesidades,
antes bien libranos de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita.*

Oración a María

«Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios».

En la dramática situación actual, llena de sufrimientos y angustias que oprimen al mundo entero, acudimos a ti, Madre de Dios y Madre nuestra, y buscamos refugio bajo tu protección.

Oh Virgen María, vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos en esta pandemia de coronavirus, y consuela a los que se encuentran confundidos y lloran por la pérdida de sus seres queridos, a veces sepultados de un modo que hiera el alma. Sostiene a aquellos que están angustiados porque, para evitar el contagio, no pueden estar cerca de las personas enfermas. Infunde confianza a quienes viven en el temor de un futuro incierto y de las consecuencias en la economía y en el trabajo.

Madre de Dios y Madre nuestra, implora al Padre de misericordia que esta dura prueba termine y que volvamos a encontrar un horizonte de esperanza y de paz. Como en Caná, intercede ante tu Divino Hijo, pidiéndole que consuele a las familias de los enfermos y de las víctimas, y que abra sus corazones a la esperanza.

Protege a los médicos, a los enfermeros, al personal sanitario, a los voluntarios que en este periodo de emergencia combaten en primera línea y arriesgan sus vidas para salvar otras vidas. Acompaña su heroico esfuerzo y concédeles fuerza, bondad y salud.

Permanece junto a quienes asisten, noche y día, a los enfermos, y a los sacerdotes que, con solicitud pastoral y compromiso evangélico, tratan de ayudar y sostener a todos.

Virgen Santa, ilumina las mentes de los hombres y mujeres de ciencia, para que encuentren las soluciones adecuadas y se venza este virus.

Asiste a los líderes de las naciones, para que actúen con sabiduría, diligencia y generosidad, socorriendo a los que carecen de lo necesario para vivir, planificando soluciones sociales y económicas de largo alcance y con un espíritu de solidaridad.

Santa María, toca las conciencias para que las grandes sumas de dinero utilizadas en la incrementación y en el perfeccionamiento de armamentos sean destinadas a promover estudios adecuados para la prevención de futuras catástrofes similares.

Madre amantísima, acrecienta en el mundo el sentido de pertenencia a una única y gran familia, tomando conciencia del vínculo que nos une a todos, para que, con un espíritu fraterno y solidario, salgamos en ayuda de las numerosas formas de pobreza y situaciones de miseria. Anima la firmeza en la fe, la perseverancia en el servicio y la constancia en la oración.

Oh María, Consuelo de los afligidos, abraza a todos tus hijos atribulados, haz que Dios nos libere con su mano poderosa de esta terrible epidemia y que la vida pueda reanudar su curso normal con serenidad.

Nos encomendamos a Ti, que brillas en nuestro camino como signo de salvación y de esperanza. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María! Amén.

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 10 ejemplares semanales.
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Se mandan por Correos ó los lleva un repartidor, siguiendo las normas de correos.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción hasta 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
- **DATOS ORIENTATIVOS:**
10 ejemplares año . . . 78,00 Euros
25 ejemplares año . . . 195,00 Euros
50 ejemplares año . . . 390,00 Euros
100 ejemplares año . . . 780,00 Euros
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27 - EMAIL: servicioeditorial@archimadrid.es
28071 Madrid

Para ALTAS, BAJAS, MODIFICACIONES, por escrito o por email.